La Habitación de los Recuerdos (saga Aeternum #4) / Final

Florencia Olivera

Capítulo 1

Prólogo

Día 15 de Primavera, ciclo 5697 desde la Guerra de las Divisiones

Los ojos verdes de Cruz se abren y endereza la cabeza que había caído contra la pared del carruaje. Enfrente de él está su hijo Cedro y su nuera Mentaflorida, ambos exhalan de alivio cuando se sienta. Cedro comienza a hablar con su ceño fruncido, a su lado su esposa toma silenciosamente su mano en muestra de apoyo.

Cruz lo ignora completamente, mira por la ventana al mismo tiempo que el carruaje dobla hacia su calle y unos segundos después se detiene en su casa. Cedro sigue hablando, enojado. Los ojos verdes del capitán se llenan de lágrimas cuando abre la puertita, sale corriendo del carruaje, tropieza en la vereda y casi cae sobre la puerta al abrirla.

Artemisa está en el pasillo, sosteniéndose en la pared, su mano tapando la boca en llanto.

Cruz se endereza y camina como adormecido. Pasa a su querida sirviente, llega a la cocina, mira la mesa, la silla inclinada y la taza casi vacía de té.

Camina los últimos pasos casi como si no quisiera caminarlos.

Sobre el verde, brillante y vivo pasto está su tan amada acostada boca abajo.

Se arrodilla al lado de ella y le da la vuelta despacio. Abraza su torso y la ubica sobre sus piernas.

Descorre un suave mechón de pelo lila de su rostro.

Y la mira.

De fondo siente la negación de uno de sus hijos, y tiene la sensación de que le pide que la suelte, que ya llegan los monjes y sacerdotisas. Los

doctores. Que no la toque por las dudas. Quizá se hizo daño.

Artemisa entre lágrimas intenta hacerle entender que está fría. Que su pecho no se mueve.

Cruz la mira. Y le acaricia una mejilla con el pulgar.

Se sienten más pasos sobre la madera. Gritos amortiguados tras las palmas de las manos, como no queriendo admitir lo que se está viendo.

Hay preguntas, algunos gritos.

Luego, como las primeras gotas de lluvia, llegan los llantos.

Y la mira mientras acaricia su brazo hasta la mano, pasa su pulgar sobre los dedos deteniéndose un segundo de más sobre su anillo de casada.

Y entonces él apenas, despacito, piensa "es verdad que se siente fría".

Cuando Cruz se desmayó en el carruaje lo vio.

Lo vio todo.

Desde la primera vez que la encontró en el jardín, con su carita inocente y preocupada. Cuando la volvió a encontrar como una adolescente perdida y triste, cada uno de sus entrenamientos, su decepción apenas enmascarada cuando de cobarde terminó su relación y le dijo que se iba a casar con Perla. Las aventuras, cuando la perdió y la buscó. Cuando la encontró luciendo como un fantasma. Vio de nuevo cómo luchó por volver a vivir. Su casamiento y lo increíblemente hermosa que se veía en su vestido gris con encaje negro, quizá se detuvo un segundo de más en sus ojos grises brillantes de lágrimas alegres. Vio cuando la volvió a ver y la falsa post guerra. Cuando se volvieron a separar, y encontrar. Vio la última batalla y la verdadera post guerra; y la reconstrucción de Aeternum.

El introducirse en la política y que en realidad a los dos les parecía bastante estimulante. La vio criar a niños que no debieron haber sido suyos y mirarlos como propios. La vio cansada de ser soldado, después la vio cansada, pero feliz de estudiar en el Montes de los Locos. El continental asombro cuando se ungió y se presentó como la sacerdotisa de Maman. La primera sacerdotisa. Revivió el prejuicio y las malas intenciones. Las otras aventuras, obligadas.

Cuando al fin decidieron a intentar tener hijos biológicos y no sucedía. La resignación y el milagro de haber quedado embarazados. El nacimiento. El nacimiento del segundo y la tercera. Cuando asumió el rol de capitán. Y

ella de directora general del hospital Central.

La crisis. Esa horrenda crisis con esos cochinazos papeles del divorcio. Y de alguna forma se las arreglaron para que en esa crisis ella quedara embarazada del cuarto y a principio del auge de la guerra civil. Vio cómo arreglaron ese matrimonio a lo largo de los ciclos hasta convertirlo en algo mucho mejor. El final de la guerra civil.

Luego, el que ella quedara embarazada de la quinta y que algo no fuera bien con su salud. El entender que cuando esa bebé naciera su madre iba a morir. Estar completamente en desacuerdo con eso y juntar a sus amigos para embarcarse en una aventura más personal. Volver cojeando de ahí, pero saber que le habían comprado más tiempo. La poderosa decisión de hacerse la vasectomía y así estar completamente seguro de mantenerla a salvo.

Las demás aventuras, esa vez más libres.

Que sus hijos se convirtieran en adultos y se fueran yendo; sus errores y aciertos. Sus propias lágrimas de pena y las de felicidad.

Revivió el entender que ya no estaban para ciertas aventuras y preparar a la próxima generación. Terminar con las aventuras.

Y entonces cuando al fin pudieron sentarse a gusto en el sillón y mirarse las arrugas del otro con cariño…él despierta y sale del carruaje.

Y ahora la mira.

Y una gota cae en su mejilla. Y otra al costado de la boca.

Y está fría y su pecho no se mueve.

Y gente alrededor le pide que la suelte.

¿Que la suelte? ¿Soltarla a ella?

“Papá, papi, se la tienen que llevar, por favor…por favor…”

Sí, que la suelte le piden.

Otra gota cae entre sus cejas lilas.

¿Cómo hacés algo que nunca aprendiste hacer?

Siente una de esas gotas bajar por la mejilla de él. Solo entonces se da cuenta de que no está lloviendo. Que no hay huracanes. Ni temblores

masivos. Ni tornados enormes.

Es más, escucha a los pajaritos piar como ayer.

“Papi, por favor…soltala…”

De algún modo, logran tomarla de entre sus brazos. Nota su largo pelo lila y verde hoja de rosal caer como tela de seda y luego extenderse sobre el pasto cuando la ubican sobre la tablilla. De reojo nota que la tapan con una sábana blanca. La falda de su vestido azul con enormes margaritas se nota por los costados cuando la levantan y se la llevan.

Y él se queda ahí. Arrodillado sobre el pasto brillante, verde y vivo. Con las manos vacías. Y lágrimas en los ojos.

Capítulo 2

Capítulo 1: Menos mal

En la guerra Eterna.

14 de Noviembre, año 2016 desde la muerte de Cristo.

Una brisa le acaricia casi con ternura a la soldado Alelí Moreno. Sus ojos grises miran hacia las ramas del árbol del patio de su casa. Por un momento aun cree que tiene el pelo largo y se acomoda un mechón fantasma detrás de la oreja. Sus pies descalzos se mueven inquietos sobre el pasto.

De pronto siente la presencia de él. Las esquinas de su boca se estiran a los lados.

—Menos mal—dijo ella con la vista en las hojas de las ramas.

El teniente se acerca y la abraza desde atrás. Le besa el pelo negro y corto. Ella mueve los ojos hacia él. Sus ojos verdes también miran al árbol como intentando encontrar eso que encontró ella. Alelí se pone en puntas de pie y le besa la barbilla. ¿Cómo no besarlo cuando la luz del sol ilumina con timidez el verde de la mirada, y su mandíbula tiene ese apenas de vello castaño y sus labios se aprietan, pensativos?

A la soldado le ardieron los ojos.

“Así que, así se siente el amor verdadero” pensó mirándolo. Podría quedarse mirándolo toda la vida. Y buscarle y encontrarle todas las manías, guardarlas en su mano y cuando sintiera que el mundo pierde el brillo abrir su palma y contarlas. Y luego buscarle las nuevas, porque con el paso del tiempo más vale que tendría nuevas manías.

Dentro de la casa se escuchan las conversaciones de su familia. Melia larga una carcajada, detrás se siente a Serbal intentando contener la suya. Sirio está siendo escéptico con algo extraordinario que Tilia está

contando. Ébano hace una pregunta, como sorprendido, y Silene lo apoya agregando otra duda. Entonces se escucha el vozarrón de Serafín refutando y a Lira burlándose de él, Protea ríe y comenta que qué divertido sería intentarlo. Una nueva aventura.

“Así que, así se siente el amor verdadero” pensó otra vez, escuchando.

Alelí acaricia los brazos de su amor que la rodea, rascando el vello castaño y las venas, los músculos. Se estremece. Él la estrecha, como queriendo fundirla en su pecho. Le besa el hombro y el cuello. Le mordisquea juguetonamente la oreja.

La soldado jadea cuando siente su pasión desperezarse.

—Menos mal—repitió y agregó—Que no tenemos que pelear solos—

Capítulo 3

Capítulo 2: Podríamos quedarnos

En la actualidad.

91 de Invierno, ciclo 5698 desde la Guerra de las Divisiones

— ¿Les parece inteligente permitirle hacer esto?—dijo Cerezo Ávila. Sus ojos verdes iguales a lo de su padre miran con fingida irritación por el costado del marco.

—Queramos o no, lo va a hacer igual ¿no?—dijo con amargura Lavanda. Se masajeó la nuca con una mano mirando en hurtadillas detrás de su hermano menor.

— ¿Y si traemos una enfermera por las dudas?—dijo Jazmín mordiéndose una uña. Miró sus pies y luego a su alrededor. Después de lo que ocurrió el día siguiente del funeral de su madre su tío Serafín se llevó a su padre a su casa en Posadas, por toda una estación solo se comunicaron con él por cartas de fuego y llamadas telefónicas, creyendo que la aislación ayudaría con esa etapa de duelo. Tío Serafín había sido bastante vago en dar información acerca de su padre hasta que volvió unos días antes de ciclo nuevo.

Todos sabían que era de mala educación quedarse mirando fijamente a alguien. Su madre había sido estricta con no herir la emociones de los demás.

Pero es que ese ya no era su padre.

Su padre hacía chistes tontos y sarcásticos. Reía y daba saltitos como si fuese un niño.

Ese hombre usaba un bastón. Un bastón. Su pierna derecha no había vuelto a ser una buena pierna después de una misión y tomaba analgésicos para no cojear. Esos analgésicos se los preparaba su mamá con sus manos y sus hierbas. Pero el frasco se había terminado y él no quería los analgésicos de nadie más. Andaba medio encorvado como si al

fin el peso de todo lo que había vivido lo hubiese alcanzado, posándose en sus hombros. Su mirada verde, brillante y pícara, ahora lucía opaca, hasta llorosa.

Cedro resopló.

— ¿Para qué? Si cae muerto por los recuerdos no habrá nada que hacer—

—Ay, Cedro, es mucho pedir que dejes de ser cínico por un rato ¿no?—dijo Sauce.

—No levanten la voz que nos va a escuchar—dijo Ocaso.

— ¿Y qué te hace creer que no nos escuchó ya?—dijo Aurora.

Jazmín miró a Cedro con pena.

— ¿De verdad crees que mamá…se fue por los recuerdos?—

Cedro se suavizó un poco.

—Bueno, no estaba contando lo lindo que se ve el sol por las mañanas ¿no?—dijo, y sintió en su rostro la pesadez de la ausencia de su madre. Por momentos creía que nunca iba a dejar de extrañarla, que nunca iba dejar de doler.

—Los recuerdos no tienen nada que ver—dijo Ocaso y los miró. Los demás dejaron de espiar por el marco de la puerta y le devolvieron la mirada.

—Es verdad, según la autopsia fue de un ataque al corazón—murmuró Aurora.

Sauce suspiró y se cruzó de brazos.

—Papá quiere terminar la historia, el final de la guerra Eterna, no va a tirarse del techo, quizá debemos calmarnos un poco—

—Papá no ha sido el mismo desde hace un ciclo, creo que estamos en nuestro derecho ser un poco paranoicos— dijo Lavanda. Desvió la mirada cuando llegaron las indeseadas imágenes de lo ocurrió el día después al funeral de su madre. Se estremeció.

—No me van a decir que no se dieron que en veinticuatro días es el primer cicloversario de su fallecimiento ¿en serio lo creen coincidencia que ahora quiera continuar con la historia?—dijo Cerezo subiendo una ceja.

—Sauce tiene razón para mí—dijo Jazmín.

—Gracias—dijo el nombrado entre irritado y agradecido.

—Cada uno está sobrellevando el duelo como puede, no nos volvamos locos solo porque lo primero que papá dice desde hace un ciclo sea que nos reunamos porque quiere terminar la historia…—dijo perdiendo confianza en sus palabras, miró a Sauce—es un poco sospechoso—declaró con suavidad.

Sauce gimió dejando caer la cabeza.

—Como quieran, hagan lo que les re apetece el culo—dijo harto. Apretó los dientes, no le gustaba hablar así, ni sentirse de esa manera.

—No seas un sauce llorón—dijo Cedro apoyándose de espaldas en la pared.

—Sabés que no me gusta que me digan así—replicó.

—Además, no es lo primero que dice, ha dicho otras palabras—dijo Aurora jugueteando con la tela de sus pantalones.

Todos la miraron escépticos.

—No sé si los monosílabos cuentan, Rori—dijo Lavanda dejando caer su cabeza en su hombro. Aurora suspiró.

—Los tíos tampoco han estado…normales—comentó Cedro.

—Nadie ha estado "normal"—dijo Cerezo peleándole como de costumbre—Un día nos despertamos como todos los días, fuimos a trabajar y de la nada misma nos avisan que mamá…—apretó los labios. No permitió que la tristeza lo abrazara. No le gustaba sentirse débil. El amor por su madre siempre fue una de sus fortalezas, cuando no entendía al mundo él solo debía enviarle una carta o llamarla por teléfono y la risa de ella lo calmaba. El mundo era inentendible y su madre, que lo sabía, pero aún reía. Cedro lo había dicho una vez y Cerezo por primera vez había estado de acuerdo con su hermano mayor.

La risa de mamá era la verdadera magia.

Nunca más escucharía su risa.

Cerezo cerró los ojos. Se concentró en la ira, en la frustración, eran emociones más sencillas.

—Nosotros tampoco estamos normales—dijo Jazmín abrazándose a si misma. Miró alrededor. Cuando su padre volvió de la casa de su tío Serafín lo llevaron a la mansión de campo por dos razones. Primero: ninguno de ellos en todo ese ciclo se había animado a entrar a la casa de ciudad y por eso lo segundo, todavía estaba lleno de las flores de tela que casi todo el mundo envió. Fue una de esas veces que Jazmín lamentó que su madre fuera sacerdotisa, ya que los que conformaban el clérigo de los dioses habían hecho un juramento y no podían herir el mundo de los espíritus para fines vanos, los monjes y sacerdotisas no podían adquirir flores reales y regalarles una flor de verdad era la más entera falta de respeto.

No tenían el lujo de limpiar flores marchitas.

Aun así estar en la mansión de campo Storni no era más simple, había muchos recuerdos ahí también. Jazmín suspira preocupada mientras piensa que su padre lleva durmiendo en el sillón, durante tres estaciones completas, de uno de los salones. Ella sospecha que era por algo más que el hecho de no querer dormir en la cama que compartió tantos ciclos con su madre, sino más bien de la situación de dormir en cualquier cama y despertar sin ella.

—Alguno de ustedes…—dijo Ocaso llamando la atención— ¿Alguno de ustedes siente que ella ya no está?—

Hubo un breve silencio.

—No—dijo Sauce con voz grave, diciendo lo que todos pensaban. Sus ojos grises iguales a los de su madre y su hermana Jazmín estaban angustiados—Por eso es tan doloroso cuando me acuerdo. Ayer me animé a trabajar un poco, terminé una flor nueva, cuando iba escribiendo la mitad de la nota de fuego para decirle simplemente…me acordé que ella no volvería a responderme. Olivo me encontró en el taller, llorando, de nuevo—

—Ella se fue, pero no lo parece, el mundo alrededor es el mismo. Nosotros la enterramos y nada ha cambiado—murmuró Aurora pensativa.

Cedro inhaló, hinchando el pecho. Tragó un par de veces la hinchazón en su garganta. Uno de sus hijos le dijo ese día que se alegraba que tuviera un buen día, él preguntó por qué pensaba eso y le respondió “porque hoy no lloraste por la abuela”.

Esos mocosos eran demasiado observadores para su ego parental.

Miró la hora en su muñeca, a esa hora estaría en su oficina cumpliendo su rol de presidente de la empresa, pero después de quebrarse en llanto en medio del piso de contabilidad Menta le había pedido con su dulce amor

“dejá tu culo quieto por dos segundos”.

Un suspiro lo sorprende escapándose, él a veces amaba a su esposa en demasía. También sabía que ella estaba sufriendo. Y odiaba ser cómplice de su dolor.

—Podríamos quedarnos—tanteó. Lo miraron confundidos—Ya sé, hemos escuchado la historia de Aeternum contra Hefesto toda nuestra vida, pero por lo que me han dicho los chicos parece que ahora son más…detallistas con lo que ocurrió, al menos Orión me dijo de cosas que ellos contaron y no me acuerdo que nos dijeran muchas de esas cosas—

—Sí, me pasó, los chicos un día llegaron raros, muy callados—dijo Lavanda—Nos dijeron que les contaron cuando volvieron de la batalla de los Cinco Ciclos, yo no sabía que la tía Deneb y la tía Dracaína le habían hecho una fiesta de bienvenida ¿y ustedes?—

—Yo no sabía que habían tenido tanto miedo—dijo Sauce—O sea, es una guerra, la gente muere, pero por el modo con que siempre nos dijeron lo que vivieron siempre fue un hecho, algo que pasó y ya está, sin embargo Arabelle me dijo una vez que estaba agradecida de vivir en esta época porque no hubiese podido con todo ese miedo—

—Chicos, mamá contó con lujo y detalle como obtuvo sus cicatrices en la espalda, ¿alguno sabía siquiera que su compañero de celda fue un niño? Eso es ejemplo suficiente de que obviamente les están contando la historia diferente a nosotros—dijo Ocaso.

Silencio. De fondo se escuchó el canto de los pájaros que llegaba desde el jardín trasero.

—Quizá si se hubiesen quedado más tiempo en casa tendríamos la versión mejorada de la historia—dijo Cerezo.

—Ay, no empecés, Cere, por favor—dijo Sauce tapándose los ojos con una mano. Usualmente él era el pacificador entre todos sus hermanos, pero estaba tan cansado que no tenía ganas de razonar con nadie.

— ¡Pero es verdad! Se han pasado más tiempo de nuestras vidas yendo a pelear donde los dioses saben dónde cuando nosotros, sus hijos, los necesitábamos acá— replicó.

Ocaso y Aurora se miraron. Cerezo lo notó.

—Y ustedes no pueden decirnos nada, porque pudieron pasar más tiempo con ellos que nosotros, no cuenta—

Ocaso pensó en la época que nació Cerezo, él y Aurora tenían ciento ochenta y dos en ese momento. Aurora misma había asistido en el parto, recién había estallado la guerra civil en Aeternum y el matrimonio de Cruz y Alelí estaba colgando de la cuerda del ahorcado. Durante el principio de su infancia ellos no pudieron estar mucho en casa. Por suerte para el tiempo que nació Jazmín todo había vuelto a la "normalidad". Asumió que eso dejó secuelas en el pobre Cerezo. Sabía que Alelí siempre creyó que él se fue a viajar por el mundo de "peregrino" volviendo a visitar una o dos veces al ciclo, a veces comunicándose solo por carta como una venganza inconsciente hacia ellos como padres. Cruz siempre intentó calmarla con eso, pero Ocaso cree que su padre adoptivo también sospechaba lo mismo. Ocaso cree que incluso Alelí pensó que Cerezo buscó enamorarse de la mujer con el código postal más lejos posible de casa. Y cayó en Hefesto, ni más ni menos.

Ocaso a veces no puede dormir pensando que Alelí murió creyendo que no era amada por sus hijos.

—No podemos decirte que mamá y papá fueron perfectos, porque obviamente no podemos mentir—dijo su melliza dándole voz a sus pensamientos—Pero alguno acá, ahora, con la mano en el corazón, puede dudar de que ellos nos amaron con toda su alma—

Otro silencio. Los cinco hermanos menores miraron a cualquier otro lado excepto a ellos.

—Ella ya no está, pero no lo parece, porque al final a pesar de sus errores y a veces de su sobreprotección, todavía la sentimos con nosotros, todavía sentimos ese amor indiscutible—declaró Aurora lo que todos sabían, pero que nadie quería pensar.

Sonó la campanita.

—Llegaron los demás—dijo Sauce. Al rato se escuchó zumbido de conversaciones. Espío por el marco. Su padre seguía sentado en el sillón. Quieto. Incluso su mente parecía en blanco tras sus ojos.

Sauce no recuerda momento alguno de su vida en que su padre estuviera tan quieto.

Lavanda suspiró.

—Yo me quedo—dijo.

—Yo también—dijo Ocaso. Cedro, Sauce, Jazmín y Aurora asintieron.

Miraron a Cerezo.

—Sí, sí—dijo de mala gana.

Capítulo 4

Capítulo 3: ¿O mi justicia?

Cruz

Hacía un par de horas que me había despedido de ella y mis brazos temblaban por la necesidad de volver a sentirla.

El calor del sol me bañó el rostro cuando levanté la mirada y vi a cuerpos humanoides con alas de ave despegar desde los techos del castillo de Cardis.

Si alguna vez existió el mal augurio, definitivamente ese fue uno.

Me detuve provocando que los soldados que me seguían se detuvieran al mismo tiempo, miré el árbol tallado con las iníciales L.E.Y; Lunaria, Ébano y Yacoana. Apoyé una rodilla en el pasto y con las manos y los ojos busqué una cuerda. La encontré debajo de un arbusto, tironeé y un trozo rectangular del suelo se replegó como un abanico, tirando al pequeño arbusto a un costado en el camino. Se liberó un fuerte olor a tierra y a encierro, recordándome el pasillo subterráneo de las Luces Fantasmas, la piel de mis brazos y nuca se crispó, apreté los músculos reprimiendo un escalofrío. Confiado en que me seguirían descendí los escalones sin mirar atrás. El túnel subterráneo y casi secreto que nos llevaría al castillo estaba completamente oscuro, como habíamos vuelto a tierra con la magia libre, extendí una mano y una pequeña llama apareció sobre mi palma, chiquita al principio, la regulé para que creciera un poco y nos iluminara el camino. El pasillo era estrecho, las paredes de piedra…y lleno de telarañas. Amenacé mentalmente a cualquier rata que se me apareciera por mis queridos piesecitos.

El repiqueteo de nuestra armadura resonaba contras las duras paredes a los lados, recé porque no hubiera ningún claustrofóbico con nosotros y me preocupé por el estado de Sirio. Después de varios metros ya me empezó a cansar la misma cancioncita, tra, tra, tra, tra. Casi pude sentir a la rompe huevos de Melia codeándome el brazo quejándose de que mi queja.

Nos encontramos con la primera bifurcación y doblé hacia la derecha, llegamos a la segunda trifurcación y tomé el túnel del medio. Sonreí un

poco y escupí una risa cuando recordé el día que Tilia tuvo que volver sola a la casa, llegaba una hora tarde a la cena y salimos casi todos a buscarla con el miedo secreto de una nueva invasión. Resulta que solo era muy mala para ubicarse geográficamente y de algún modo había terminado al otro lado de Refuge.

Ralenticé mis pasos e intenté respirar con pausa, la falta de oxigeno ya era notable y me estaba poniendo nervioso. Recordé el mantra de Serbal para mantener la calma y pude relajarme. Expandí la llama sobre mi palma y extendí mis brazos hacia los costados para iluminar las paredes. Cada algún metro había un rectángulo de madera gruesa, una puerta rústica, que llevaba a otras habitaciones.

Cuatro, cinco, seis, siete, ocho…Me detuve frente al número nueve. El rectángulo de madera no tenía manija o pomo. Miré sobre mi hombro al comandante que bauticé como mi segundo al mando de esa misión. Asintió y al mismo tiempo que yo apagaba mi llama flotante él se acercó a mi costado para iluminarme. Con ambas manos presioné las yemas de mis dedos suavemente.

Click.

La puerta de madera sobresalió apenas medio centímetro, la tomé del costado y la abrí hacia afuera. Nos recibió una especie de mini sala de lectura, había un solo sillón individual en una esquina al lado de una delgada ventana y una estantería con un puñado de libros. Y más arañas. Espantosas arañas de mierda. Crucé los breves pasos hacia al otro lado, la pared de enfrente tenía un empapelado amarillo patito con plantas de perejil. Asentí bastante impresionado de los huevos del decorador. O sea, nadie se iba a quejar porque ya no sería una habitación secreta. Apostaba a que el hijo de puta todavía se reía de la que cagada que hizo. Lira también se habría impresionado de eso.

En todo el pequeño cubículo no se diferenciaba ninguna puerta en las paredes, pero Ébano ya me había advertido, con la punta de mis dedos presioné levemente una vez la pared enfrente de mí. Se escuchó otro leve click, y un rectángulo en vertical de mi altura se desniveló de la pared. Tomé el borde y deslicé la puerta hacia un costado. Asomé apenas la cabeza mientras en el costado de mi cadera cerré los dedos y apareció como una ilusión mi espada mágica con el mango gris de cuero y el filo rojo. La ubiqué en enfrente de mí, sin necesidad de probar su peso o equilibrio, ya sabía que era perfecta para mí. Y avancé a través de la apertura, doblé hacia la derecha. Miré sobre mi hombro, los soldados a mi orden estaban detrás de mí, esperando. Por la puerta seguían saliendo soldados y doblando por el lado contrario, siguiendo a su líder. Volví la vista y apuré nuestro camino hacia nuestra posición de batalla. Era mediodía en Aeternum, así que estábamos atentos para encontrarnos con alguien. No queríamos una masacre, pero eso era la guerra, si alguien se

interponía teníamos órdenes de atacar.

Todo estaba tan en silencio y vacío de gente que por un aterrador momento temí que nos encontráramos con cadáveres. Comencé a sentir calor y frío de la adrenalina en mi rostro y cuello. Algo andaba mal.

Me detuve en medio de un salón. El sol entraba por los altos ventanales, al mirar hacia fuera noté el cielo libre de mujeres aves. Apreté los labios y exhalé por la nariz.

Casi podía sentir el olor pútrido de la trampa. Sabía que habíamos perdido el factor sorpresa. Di media vuelta y miré a mi grupo.

—Saben que estamos acá, estén atentos—

—Sí, señor—dijeron todos. Miré alrededor del salón, buscando alguna pista de algo. Insatisfecho de encontrar nada fui hacia una de las puertas dobles y la abrí. Sentí a mi corazón saltar en mi pecho, y agradecí haberla bloqueado y que no sintiera mi susto. Una astilla hirviendo se me clavó en la boca del estómago, expandiéndose por mi pecho y los hombros. Nunca había sentido una acidez estomacal igual, presionándome los pulmones, reemplazando el aire con ira. Es más, tenía la sospecha de que no era una acidez estomacal. La fuente estaba alineada enfrente nuestro, un escuadrón de hefestos, esperándonos.

Y en el medio estaba mi venganza.

¿o mi justicia?

Mirach sonrió un poco.

— ¿Listo para ver a Prunus de vuelta?—preguntó levantando su enorme espada y apoyándola en su hombro.

Imité su sonrisa, hice girar mi espada en mano.

—Nop—contesté.

Entonces levanté mi brazo libre y un potente viento zonda golpeó detrás de mí. Tomó y levantó a Mirach, borrando su limonada sin azúcar de sonrisa, y estrellándolo contra la pared detrás de sí. Le deseé un buen dolor cabeza.

—Ay, pero qué desgracia—dije actuando como una desconsolada madre—El bebé se hizo pupa—

Los soldados hefestos quedaron quietos, mirando donde cayó su general. Miré sobre mi hombro a mis soldados despeinados e igualmente

sorprendidos.

—Ataquen, pues—les recordé con calma. Mis soldados parpadearon, despejándose la impresión. Miraron a nuestro enemigo y con un grito de batalla atacaron.

Me quedé quieto en mi lugar, volviendo la vista al frente. Sintiendo a los cuerpos correr a mí alrededor, viéndolos chocar espadas y casi sacando chispas. Al fondo Mirach se levantaba, sobre una rodilla, recuperando el aire.

Mi aire.

El aire que me robó cuando mató a Prunus.

Mi espada mágica tembló por la fuera con que la sostenía. Inhalé, parpadeando. Utilicé la técnica que nos enseñaron en el Valle, saber controlar la ira, manejarse con control. En el medio de una batalla era el peor momento para perderse.

No lo hacía para sentirme perdonado por Prunus, por no haberlo defendido mejor. Yo quería venganza porque su muerte era injusta, no para limpiar mi mente de la culpa.

Necesitaba repetirme eso a cada segundo, era una tarea muy fácil de olvidar.

Levanté mi pie y pisé fuerte, provocando otra ráfaga que solo se dirigió a mi objetivo, derribándolo al suelo.

Bien, me dije, que se acostumbre.

Avancé entre la batalla, en mi propio mundo, evitando a los soldados y su pelea.

Me detuve frente a Mirach. Levantó la vista, deteniéndose de levantarse otra vez. Tenía la respiración agitada. Posiblemente le quebré un par de costillas con el primer golpe. Sus ojos bordó eran maliciosos, su pequeña sonrisa estaba deformaba por su vieja cicatriz desfigurándole mitad del rostro.

—Me gustabas más antes, cuando no recordabas tu nombre— me dijo entre jadeos adoloridos.

Golpeé la armadura morada en mi pecho.

— ¿Por qué buscas herirme así?—le pregunté como si me importara el

tamaño de sus pies.

Mirach se levantó con mucho esfuerzo. Estiró el brazo, haciendo aparecer su espada larga con curva. Tuve el pequeñísimo amague de empujarlo de vuelta al suelo.

Mirach de pie era un mamut. Enorme y peludo. Era dos cabezas más alto que yo, y el doble de mi peso estaba repartido entre sus músculos de formación rocosa.

Y arrugas.

Un poco atontado, noté que Mirach tenía arrugas en el rostro. Debajo de los ojos y un poco alrededor de la boca.

Distraído como estaba, a Mirach le costó muy poco casi convertirme en fiambre.

Di un paso hacia atrás y levanté mi espada casi totalmente por hábito y detuve su filo con el mío. Mi enemigo me miró, sus pupilas carmesí parecía que temblaban al unísono de sus manos.

Me miró como si quisiera decirme algo.

No quería decirlo, mucho menos pensarlo. Pero algo no estaba bien con Mirach.

Eso no lo detuvo de intentar matarme de nuevo.

Levantó su espada y volvió al ataque. Me dije que me concentrara, seguramente era una estrategia para debilitarme.

Esquivé su puño agachando la cabeza.

Prácticamente en mi mente sentí como Serafín y yo pensamos lo mismo: Ese tramposo.

Di un paso hacia atrás posicionándome y choqué contra otro soldado hefesto. Dio media vuelta, nos miramos a los ojos y arrugó la cara en un grito de guerra mientras levantaba su espada. Me acuclillé y giré en eje estirando una pierna, golpeando sus rodillas y derribándolo. Cuando me levanté me tomaron de la armadura por el cogote, tirándome al suelo. Todos mis órganos chocaron entre sí como en un pogo salvaje y en la etapa cuatro de una borrachera, sacándome el aire. Otro soldado hefesto me vio, vino hacia mi con una decisión envidiable, bajó la punta de su espada sobre mi cabeza. Levanté mis brazos en forma de X justo a tiempo, y cuando el soldado levantó su arma para volver atacar agité mi brazo como espantando a una mosca, una ráfaga de viento se desvió

hacia mí y empujó al soldado hacia atrás.

Mientras me levantaba pensé que ella me había contagiado su abuso del uso de la magia, jamás había usado tanta, menos en una batalla. Moví los hombros, e hice reaparecer mi espada en mi mano.

Una soldado me atacó por un costado, detuve su ataque con mi arma por un lado, por el otro me daba un piñón en la oreja aturdiéndome. Me tropecé hacia un costado, casi cayendo. Apenas pude despejarme cuando un golpazo me dio en el pecho, derribándome.

No sabía de qué lado estaba mi armadura para ese momento.

La soldado se posicionó encima de mí.

Voy a rebanar tu cabeza, dijeron sus ojos.

No, gracias, le contesté con mi patada en su rodilla. Tomé mi espada con ambas manos, abaniqué hacia adelante y rebané su pie de una sola estocada, salpicando todo el suelo, y a mi, de sangre. La soldado cayó de espaldas, golpeando con fuerza la cabeza sobre el suelo rojo y húmedo. Me levanté, agitado y con una severa punzada en mi costado. Elevé la espada para el golpe final cuando alguien se me tiró encima. Ahorcándome con un brazo y gritándome en el oído.

Ah, no.

O me ahorcás o me dejás sordo, pero no las dos cosas.

Reuní toda mi voluntad e imaginé que mi cabeza era una piedra, cabeceé hacia atrás, escuché un obvio crack al tiempo que su brazo aflojaba el amarre. El soldado sostenía la sangre que bajaba como catarata por su cara. Le apuñalé la axila, llegando justo al corazón.

El soldado cayó, revelando a Mirach derribando de una certera y mortal trompada a uno de los míos.

Mientras impotente lo veía caer desee saber su nombre.

Miré a mi alrededor, sintiendo la cálida humedad aferrándose a un costado de mi cara. Las armaduras rojas prevalecían sobre mi grupo.

— ¡Retirada!—grité. Abaniqué mi espada hacia un costado, apuñalando una mejilla.

— ¡Retirada!—

Capítulo 5

Capítulo 4: No sabía cómo iba a levantarme

Sirio

Inhalé profundamente una tercera vez. Con la palma de la mano intenté secarme al sudor de los costados del rostro. Cruzar esos túneles fue intenso.

Las sombras de las mujeres aves seguían deslizándose sobre el bosque cuando ingresamos al castillo por otro de los túneles subterráneos que nos enseñaron Ébano y Tilia. El suelo de terciopelo callaba el ruido que nuestra armadura no podía silenciar. En el castillo no había escaleras, solo pasillo con ángulos como colinas que te llevaban a los diferentes niveles de la estructura.

A veces tenía la certeza de que mi mente era un ente aparte de mí, porque en ese momento se me vino a la imagen de mi casa de cuando era niño. Fui hijo único, y significó para mí que mis padres buscaban todas las maneras para llamar mi atención. Mi madre era ama de casa y mi padre, antes de que lo llamaran para la guerra y falleciera, era un obrero y siempre intentaba llevarme con él a su trabajo.

—La ventana, Siri—lo escuché decirme con su cálida sonrisa y tierna mirada—No te olvides de la ventana. Es la parte más importante de una casa, permite entrar el sol, y el aire, y mirar hacia afuera. Nos recuerda que pertenecemos a algo mucho más grande que solo a una casa—

Mi padre fue un hombre sabio y reflexivo. Y pasé muchos ciclos extrañándolo.

Exhalé lentamente por la boca. Tomé el mango de mi espada física y desenvainé al mismo tiempo que doblaba una esquina del pasillo.

Me detuve en seco, un soldado me chocó por detrás, pero no logró moverme.

Helenio estaba en frente de un escuadrón hefesto y erweno.

Habíamos hecho todo lo posible para hacer las cosas bien, y todas

nuestras mejores intenciones nos contraatacaron.

El cabello de Helenio, verde oscuro y la franja rosa unos más tonos más clara que la mía, estaba largo y despeinado. Sus ojos eran carmesí, casi resplandecían.

Si él hubiese sido un brujo mejor estaba bastante seguro que yo ya estaría calcinado por el rencor de su mirada.

Con ambas manos levanté mi espada y de mi pecho grité la guerra. A mis costados mis soldados me imitaron y corrimos hacia adelante.

Los siguientes segundos, o minutos u horas mi entrenamiento militar tomó el control de mis decisiones. Todo fue una confusión de ruidos, formas y colores. Rostros aparecían y desaparecían con la misma velocidad, junto a todas sus muecas. Bronca, miedo, inseguridad y algunos simplemente estaban en blanco.

Una patada llegó desde uno de mis puntos ciegos hacia mis costillas logrando derribarme. Golpeé fuerte el suelo provocando que todas mis heridas palpitaran al unísono.

Me quedé en el suelo gimiendo con los ojos cerrados.

No sabía cómo iba a levantarme.

Un peso, que sospeché era la de un pie, pisó un lado de mi armadura y empujó, dándome la vuelta. Abrí un ojo, ya que el otro lado de la cara la sentí hinchada y húmeda. El dolor en todo mi cuerpo se hinchó y palpitó con más fuerza.

Mañana me iba a tomar tremenda siesta.

Capítulo 6

Capítulo 5: Y seguí peleando

Protea

Encontrar a un grupo de cansados, pero preparados soldados enemigos en mi salón del trono no era mi noción de que todo iba a ir bien.

Leo, Loto y yo al frente de nuestros soldados nos detuvimos por apenas un segundo antes de tomar el mango de la espada y destrozarnos la garganta en un grito de guerra.

Corrimos hacia el enemigo, levanté mis antebrazos a tiempo que un escudo embestía contra mí, haciéndome temblar hasta los dientes. En mi lado izquierdo no pude ignorar una pesada presencia. Abrí apenas los ojos a tiempo para ver cómo Loto subía y bajaba su espada sobre los soldados que querían atacarme en mis puntos ciegos. Miré a mi enemigo al tiempo que daba un par de pasos hacia atrás y desenvainaba mi espada. Levanté mi arma y comencé a golpear y cortar. La sangre y los primeros gritos de dolor salpicaron hacia arriba mirando todo con pena.

— ¡A tu derecha!—gritó Loto al mismo tiempo que convocaba su escudo cubriéndose de un ataque. Subí los brazos cuando miré hacia donde él me señalaba, una flecha entró por el hueco de los ojos del soldado que estaba por atacarme. Miré la dirección de donde vino la flecha y encontré a Leo con su arco mágico en mano. Detrás de él apareció un soldado con su arma ya en alto, convoque una daga y la lancé, cortándole un costado del cuello. Fue tiempo suficiente para que Leo mirara y lo rematara. Le agradecí mentalmente a Tilia por sus lecciones con el lanzamiento de cuchillas.

Un grito de dolor de un hombre me sobresaltó, porque sonó muy igual a Loto. Con el corazón de pronto en la garganta giré el rostro…y no estaba…

Un masa deforme de soldados se atacaban sin orden ni concierto y Loto

no estaba por ningún lado.

No, pensé sintiendo una explosión de frío y calor.

Un nuevo contrincante se me acercó y abaniqué mi espada porque no podía dejar de pelear. Tampoco pude dejar de buscarlo.

Con el paso del tiempo Leo también se me perdió de vista.

Giré una y otra vez sobre mi eje y no estaba ninguno de los dos.

Estaba sola.

Otra vez.

Los ojos me ardieron y sentí los hombros tan pesados.

Estaba cansada de pelear sola, me pregunté por qué debía hacerlo sola. Yo era muy competente, sabía lo que debía hacer y sabía que solo iba a rendirme cuando mi corazón fuese apuñalado…pero por qué sola.

Inhalé un muy necesitado aire al tiempo que enderezaba la espalda. No era momento para analizar mi vida amorosa. Apreté el mango mi arma, repasé mentalmente que no hubiera fugas en las partes que mi armadura era mágica.

Y seguí peleando.

Capítulo 7

Capítulo 6: Mi espejo contrario

Melia

Yo…

Yo amaba a mi hermana.

Lo más triste de todo es que yo cada vez que la nombraba o la recordaba no aparecía su penosa confesión de que había secuestrado al hombre que amaba, ni que trabajaba para el enemigo. Yo pensaba en esa vez que solo teníamos un pan para comer y hasta los dioses sabían cuando volveríamos a comer. Nos imaginaba jugando con esa hogaza de pan, a veces era una espada que yo usaba para defenderla de los fantasmas, otras era su bebé que no dejaba de reír y llorar. Hasta que los calambres en la panza no nos permitía seguir imaginando y debíamos comerlo.

La imaginaba a ella riendo con el huequito entre los dientes y media mugrienta. La imaginaba burlándose de mí por ser una exagerada con algo. La recordaba caminando conmigo por las calles, tomadas de la mano, pidiendo una moneda o algo para comer.

Por eso cuando la vi del otro lado pasillo con todos esos soldados rojos rodeándola no pude…no pude evitar reemplazarla con esa niña con su huequito entre los dientes, abrazar a la estúpida hogaza de pan y palmaerle la espalda para que hiciera sus imaginarios eructitos.

Ambas nos miramos desde su posición en el largo y ancho pasillo, con nuestra armadura de diferentes colores y nuestras armas en la mano. Sus ojos marrones claro también me miraban toda, como si de su lado también intentara encontrar a esa niña y la hogaza de pan.

Mi hermana gemela. Mi espejo contrario.

Así que me quede quieta mientras mis soldados gritaban y salían corriendo a mis costados. Sabiendo que saldría muy mal parada de esa batalla, cualquiera fuera el resultado.

Pero aquella mañana le había susurrado a Serbal en el oído que iba a volver.

Y yo siempre cumplía mis promesas.

Capítulo 8

Capítulo 7: No lo sabía

Serbal

Todo ocurrió en un par de horas.

Tilia y yo discutíamos la importancia de primero ponerle manteca al pan y después el dulce de leche cuando un figura casi negra emergió del portal.

Primero vi los ojos con pupilas verticales.

Luego, la sonrisa maliciosa.

La mujer ave se detuvo en el aire sobre el portal. Sus alas marrones extendidas, sus patas de ave, de cuatro dedos escamosos y garras, replegados y las plumas erizadas de su cuerpo esbelto. Echó para atrás la cabeza lanzando una sonora carcajada, sacudió sus alas y nos sobrevoló mirándonos como si fuéramos bombones de su bandeja particular.

Entonces, llegaron las demás.

Decenas de mujeres aves salieron en parvada por el portal esparciendo plumas enormes por todos lados antes de que Serafín y Alnus pudieran cerrarlo.

Una mujer ave se dirigió hacia nosotros y Tilia y yo nos tiramos al suelo cubriéndonos la cabeza. Esas uñas no eran un juguete.

Cuando sentí la ráfaga de aire disminuir levanté la mirada. El suelo estaba regado con enormes plumas y entre medio estaban nuestros soldados con graves heridas. A un costado de donde estuvo el portal la realeza aeterniana parecía bastante entera, asustada, pero entera.

Alguien gritó; y se escuchó desde el cielo.

Tilia y yo de a poco nos arrodillamos y elevamos los ojos. Varias mujeres aves tenían a nuestros soldados en vuelo, agarrados desde las axilas.

Cerré los ojos al mismo tiempo que los soltaron. Los gritos y sus ecos llenaron todo al mismo tiempo que sentí a Tilia levantarse y correr hacia la Corte y los demás.

La seguí queriendo ignorar por completo el nuevo silencio.

—Tenemos que huir—gritó Tilia sobre su hombro. Agachamos la cabeza cuando una mujer ave nos sobrevoló demasiado cerca, su risa maníaca fue su estela.

Preparé mi mente para la batalla. Amortigüé mis emociones y me mantuve alerta a mi alrededor. Más me valía reaccionar a la menor amenaza o sino…o sino mis miedos tendrían razón.

Esa mañana, mientras Melia y yo tomábamos coraje para levantarnos de la cama, le pregunté qué pasaría si yo peleaba, peleaba, peleaba y al final yo siguiera siendo el traidor. El enemigo.

El otro.

Qué pasaba si yo hacía todo lo que debía hacer y aun así no fuera suficiente.

La gente esperaba cosas importantes de mí porque era el primogénito de la condesa Boiso y el capitán Moreno, y también porque fui un hefesto. Me molestaba de sobremanera estar con personas que no fueran mi familia porque podía sentir cómo me pegaban al cuerpo con la mirada papelitos pegajosos con todo lo que se esperaba de mí.

"¿Sos lo suficiente astuto para retomar el condado de tu madre?" "¿Sos lo suficiente aeterniano para defendernos esta vez?" "¿Sos lo suficiente hijo para enorgullecer a tus padres?" "¿Sos lo suficiente hermano para proteger a tu hermana?"

¿Sos lo suficientemente valiente?

No lo sabía, no.

Y la mayoría de las veces era muy difícil ignorar esas expectativas ajenas.

A veces también eran mías.

¿Qué pasaba si fracasaba? Si yo lo intentaba, peleaba, sangraba, lloraba, sudaba y al final yo no…yo no era suficiente. Porque ya no era Serbal. ¿Y si realmente era Gladiolo? ¿Y si maté a Serbal aquella vez cuando me llevaron a ese burdel para que les fuera de sirviente y vi como aquel comandante golpeaba a su puta una y otra vez hasta dejarla hinchada y morada y yo no hice nada? ¿Y si lo apuñalé cuando me llamaron como

tantas veces “hijo del capitán” mientras tiraban de mi pelo y yo refuté que no tenía padre? Y si lo ahogué cuando me ordenaron quemar esa casa…y lo hice.

“Ser, los sacaste, sacaste a esa familia a escondidas antes de quemar la casa” sentí la voz de Melia y su caricia fantasma en mi pecho.

Sí, los saqué. Huyeron, hasta el día de hoy nunca supe que fue de ellos. Y ese no fue Gladiolo, fue Serbal… ¿no?

— ¡Ser, cuidado!—gritó Tilia.

Me lancé al suelo al mismo tiempo que las garras de la mujer ave se cerraban, raspando un lado de mi cabeza casi rapada y continuaba su vuelo.

Me tomé un momento para exhalar y tragar mi corazón de vuelta a mi pecho.

Más me valía no morirme o Melia me mataría. Todavía le debía un casamiento y el resto nuestras vidas.

Tilia dio la vuelta hacia mí, tomó mi brazo y me ayudó a levantar. Retomamos la carrera hacia los demás, tomé el brazo de un atónito Alnus y lo empujé a correr hacia los autos. Margarita y Dalia encabezaban la retirada, detrás Serafín, Tilia y Mari, la oráculo que no pudo avisarnos de ese particular evento, y rezagados Quercus, Alnus y yo.

—Vamos, vamos, vamos—gritaba cada tanto cuando notaba que uno o el otro se estaba rindiendo. Ambos resollaban y se quejaban. Un niño chiquito tenía mejor actividad física que ellos.

Cuando logramos llegar a los autos, abrimos la puerta y nos lanzamos dentro de los asientos.

—Esperen—dijo Margarita con un pie dentro.

Nos detuvimos.

—Tenemos que ir a lo de Ébano— le dijo a Dalia. Ella la miró con la frente arrugada hasta que abrió los ojos y se cubrió la boca.

—Ya, ya, ya—alentó de acuerdo con su esposa con otra especie de apuro. Dalia fue hacia el otro auto y se metió en el asiento de piloto.

Tilia, Serafín y Mari fueron con ella. Margarita, Quercus, Alnus y yo en el

otro.

Marga encendió el motor y directamente pasó a segunda pisando el acelerador. Cruzamos sorteando a los soldados que abanicaban las espadas hacia el cielo y se creaban un montoncito con escudos físicos encima. Desde el asiento del copiloto miré el amplio campo regado con cuerpos y mujeres aves, la mayoría de ellas con el cuerpo cubierto de plumas negras al igual que su creador el dios Cronos, había otras con manchas blancas y unas pocas con plumas marrones.

De pronto noté que las sirenas y tritones se detuvieron y elevaban los brazos hacia el cielo. Y en unos minutos el hermoso día de primavera se oscureció con nubes negras y se largó una pesada lluvia de enormes gotas. Ellos usaron la magia que les regaló la diosa Zuza controlando el agua en cualquier estado. No faltó mucho para que sobre las cabezas de todos se formaran masas flotantes de agua. Un momento después se dispararon de un lado a otro como proyectiles cazando a mujeres aves en el cielo.

Me pregunté por cuánto tiempo podrían hacer eso antes de agotarse estando en ese mundo con la magia tan escondida.

Mientras tanto Margarita y Dalia cabeza a cabeza sorteaban a los soldados y ahora a las masas de agua con las mujeres aves volando de un lado a otro. Cuando Marga derrapó por el barro por cinco segundos lo suficiente eternos decidí que el cinturón de seguridad era mi nuevo mejor amigo. Una vez que llegamos a camino pavimentado y notando que Marga, ni Dalia a nuestro lado, iba a bajar la velocidad, abrí la boca para preguntar al mismo tiempo que sentimos a Quercus bajar la ventanilla y vomitar su interior hacia afuera. Marga hizo un gesto de asco y miró por el espejo retrovisor.

—Entonces, ¿por qué estamos cerca de alcanzar los noventa kilómetros por hora hacia la casa de Ébano?—pregunté con la voz bastante tranquila a pesar de que me aferraba por mi vida a la puerta y a la silla.

—Zafiro—

Inhalé y me mandé a la mierda por no haberlo descubierto solito.

Silene y los bebés estaban en peligro.

Ya en el corazón del pueblo estaban casi todos los lugareños de todas las edades quietos en su lugar, ya sea sobre la vereda o con el auto detenido en el medio de la calle, mirando al cielo y señalando. Algo me decía que el

intendente acababa de aumentar los intereses de nuestra estadía.

Dalia frenó con apenas un poco más de calma que su esposa. En mi caso, el cinturón de seguridad salvó mi nariz, pero comprimió al vacío mis órganos. Apenas alcanzamos las manijas de las puertas y a desabrocharnos el cinturón cuando escuchamos un grito horrorizado venir desde adentro de la casa.

Fui el primero en llegar a la puerta, pateándola mientras que sacaba mi espada de la vaina. Por la ventana del otro lado del living vi como Silene estaba encima de la mismísima superiora Zafiro y la ahorcaba con un brazo.

Asentí muy impresionado.

Corrí hacia el patio con Tilia detrás, salvo que ella se desvió, subiendo las escaleras hacia los bebés.

Abrí la puerta cuando dos sombras descendían cayendo en el pasto.

Una imagen de los cadáveres de los soldados dejados en el campo me vino a la mente.

Pude haber sido mártir. Fui verdugo.

Capítulo 9

Capítulo 8: ¡De nada!

Tilia

Ya no era la divertida Tilia. Ni la buscada. Ni la admirada.

El mundo a mi alrededor se convirtió en la casa de mi infancia, con mi madre señalando todos mis errores y defectos.

Todo, todo, lo que me costó huir de mi casa, bueno, no, esa parte fue fácil, el después de huir fue la parte difícil. Y la de descubrirme y dejarme llevar por quién yo era. Amar, reír, llorar…al fin sentir la conchuda lluvia en mi cara…

Todo eso se fue a la mierda en el momento que Helenio me poseyó.

Ya no sabía quién era.

¿La buena, la mala…la estúpida?

Me da vergüenza decir que la batalla era mi alivio, porque por un momento yo sí sabía lo que tenía que hacer. Y también un poquito tenía claro quién era.

El llanto de ambos bebés me cayó como agua fría en la espalda. Llegué a la cima de la escalera al mismo tiempo que la puerta de la pieza de Ébano se partía y salía disparada una mujer ave chocando contra la pared. Del otro lado Cyperius movió los hombros en círculos.

— ¿Ya está?—preguntó como todo un malote guardián de los recuerdos.

Sabía que él era mi favorito por alguna razón.

Tenía el labio partido y su ojo izquierdo iba a hincharse como papada de sapo. Vestía jeans negros y una remera marrón donde en blanco tenía escrito Cuarteto de Nos.

— ¿Están todos bien?—pregunté acercándome. Miré detrás de él, hacia Calathea dentro de la pieza intentando calmar el llanto de los bebés en su

cuna. Cyperius miró sobre el hombro.

—Sí—respondió escueto. Me miró— ¿Qué pasó?—

Gruñidos y gritos por el esfuerzo llegaron desde el patio atravesando las ventanas de las dos habitaciones.

—Las mujeres aves ingresaron por el portal, atacando todo—dije caminando hacia atrás. Fui hacia la desmayada mujer ave y le apuñalé la garganta. Su boca gorgoteó con sangre y su cuerpo adquirió otra clase de placidez. Miré sobre mi hombro—Quédense acá—

Cyperius asintió en su lugar. Confié que nada ni nadie iban a moverlo. El aire de mis pasos espantaron las plumas del suelo hasta que llegué abajo y miré que Serbal estaba un poco más en el horno de lo que había asumido. También Silene.

Ella estaba en el suelo, parecía atontada. A su lado quién sabía era la superiora Zafiro por sus visitas al castillo estaba mirándola con una sonrisa de superioridad y triunfo, disfrutando del remate. Su cuerpo entero estaba cubierto por plumas negras del tamaño de una mano de Sirio. Sus alas se arrastraban por el pasto simulando una capa. Del otro lado Serbal peleaba contra dos mujeres aves. Y francamente, les estaba rompiendo el culo. No por nada fue uno de los mejores soldados que tuvo Zelkova, su ausencia creó un hueco que costó llenar en las líneas.

Si hubiésemos estado en Ponto hubiese lanzado uno de mis hechizos favoritos. Bola de fuego explosiva.

Queridos dioses, cuánto amaba hacer explotar cosas. Si bien podía hacerlo, por mi condición de bruja completa, que debe ser lo único bueno que heredé de mis padres, no me podía arriesgar con cansarme mágicamente demasiado pronto. Así que, en ese momento me tuve con conformar por el segundo, eh cuarto, no, quinto placer secreto. Los primero cuatro tienen que ver con Sirio y no cuentan para ese contexto.

Desenvainé una de las tantas dagas atadas a mi cuerpo y la lancé hacia la reina de las mujeres aves. Pero mi estúpida puntería estaba oxidada y solo le rasguñó un costado, aunque llamé su atención.

La pupila horizontal de sus ojos ambarinos adelgazaron. Corrí y le salté encima antes de que pensara en dar un discurso de villano.

Me abuuuuurren los discursos de villano. Apreté su garganta con mis dos brazos. Silene nos miró desde el suelo con los ojos verdes abiertos, y corrió hacia adentro de la casa.

Intenté no tomarlo personal.

Zafiro se arrodilló boqueando por aire, lo cual me pareció una interesante ironía.

No conté con sus afiladas uñas clavándoseme en los brazos. Sorprendida por el dolor la solté, con su agarre me lanzó hacia el suelo.

Si la conducción de Dalia no transformó mis órganos en batido, eso oficialmente lo logró.

— ¡Zafiro!—gritó Silene llamando nuestra atención. Su cabello pelirrojo estaba suelto y despeinado. Sus ojos verdes clarísimos brillaban con ira homicida.

Tenía dos enormes cuchillos de cocina en ambas manos y caminó hacia nosotras con paso decidido.

Silene atacó por la derecha, izquierda y arriba en un rápido suceso. Me detuve de intentar inflar mis pulmones y la admiré por un segundo. Qué buena técnica, sentí un poco de envidia.

Zafiro además de esquivarla también atacaba con zarpazos de sus uñas negras.

— ¡Él era mío! ¡era mío! ¡era mío!— exclamó como una desquiciada con cada zarpazo de sus manos. Silene lo esquivó una y otra vez, atacó por la derecha.

— ¡No podés poseer a las personas, Zafiro!—respondió furiosa Silene.

—Por supuesto que puedo, soy la superiora de la górgonas—zarpazo por la derecha—elegido por Cronos—zarpazo por la izquierda—Él me amaba—dijo con la voz casi quebrándole mientras daba otro zarpazo por la derecha. Se detuvo con la respiración agitada. Ambas estaban en la esquina de la ventana del living y la pared de ladrillos. Zafiro estaba casi dándome la espalda, vi por el costado que tenía…los ojos húmedos. El rostro de Silene amagó con suavizarse, supuse que en compasión o pena. Un nuevo llanto de los mellizos nos llegó desde una ventana del segundo piso. La mirada de Zafiro se endureció y enfrió. Dio media vuelta con la vista en esa ventana e hizo una mueca de asco e ira.

El rostro de Silene se movió entendiendo lo que iba a hacer la reina de las mujeres aves tan solo un segundo antes de que Zafiro agitara sus alas para elevarse. Luego su rostro se convirtió en otro. Ella se convirtió en otra. O quizás más en sí misma.

Atrás quedó la apacible nueva mamá. Esa era una mamá oso en toda su gloria.

Zafiro solo pudo elevarse quizás apenas quince centímetros antes de que Silene corriera hacia ella se arrodillara a su lado en un movimiento fluido y apuñalara a la superiora de las górgonas en el muslo.

El chillido de dolor de Zafiro hirió para siempre una parte de nuestros tímpanos.

Tomó a Silene del cogote y la lanzó hacia la otra esquina del patio. Por un segundo se quedó quieta, dándome un pequeño gran susto, hasta que se enderezó con los brazos.

Zafiro me sobrevoló muy cerca yendo hacia su adversaria, esquivé las garras de sus patas girando boca abajo. Y gateando fui hacia Serbal que se lo notaba cansado y con nuevas heridas. Me levanté, saqué otra daga de mi otro muslo, y me lancé por detrás ahorcando a una de sus atacantes. Sus plumas querían desplegarse golpeando mi pecho con su justa fuerza.

—Por un segundo pensé que te ibas a tomar una siesta—dijo Serbal esquivando un zarpazo de su contrincante.

— ¡De nada!—exclamé con el estómago revuelto.

Capítulo 10

Capítulo 9: Que podía ser

Serafín

Margarita, Dalia, la Corte aeterniana y yo nos quedamos en el living viendo cómo Silene, Serbal y Tilia peleaban contra las mujeres aves.

—Los entrenamientos de Silene están dando sus frutos—comentó Mari, la peculiar oráculo. En algún momento dejó de ser una niña y en ese momento lucía como una anciana a punto de perder en el truco. Su piel más morena que la Ébano estaba completamente arrugada, sobre todo alrededor de los ojos multicolores, uno dorado y otro turquesa, dorado como los ojos de la diosa Maman y turquesa como los ojos del dios Cronos. Su espalda tenía una marcada joroba que la empujaba hacia el suelo. Su cabeza, con las rastas trenzadas en la cima, caían por su espalda, casi toda ella temblaba sin control. Y vestía su ropa de niña de hacía unos momentos, solo que estirado: un vestidito azul con florcitas de todos los colores. Mari metió su temblorosa mano en un bolsillo del vestido y sacó un chupetín, lo desenvolvió y comenzó a chuparlo.

—Mmmmm…naranja—gimió satisfecha.

—Jamás me sentí tan inútil antes—murmuró Dalia su mirada marrón iba y venía por toda la escena por la ventana mientras se apretaba las manos ansiosas. Sutiles mechones rubios se habían deslizado de su cola.

—Podemos volver y buscar a los otros soldados—dijo Margarita regia. Todos simulamos no notar su rostro hinchado y sus ojos, de ese color tan extraño parecido al rosado, irritados por largarse a llorar cuando los bloques de soldados cruzaron el portal.

Hacia la guerra.

Si el pedazo de mierda de Sur no volvía…

Moví los hombros, y no terminé con esa idea. Yo tenía la inconveniente

costumbre de detenerme en sucesos sobre los que no tengo el control.

—Vayan—dije desviando la vista de la batalla a ellas. —Su pueblo las necesita. El señor Quercus, señor Alnus y yo seremos el último frente con nuestra magia—

Tanto Quercus como Alnus asintieron en silencio solemne.

Las señoras Margarita y Dalia salieron. Escuché a sus respectivos automóviles arrancar e irse.

Volví la mirada hacia las peleas. Y solo cinco minutos después nuevas sombras sobrevolaron el cielo hasta aterrizar.

Inhalé, enderezando la espalda.

Imaginé a Rosa, con su sonrisa contenida, mirándome con cariño.

“Para eso es la familia, Sera”

Asentí hacia su memoria.

Exhalé despacio por la nariz y me permití recordarla por un segundo. No a Rosa, sino a la mujer que me robó el corazón.

“Te sentís satisfecho con lo que dijiste hace un rato, ¿no? Pero yo sé la verdad, Ávila, nunca tuviste que defender nada antes. No sabés nada de la guerra”

Lira tenía razón.

Nunca tuve que defender nada antes. Quizás era el momento de empezar.

Di media vuelta y caminé hacia el patio. El hechizo de convocar armas era bastante sencillo. La parte difícil es mantener la mente concentrada. Y saber pelear con ellas.

Una mujer ave se enderezó de su aterrizaje, levantó la vista, mirándome y sonrió con petulancia.

Qué muchacha tan atrevida.

Hice a aparecer una espada y la sostuve como he estado observando que hacían los soldados en los entrenamientos.

La miré cuando reflejó el brillo del sol hacia mis ojos.

Ja, interesante, me dije.

No sabía que una espada podía ser hermosa. Después de pensar eso, recuerdo que me sentí tonto, porque mientras miraba mi arma pensé en Lira. Y en su fuerte sentido de la justicia y su bondad disfrazada. En su mente brillante y en su total incapacidad para sazonar correctamente la comida.

Yo ya sabía que una espada podía ser hermosa.

El filo era de un sutil y suave rosado. El mango de madera tenía una rosa preciosa grabada.

Casi sonreí.

Lamentablemente en mi observación de los soldados en el entrenamiento no noté su regla primordial: Los ojos siempre en el enemigo.

La mujer ave se abalanzó hacia mí y cuando me di cuenta estaba siendo elevado por los aires, ya pasando por al lado de una ventana.

Hay una razón por la nunca consideré ser soldado.

Miré el suelo cada vez más lejos. No era necesario que fuera un físico, supe que no iba a sobrevivir a la caída si aumentaba la distancia.

Con algo en mi garganta que se sentía como un grito y un pánico agité mi mano con la espada mágica milagrosamente todavía en mano. Escuché a la espantosa mujer quejarse y sacudirse.

Y soltarme.

Capítulo 11

<u>Capítulo 10: Todos tienen un lugar</u>

Lira

Escabullirse en medio de la batalla es más difícil de lo que creen.

Me detuve un segundo apoyando mi espalda sudorosa en la pared de un pasillo que daba hacia la sala del trono.

Inhalé y exhalé sacudiéndome un poco el modo supervivencia para poder razonar. Tomé mi mandíbula con una mano y la moví despacio para determinar que tan hecha mierda me la puso el cara de pelotudo que me metió esa trompada.

Ah, qué hijo de una gran puta. Tenía suerte que sintiera todos mis dientes fijos, porque si no era capaz de volver y re-rematarlo.

Exhalé una última vez antes mirar hacia el interior del pasillo. Moví los hombros y comencé a adentrarme en el castillo a la vez que revisaba mentalmente los agujeros en mi armadura y los rellenaba con mi magia. Yo no sabía cómo habían aguantado los completos en aquel mundo, era increíble la cantidad de alivio que sentí una vez que crucé el portal y sentí en mis músculos mi propio poder espiritual. Envainé mi espada, me pasé la mano por mi rapada.

Una ternura me sorprendió en el pecho cuando recordé a Serafín apareciendo en mi pieza prestada en la casa de las Boiso, tomando las tijeras y ayudarme a cortarme el pelo.

"—Entonces, demostralo—le había dicho el día anterior—Demostrá que podés amarme por quién soy. Porque nunca voy a ser una de esas mujeres elegantes que toman té por la tarde y su pelea es entre el hilo y la aguja en el pantalón de su esposo. Esa no soy yo. Y puedo acoplarme a vos, Ávila, pero no seré otra persona—"

Y lo hizo.

Lo demostró.

Y ahora yo debía volver, porque por primera vez en mucho, mucho tiempo, había alguien que me estaba esperando.

Pero primero iba a hacer bien las cosas.

Antes de salir de casa de las Boiso, Mariguana, la oráculo con el nombre más ridículo, luciendo como una adolescente que apenas tuvo su primer período, me detuvo a un costado y me dio un trabajo especial.

"— ¿Crees en las Luces Fantasmas?—

— ¿Tengo cara de ser una crédula?—

—A pesar de tener testigos—

—Prefiero juzgar yo misma las cosas. Un aeterniano te puede decir que una cebra es blanca con rayas negras, y otro que es negra con rayas blancas—

—Me parece coherente—

—Y a mi parece que me estás deteniendo—

—Y a mí me parece que voy a tener que dejar de lado tu escepticismo. Me acabo de dar cuenta que todos están extremadamente preocupados por sobrevivir…—

—Qué barbaridad—comenté por lo bajo completamente seria.

—…pero nadie se detuvo a pensar en el después—terminó.

—Sí, sí lo hicimos. Habrá un tratado de paz y un acuerdo para…—

—No, en el después después. Una vez que Zelkova muera su alma quedará libre, gracias a su maldición de los Ojos rojos también el mundo de los espíritus está muy preocupado. La maldición de Zelkova no solo altera la química en el cerebro, literalmente ha corrompidos almas. Esas almas una vez que sean liberadas de sus cuerpos se convertirán en demonios y espíritus malignos, no hay manera que Maman, cuando vuelva, les permita quedarse en su reino debajo del prado. Esas almas corrompidas serán problema de los vivos, sobre todo la de Zelkova—

Me sobé con fuerza el rostro. Apenas encontrábamos la solución a un problema que ya aparecía otro. Detrás de la oráculo la calle estaba

tranquila, en silencio, eran las cuatro de la tarde, la hora de la siesta. Y parecía que esa hora del día era sagrada. Después de almorzar todo el pueblo quedaba suspendido. De una manera que me resultó perturbadora, me gustaba muchísimo ese momento del día en el pueblo.

Miré a la oráculo con cierta irritación.

—Debo informar de esto a los demás, no podemos salir sin cubrir este problema—

—No te preocupes, lo tengo cubierto. O, bueno, vos lo vas a tener cubierto—

Fruncí el ceño.

—De qué carajo me estás hablando—

—Al lado de esa daga que tanto te gusta…—

— ¿La daga de la historia "las almas enamoradas" en el despacho de Pinus?—

—Esa misma, al lado hay una botella que parece sucia—

—Mmmm—

—Esa botella es una botella mágica—

—Por supuesto que sí—dejé escapar mi sarcasmo.

—Fue hecha para contener los primeros experimentos de Zuza—

Si mi ceño se fruncía más se me iba a romper la cara.

— Para dejarlo claro, me estás hablando de la diosa del agua, Zuza—

—Esa misma, estoy casi segura que será suficiente para contener el alma de Zelkova, al menos hasta encontrar la forma de purificarlo—

— ¿Y las demás almas que corrompió? Deben ser centenas, quizás unos cuentos miles—

Mari subió y bajó los hombros.

—Solo tenemos al alcance una botella, y no entran todos esos miles. Es impredecible que el alma de Zelkova no vague por ahí, mucho menos que

reencarne—

—Así que, me estás dando la misión de encontrar esa botella y cuando Zelkova sea asesinado encerrar su alma en la botella—

—Facilísimo— dijo con una enorme sonrisa prepuberta. Sobre su ceja parecía que le iba a salir un grano.

Suspiré.

— ¿Y por qué no puedo ir a decirle esto a los demás?—

El rostro de Mari se puso serio. Su ojo dorado y turquesa me miraron con solemnidad.

—Todos tienen un lugar en esta guerra. Este es el tuyo—"

Apoyé la mano sobre el picaporte del despacho de Pinus.

Papá

Bruno

Iris

Pinus

Gardenia

Hibiscus

Lunaria

Yacoana

Aleix

Prunus

Y la lista de muertos después de esa batalla solo iba a crecer. Junto con Melia, Aralia y tantas otras pertenecía a la primera camada de mujeres que nos permitieron pelear. Ya había perdido a mi padre y a mi hermano

en la guerra.

No quería que nadie más perdiera a nadie más. No quería que algún otro sintiera alguna vez esa clase de agonía.

La de vivir sin tu ser querido.

Fui la única mujer en mi casa y dentro de mi casa jamás se me trató como si no fuese su igual. Sin embargo, mi padre y mi hermano eran conscientes que no sería del mismo modo fuera de casa y desde chiquita me enseñaron a defenderme. A nunca dejarme amedrentar por otro imbécil.

Y el Valle de Cascabeles estaba hasta el moño de imbéciles.

Pero no el capitán y el general. Ni el rey. Hibiscus, Prunus y Aleix fueron buenos hombres. Y amaban sin límites a su familia.

Lunaria y Yacoana eran el par más raro de amigas. Lunaria la seria. Yacoana la risa. Lunaria, el sentido común. Yacoana, era las historias de terror.

Lunaria fue nuestra entrenadora la mayoría de las veces. Nos empujó a ser fuertes, nos enseñó que la amabilidad solo era un rasgo más de esa fortaleza. A Yacoana le gustaba traernos licores en nuestros días de descanso y a enseñarnos a hacerles travesuras a los hombres que nos trataban como escobas.

Todo podía curarse con solo cambiar su mayonesa por crema de afeitar. Y viceversa.

Siempre creí que la mayor parte de que Melia se apegara tanto a Serbal y Alelí fue por un sentido de devolver. Devolverle todo lo bueno y bonito que nos enseñó cuidando a sus hijos. Aunque ella es bastante menor a mí, no sabía si las recordaba con tanto cariño como yo. Siempre se supo de su inmensa adoración hacia Gardenia.

—Cuando vos abras esa puerta la guerra ya habrá terminado—dijo una voz gruesa detrás mí.

Pegué un saltito, en mi mano ya había una daga mágica cuando me di vuelta.

Loto estaba de brazos cruzados. Sus ojos celestes estaban cansados y divertidos.

—No tenés que ir a acosar a Protea— le respondí con bronca, pero sin

verdadero veneno en mi voz.

—Ella puede acosarse sola—respondió.

Exhalé una risa— ¿Qué?—

Suspiró acercándoseme.

—Lira, tengo sueño, estoy cansado y estamos lejos de terminar esto. Abrí la conchuda puerta—

—Tengo la sensación de que ese no es el modo para hablarle a tu generala— dije moviendo el picaporte y abriendo la puerta.

—Tengo la sensación de que tengo una ulcera, pero estoy ocupado apuñalando a gente con ojos rojos que llora y ríe al mismo tiempo—

Dentro del despacho me di vuelta. Lo miré seriamente.

—Vos también lo notaste—

—Que hay algo que anda muy mal con los soldados de Zelkova, sí, lo noté—

Giré el rostro y miré la habitación sin verla.

—También lucen agotados…—me toqué la mandíbula—pero tienen mucha fuerza—

Loto caminó entre los atrios con objetos mágicos protegidos con una cúpula.

— ¿Ahí no había un catalejo?—preguntó señalando.

Miré el atrio vacío.

—Ni idea—respondí, concentrándome en mi misión. Miré a mi alrededor…

…pero la tan bellísima daga que supuestamente había actuado en la leyenda de las almas enamoradas no estaba ahí. Aunque sí estaba la botella. Me acerqué y la miré.

Parecía una botella de vidrio verde común y corriente. Una mugrienta botella verde.

Loto se me acercó por un costado.

— ¿Por qué estás acá?— le pregunté mientras tomaba la cúpula y la alzaba. Loto tomó el otro lado y me ayudó a ubicarlo en el suelo.

—La oráculo dijo que necesitarías ayuda. Estaba atento a vos—

Me enderecé, mirándolo.

—Quién la entiende—murmuré negando con la cabeza.

Tomé la botella. La palpé para determinar que tan frágil era.

Una botella común y corriente.

La metí en un saquito mágico que acababa de crear en mi cadera. Exhalé desganada. Pelear con eso iba a ser un reto.

—Zinnia estaba igual—comentó Loto. Lo miré.

Y lo compadecí.

Belladona, la protectus de Melia, y Zinnia, la protectus de Taxus, habían sido muy, muy cercanas. Zinnia se había casado con mi protectus, Tolimán. Como Melia siempre estuvo más ocupada de Alelí, fue Loto quien prácticamente tenía a dos protectus, Protea y Belladona. Pero para cuando Alelí volvió de su esclavitud en Hefesto todos ellos, Belladona y Zinnia junto con Tolimán habían perdido contacto.

Cuando Hefesto y Earwen atacaron Refuge, descubrimos que Zinnia y Tolimán había pasado para el bando enemigo.

No solo habíamos perdido a Gardenia ese día. Zinnia fue la asesina de Belladona en esa batalla.

Belladona y Loto se amaban como hermanos, habían conectado de una forma que nunca entendí.

Y fue Loto quién asesinó a Zinnia en su ataque de locura por la perdida.

Tolimán huyó, pero no había que ser la oráculo para saber que buscaría venganza.

Observé bien el rostro cansado de Loto, preocupada. Era uno de mis pocos amigos desde cadete en el Valle.

No quería agregarlo a la lista.

Zinnia

Belladona

Entonces, Loto miró la puerta abierta del despacho.

—Algo está mal con Protea—dijo.

No fingí que estaba loco.

Sabía cómo se sentía lo que él estaba sintiendo.

Al igual cuando entendí a Cruz.

Porque me ocurría lo mismo con Serafín.

Capítulo 12

Capítulo 11: También

Loto

Siempre disfruté que todos conocieran mi nombre y luego, o antes, se enteraran que era soldado.

Loto significa paz. Armonía. Y todas esas cosas bonitas, pero caras.

Nadie entendía que para conseguir esa paz primero tenés que arrastrarte en el barro mientras sostenés un ramo de rosas repleta de espinas con el calor del sol apuntando tu cabeza, difuminando tu realidad.

Seré corto y conciso. No sé que más decir que no hayan dicho ya.

Pero también quería honrarla, recordándola un poco.

Corrí como condenado por los pasillos del castillo para llegar a ella. Esa…cosa en mi pecho que más o menos para esa época ya la sabía manejar latía como percusión. Rápido, con algunas pausas.

Con alarma.

Algo había escuchado por acá y por allá sobre que tanto Melia y Serbal, Alelí y Cruz les ocurría lo mismo. Sospechaba que también a Lira, pero ella siempre fue muy reservada con sus emociones.

Conexión espiritual. Que representaba que mi alma y la de Protea ya se habían encontrado antes…y se habían enamorado.

Y yo me preguntaba…por qué mierda ella tenía la costumbre de creer que debía pelear sola… ¿por qué no buscaba ayuda?

Yo no dudaba del amor que nos teníamos. Porque estaba, y era mucho.

Quizás…quizás yo dudaba de que fuera merecedor de ese amor. Porque Protea era…estaba tan viva. Y yo ya había peleado tantas guerras.

Prácticamente le recomendé que fuera con Leo. Porque…bueno, porque yo era un imbécil.

Pero no iba a cometer el mismo error dos veces.

Yo no solo iba a pelear por ella esa vez, iba pelear junto a ella.

Y hacerle entender que jamás debía pelear ninguna otra cosa sola.

Lira corría detrás mí siguiéndome el paso, sin preguntas.

Ella era la mejor de la amigas, me acuerdo de pensar. Y también recuerdo que me ardieron los ojos y me tembló el labio cuando me permití por un segundo pensar en Belladona.

Belladona, la caprichosa. Belladona, la valiente. Belladona, la buena. Belladona, la que casi me saca la cabeza de los hombros con una pala cuando entendió que dejé ir al amor de mi vida.

Mi hermana por elección.

Pero me recompuse rápido, porque como ya dije, la paz se gana. Uno tiene que pelear para ser digno de esa paz.

También del amor.

Capítulo 13

Capítulo 12: Deberían (intervalo)

En la guerra Eterna

15 de Noviembre, año 2016 desde la muerte de Cristo

— ¿Te puedo acompañar?—preguntó Ébano detrás de ella.

Margarita suspiró, y asintió. Se sacó la correa de la cámara del cuello y la posó con cuidado en la mesa a su lado.

La hora de la siesta es un poco torturante en verano, pensó Margarita mientras se abanicaba con un cuadernito en el patio de su casa. Por suerte lo tenían lleno de plantas que amortiguaban mucho el peso del calor.

Ébano se sentó en la silla del otro lado de la mesita. Apenas pasó un momento en silencio cuando se reacomodó un par de veces, notablemente incómodo. Carraspeó. Cruzó los brazos, carraspeó de nuevo. Descruzó los brazos y los volvió a cruzar.

Margarita lo miró, disimulando su diversión.

—Y… ¿cómo va el trabajo?—dijo.

Marga apretó los labios y comenzó a servir el mate.

—Bien, es fin de año así que Dalia está hasta el moño corrigiendo pruebas, en vacaciones tiene pensado empezar a escribir otro libro, con suerte esta vez la podré convencer de que lo publique. El hotel sigue donde siempre, los mismos empleados—lo miró de reojo—aunque esta vez hay otra clase de clientes—y retomó sirviendo el agua al mate. Se lo pasó a Ébano.

—Gracias—le dijo recibiéndolo.

—No digas eso si querés otro—

Ébano exhaló una sonrisa antes de chupar la bombilla.

—No todos siguen esa regla—

—Deberían—

Ébano sonrió de nuevo, relajando los hombros.

—Siempre me sorprendí que vos y Ana fueran hermanas—

Margarita lo miró, no del todo sorprendida de que la nombrara. Pero seguía sin estar preparada para el golpe en el corazón. Cada vez que pensaba en Yacoana su corazón se trisaba otro poco.

Si no fuera por Dalia y Protea estaría completamente roto.

Margarita desvió la vista hacia el jardín. Notó que dos mariposas blancas jugaban entre las flores.

—Hice todo lo que pude para que ella nunca…—tragó—Para que nuestro padre nunca la…corrompiera—

Ébano la miró sorprendido de que le siguiera la corriente con la conversación por segunda vez. Él no la recordaba tan complaciente…o tranquila.

—Escuché por ahí que el rey…el viejo rey fue bastante duro—

Margarita rió. De verdad. Se tapó la risa con una mano, pero no pudo detenerse por otro rato.

—Escorpio Toledo fue un reverendo hijo de puta, soberbio de mierda, egoísta como pocos—respondió y rio otro poco.

Ébano solo pudo mirarla y tenderle el mate. Marga lo recibió.

—Él vivía para el aplauso. Amaba los aplausos. Hubiera tenido más hijos solo para recibir las felicitaciones, si no fuera por ese accidente con el caballo que lo dejó estéril. Si Yacoana no hubiese nacido con su color de ojos la hubiese repudiado en un segundo que toma espantar una mosca. —terminó de ponerle el azúcar y un poco yerba— No fue del todo su culpa, su padre también fue así, su madre no tuvo tiempo para él…—volvió a reír antes de echar agua y chupar. —Y todavía lo estoy defendiendo—murmuró casi con bronca.

Margarita suspiró recostándose en el respaldo de la silla con mate en mano.

—Yacoana era todo lo que estaba bien en este mundo—susurró. Se palpó con suavidad el pelo castaño, fijándose que ningún mechón se hubiese escapado. —Sé sobre las fotos. Algunas las tomé a propósito para vos—

Ébano que hasta ese momento estaba pensativo la miró frunciendo un poco el ceño. Miró la cámara que nunca estaba demasiado lejos del pecho de Margarita.

—Protea también lo sabe—le dijo él—Se me escapó y me planteó que todos somos una manga de pelotudos—

Margarita sonrió de lado con cierto orgullo.

—Menos mal, por un momento me preocupé de no haberle enseñado a hablar con propiedad—

Ébano sonrió.

—No hicimos las cosas bien—

— ¿Y si en algún momento, estando juntas, recordaban lo que habían pasado y hubieran querido volver?—

—Volvieron de todas formas. Eligieron ser soldados. Todos nuestros miedos se hicieron realidad y no pudimos detenerlo—

Marga apretó los labios.

—A veces sueño con Lunaria—confesó Ébano mirando el suelo, su rostro era la tristeza. Marga lo miró. — y que está profundamente decepcionada de mí—

Ella podía tener una idea bastante clara de cómo se desarrollaban esas pesadillas.

Suspiró profundamente. Rellenó el mate y se lo pasó. Ébano despejó la cabeza de nuevo y lo recibió.

Ambos padres dejaron de disimular que eran postizos y miraron el jardín.

Capítulo 14

Capítulo 13: Quizás eso ayude (segundo intervalo)

Hace casi un ciclo. El día después del funeral de Alelí.

Día 19 de Primavera, ciclo 5697 desde la Guerra de las Divisiones

Cedro está sentado en el escalón de la casa de sus padres y mirando la calle vacía. Algo completamente asombroso teniendo en cuenta que esa mañana tuvo que empujar a un montón de desconocidos que se aglomeró como mermelada de durazno por el funeral de su madre.

El. Funeral. De. Su. Madre.

Los ojos le arden y traga. En algún momento tiene que dejar de llorar.

De pronto siente su presencia detrás de él, provocando que relaje los hombros. Mira el cielo aclararse con la nueva mañana mientras ella se sienta a su lado.

—Te traje un abrigo, por si tenés frío—le murmuró rompiendo la quietud.

Cedro exhaló y negó.

—Qué raro se siente el silencio—susurró pareciera que para sí misma. Cedro casi sonríe y en su mente está de acuerdo con ella.

Cedro traga y dice: —Cuando estaba embarazada de Jazmín, se enfermó de algo muy grave…—

Todavía no la mira, pero siente su ceño fruncido.

— ¿De verdad? ¿y de qué?—preguntó.

—A papá no le gusta recordar "esas cosas", casi parece que se olvidó, pero no lo hicimos. Sabés que Jazmín nació sesenta y tres días antes, prematura, bueno, mi mamá estuvo poco más de ese embarazo postrada en la cama. Estaba delgadísima, en los huesos, y el pelo se le estaba cayendo. Usaba uno de esos gorros hechos con tiras de tela. Cada vez que se levantaba la panza de Jazmín le sobresalía mucho, casi se podía notar la forma del feto—negó con la cabeza, su rostro mostraba residuos de impresión y miedo—Papá repetía y repetía que ella iba a estar bien, al

principio le creímos, pero luego empezamos a pensar sobre por qué nos decía eso si era obvio que no iba a estar bien. Ahora, claro, ya sé. Y a los pocos días después de que Jazmín naciera se fue. Sip, te lo juro, se fue a una de sus tantas misiones, junto con casi todos mis tíos. Todos estábamos enojados con él, furiosos, cómo iba a irse estando ella en ese estado, cuando era obvio que no iba a llegar a fin de ciclo. Incluso Dora se enojó, enervada. Me acuerdo de escucharla pedirle que recapacite, que seguramente la reina iba a entender que no pudiera ir. Y él decía, "Dora, tengo que ir" "Tengo que hacer esto". No me acuerdo cuando se fue ni cuánto tardó, me acuerdo que volvió cojeando. Pero en ese tiempo que él no estuvo mi mamá, medio moribunda, venía cada mañana muy temprano a sentarse en este escalón. Esperándolo. Y yo, te imaginás, tenía un insomnio feroz, cuando me di cuenta de lo que hacía primero le pedí que entrara y ya después me quedé con ella. Y charlamos de todo. Apenas yo estaba entrando en la adolescencia así que, sí, tenía bastantes preguntas y teorías de la vida un poco fantasiosas. Fue un momento de mierda e incertidumbre, pero amé cada segundo que pasé con ella, hasta llegué a esperar cuando todos se fueran a acostar…para sentarme con mi mamá en el escalón de mi casa…—a ese punto se le cerró tanto la garganta que le dolía. Se manoteó una lágrima de al lado de la nariz. La sintió moverse y luego el peso de su cabeza sobre su hombro y a su mano acariciar con pereza su espalda.

Cedro tragó saliva varias veces y miró de un lado de la calle hacia el otro. Cuando pudo calmarse continuó: —Papá nunca nos dijo a dónde fue. Lo que no era raro, no siempre cuando volvían nos contaban sus historias, pero jamás tuvimos tantas ganas de saber qué putas mierdas fue a hacer tan importante. Y por qué carajo mi mamá no estaba enojada. Es más, me acuerdo con claridad, de un día, cuando ella ya estaba mucho mejor, de escucharla murmurarle un gracias, me acuerdo que él le respondió como asombrado "no me agradezcas por eso. Jamás" Creo que Cerezo, si bien era un niño chiquito cuando pasó, nunca lo perdonó por eso.

—Quizás fue a buscar una poción mágica en un mundo alterno para curarla. Hay muchas historias por ahí que dicen que eso hacían tus padres y tus tíos. Tu mamá después mejoró ¿o no?—

Cedro frunció el ceño.

—Sí, pero por qué no decirlo. Seguramente él sintió nuestro resentimiento, por qué no explicarlo, mostrarse como el héroe que todos dicen que es—

Entonces, Cedro la miró al mismo tiempo que ella levantaba su cabeza.

Y otra vez le robó el aire su belleza. La piel tan morena y suave…y mordible. Los cálidos ojos ámbar decorados por sus largas pestañas. Los labios gruesos. Su cabello rizado de dos colores por su madre aeterniana

estaba atado, pequeños y tiernos resortes le decoraban el rostro.

Levantó la mano como con miedo a que fuera una ilusión y le tomó la mejilla, acariciando la piel chocolate. Ella cerró los ojos, sonrió un poco y se inclinó hacia su caricia.

Cuando Menta apenas reabrió los párpados se sorprendió de encontrarlo con lágrimas en los ojos.

—No puedo creer que ella ya no esté—le murmuró con la voz quebrada.

Ella intentó y deseó rodearlo con sus brazos y mantenerlo a salvo del dolor. Le besó el hombro y se quedaron en silencio.

De pronto abrieron la puerta. Tanto Cedro como ella giraron.

En el marco estaba Sauce, con los ojos grises de su madre bien abiertos, aterrados.

—Papá no está en ningún lado— dijo.

— ¿Están todos seguros que se fijaron en todos lados?— repitió Cerezo con una clara falta de paciencia.

—Sí, Cerezo, que lo sigas preguntando no significa que de pronto tengamos una epifanía— le dijo Cedro imitando su misma clara falta de paciencia.

Sauce se tapó los ojos con una mano suspirando, su esposo estaba detrás de él apoyando sus manos en sus hombros. Lavanda se estrujaba las manos mientras su marido la abrazaba.

Ocaso y Aurora estaban atendiendo a sus tíos que acababan de llegar.

Jazmín decidió que debía calmar las cosas, Cedro y Cerezo eran capaces de irse a las trompadas si se los descuidaba.

—Entonces pensemos en dónde puede estar— dijo endureciendo la voz. Sus hermanos mayores refunfuñaron y se cruzaron de brazos.

—Es un hombre de setecientos ciclos, que el día de ayer enterró a su compañera de toda la vida. Puede estar en cualquier lado—dijo Lavanda

exasperada.

Jazmín exhaló irritada. Sintió la enorme y pesada mano de su esposo sobre su hombro, su pulgar masajeó el músculo. Elevó la mirada y lo miró entre agradecida y frustrada.

—De seguro hay algún sitio que nos perdimos, quizá su mente se quebró…—comenzó Cerezo.

—Cere, no- está- en la casa. Se fue—le espetó Cedro.

—No es eso lo que iba a dec…—

—Mamá—interrumpió una vocecita entrando al living. Todas las mujeres miraron hacia el mismo lugar. Lavanda se apartó de su esposo y fue hacia su hijastro y su hijo.

— ¿Qué pasa, amor?— les dijo mirándolos.

Jano y Verdeo se miraron por un segundo. Jazmín pensó que si no supiera que es imposible que sean hermanos de sangre hubiese creído que eran mellizos.

—En la historia de los abuelos…—comenzó Jano.

—Cuando la señora Gardenia se perdió, el tío abuelo Serafín le dijo a la abuela que cuando alguien se pierde va hacia donde le es familiar— siguió Verdeo.

—A su casa—completó Jano.

—Quizás eso ayude…—dijo Verdeo con los ojos llorosos. Lavanda apretó los labios y los abrazó.

El cuarto repleto de adultos quedó en silencio.

Una llama de mensajería interrumpió los pensamientos de todos. Aurora y Ocaso miraron entre ellos y esperaron a que el mensaje terminara de salir del fuego. Ocaso lo tomó y ambos leyeron.

Aurora cerró los ojos, pero no impidió que las lágrimas se le escaparan. Ocaso tragó saliva un par veces antes de hablar.

—Está en el cementerio—

Una larga hilera de carruajes corrió por las calles hacia el cementerio Descanso. Los hijos, nueras, yernos, y los amigos de la sacerdotisa y el capitán descendieron con prisa y en patota entraron por los amplios portones de rejas.

La vieja generala, Melia Lucero, y el viejo teniente, Sirio Martínez, encabezaron el montón, a pesar de su edad. El cuidador los encontró a la mitad y se les acercó, trotó a un lado de la muchedumbre, hablándole a quién escuchara.

—No sabía qué hacer. Al principio no hizo nada. Solo se quedó ahí. Y me dije, alguien lo vendrá a buscar. Pero cuando volví para ver cómo estaba…—se detuvo cuando llegaron.

Todos se detuvieron en su sitio.

El capitán estaba a un costado del rectángulo de tierra removida. Con los brazos hasta el codo haciendo un hoyo. Su ropa estaba embarrada. En su rostro caían serenas y a las vez histéricas lágrimas. El arbolito en medio estaba a punto de caer hacia un costado de lo inclinado que estaba. Ninguno de sus hijos supo qué hacer.

Solo se escuchaba los jadeos y lloriqueos del capitán en el bosque silencioso del cementerio.

El teniente suspiró con lágrimas en los ojos y caminó con calma hacia él. Se detuvo a su lado y dejó caer su mano sobre su hombro. El capitán se detuvo de cavar. Miró la mano y luego elevó la vista. Sus ojos verdes lloraban y lloraban.

— ¿Cuál continente, Sirio?—murmuró con el labio temblando y la voz rota— ¿Cuál continente debo cruzar? ¿Cuál? ¿Cuál continente? ¿Cuál?—

El viejo teniente solo supo apretar su hombro. Y permitió llorar al capitán.

Capítulo 15

Capítulo 14: Desde adentro

Cruz

Se habrán dado cuenta que no hablamos mucho de nuestros seres queridos fallecidos. En su momento ella tuvo esta encrucijada, de demostrarles lo importantes que habían sido en nuestra vida más allá de las palabras y explicarles por qué los amábamos tanto; y lo doloroso que era el solo pensar en ellos.

Por qué incluso ahora después de tantos ciclos duele recordar ciertos momentos.

De Pinus y Gardenia contamos cuánto más…pudimos.

Después de la muerte de Ilex, ella nunca, nunca, pudo volver a nombrarlo sin dolor. Que ella les haya contado esas pequeñas anécdotas que tuvo con él es un milagro en sí mismo. Por ejemplo, ella no…al…alcanzó a decirles que era madrina de una de las hijas de Ilex. Y que siempre estuvo pendiente de ellas y de Salix, incluso cuando Salix se casó por segunda vez.

Así que, acá estoy yo ahora. Cumpliendo mí promesa. Y topándome con el obstáculo de explicarles lo que se me murió en el pecho cuando vi cómo arrojaban el cadáver de Prunus entre la maleza como si fuera un…como si…

La verdad me siento un poco como un pelotudo por no verlo antes. A la trampa.

Justo cuando me acerco a su cuerpo llegan soldados supuestamente aeternianos que me acusan de matarlo. Cuando pasamos Ebro nos encontramos con Deneb y Mirto que habían logrado escapar y fue cuando ella se peleó con mis carceleros y la apacigüé con que yo me iba a hacer cargo. A mí no me dieron una condena de pena de muerte porque era mi palabra, que decía que no lo había matado, contra las de ellos, que decían

que sí.

Ambos supuestamente aeternianos ¿dónde estaba la verdad?

Y por ese callejón de duda me dieron solo setenta ciclos de prisión, hasta que todo el asunto de aclarara.

Se aclaró un carajo.

Se habían olvidado completamente de mí hasta que cumplí enterita mi condena y porque necesitaban soldados experimentados, y preferiblemente no muertos, para ir a proteger a los niños perdidos.

Accedí con la condición de también sacaran a Sirio. Él tenía perpetua por traición. Vieron la oportunidad de usarnos, vimos la oportunidad de respirar aire que no estuviera condimentado con gases corporales.

Fue un ganar ganar.

Ah, creo que me desvié de nuevo…A lo que quería llegar es que yo quería…necesitaba…que Mirach estuviera bien muerto. Y quería hacerlo yo.

No me acuerdo por qué, si por justicia o venganza.

Me tiré al suelo cuando escuché el silbido, golpeándome la mejilla contra el piso.

El punto de luz pasó volando entre nosotros estrellándose contra la pared al frente nuestro.

Me parece que alguien no entendía el concepto de retirada, pero no voy a decir quién es Mirach.

Nos estaban cazando.

Mis soldados se dispersaron como cucharas por todos lados, traía conmigo a dos o tres.

Me arrodillé respirando el aturdimiento por el golpe. Miré a un soldado a mi costado quizá incluso más aturdido que yo. Escuché que los hefestos gritaban y lo tomé del brazo, empujándolo a que se levantara. En mi otro lado el otro soldado ya estaba empezando a correr mientras miraba hacia atrás.

La puta qué habrá mirado, me dije. Así que también eché un vistazo.

Y sí, eso era aterrador.

Al menos cuatro hefestos, cinco erwenos y otros tantos de los otros reinos aliados del enemigo. Nos seguían trotando, riendo a carcajadas, como si…bueno, como si eso fuese divertido y normal.

Corrí.

Fue como en una pesadilla, los pasillos se alargaban y se retorcían. Cuando al fin llegábamos al final y doblábamos nos encontrábamos con un pasillo idéntico.

Podía oler y sentir mi sudor bajando por mi torso en gruesas gotas. No supe discernir la realidad del horror.

Y ellos no dejaban de reírse.

Como los niños de mi calle cuando me señalaban y me tiraban piedras por ser bastardo y huérfano.

De repente me convertí en ese niño llevando esta enorme armadura que me traqueteaba y se resbalaba y yo la sostenía de un lado, pero se me caía del otro y la sostenía por ahí pero entonces del otro lado volvía a caerse. El aire solo quería salir, pero no entrar.

Y…quería llorar. Quería romper las paredes que se parecían a la misma y a la misma y a la misma…

—Debería darte vergüenza. Al menos cuando corrías tenías honor—

Levanté la vista.

Las espaldas de los soldados que me acompañaban estaban muy por delante.

Yo me había detenido.

Inhalé y exhalé.

Recuperando mi aire.

Me di vuelta.

Mirach rodeado de su séquito me miraban con asco y desdén. Si el propio Mirach no dejaba de levantar la nariz se caería de cabeza hacia atrás.

— ¿Vergüenza por qué?—dije con un deje de jadeo en mi voz.

Mirach avanzó unos enormes pasos con sus enormes pies. Sus ojos palpitaron en una réplica de un segundo en rojo oscuro, claro, oscuro, marrón y rojo claro.

—Por rendirte—dijo con voz como si tuviera piedritas en la garganta. Mi mente incapaz de tomarse ninguna situación completamente en serio pensó que qué divertido sería poder hablar así siempre. Mi voz era grave, pero no así.

— ¿Quién dice que me rendí?—

Mirach, el elefante Mirach, rio con su voz de piedritas.

—Igual a Prunus—dijo. Y me congelé—Apuesto a que no te estás tomando en serio esta situación. Él tampoco se tomó en serio su muerte. Dijo…—y sus ojos palpitaron en rojo y marrón—Dijo que su vida ya estaba a salvo y que si quería romperle el culo primero le tenía que pedir permiso a su mamá—

Exhalé una sonrisa.

Eso era algo que Prunus diría, sí.

Yo lo extrañaba tanto, pero tanto, que no sabía cómo hacía Deneb con todo ese vacío.

Inhalé y exhalé de nuevo relajando mis hombros.

Convoqué mi espada mágica, pero la sentí rara…miré y la noté ¿parpadear? El mango gris se alargó y se achicó. Presioné y volvió a su lugar.

Mirach se volvió a reír.

Me alegraba el corazón saber que podía hacerlo feliz con tan poco.

Giré mi espada entre mis dedos.

La tomé con mis dos manos y me puse en posición de ataque.

— ¿Quién dijo que me estoy rindiendo?—repetí con total seriedad.

Mirach miró sobre su hombro y cabeceó hacia el pasillo. Sus soldados salieron trotando hacia donde fueron mis soldados.

Me quedé en mi lugar. Mirach me miró con sus ojos rojos de arriba hacia abajo. Estiró un brazo y en su mano apareció su enorme espada curva. Miré mi reflejo en la hoja.

Noté que ya no era un niño.

Me dio pena, pero también cierta tranquilidad. Cierta fuerza en mis decisiones.

Ya no iba a huir de nada.

Mirach abanicó en diagonal apuntando hacia mi hombro. Los esquivé moviéndome hacia un costado, movió el mango y apuntó a mi cuello, me agaché, doblé las rodillas y me impulsé hacia adelante. Golpeé su armadura dura.

El pecho era real.

Mirach me atacó desde arriba, levanté la mía y con la hoja plana sobre mi otra mano recibí el golpe. Ambos luchamos ejerciendo fuerza de cada lado. Como una pulseada re versionada. Pateé su muslo derecho. La armadura titiló. Pateé el izquierdo. Mismo resultado.

Muslos eran mágicos.

Mirach tomó envión y con su peso sobre nuestras armas me empujó hacia atrás casi derribándome. Me apoyé en una mesita con un jarrón, tambaleándolo.

Me dije que igual Protea no tenía por qué saber que fui yo. Lo tomé y se lo arrojé. Mirach levantó su brazo derecho para cubrirse, se sacudió las esquirlas.

— ¿Ya terminaste de jugar?—dijo entre dientes.

—Ah, pero todavía no quiero dormir—me quejé.

Me demostró una vez más que no tenía sentido del humor cuando abanicó su arma hacia mi torso. Me lancé hacia el suelo y gateé entre sus piernas al otro lado. Haciendo una maniobra me paré de manos y caí de pie.

Y entonces me derribaron de una trompada. Ya estando en el suelo me pateó una mejilla, grité y me quejé dando la vuelta boca abajo.

El suelo de alfombra giró y giró por un largo momento.

—Sos una vergüenza de soldado. De líder. Cometieron un error al

elegirte—dijo Mirach elevándose sobre mí como la mejor montaña.

Me volví a dar vuelta. Lo miré y sonreí con todos mis dientes cubiertos de sangre. Estaba completamente seguro que me había abierto el labio, iba a necesitar una legión de puntadas.

— ¿Eso es lo que te decís a vos mismo? Ya no me extraña tu cara de culo permanente—dije.

Frunció el ceño y aproveché ese milisegundo para convocar una daga y apuñalar su muslo. Al distraerse con mi comentario de mierda, pero seguramente golpeé bastante cerca de su casa, su armadura donde era mágica se había debilitado.

Dándome la ventaja.

Mirach gritó y se arrodilló apretándose los costados de la herida.

Como estaba de moda pateé su cara…

…una y otra vez hasta que se derrumbó y todos los huecos que cubría su armadura mágica quedaron a la vista.

Ambos nos miramos a la cara. A los ojos, mientras mi arma se materializaba en mi mano. Me había convertido en la montaña que se cernía sobre él.

Mirach boca arriba me miraba apretando los dientes, agarrándose con fuerza a la herida en su muslo. Relajó los hombros y la menguó mueca de dolor en su rostro.

—Ahora ya no te parecés tanto a Prunus— murmuró.

En un nivel entendí que me estaba robando mi estrategia. Pero también había golpeado cerca de mi casa.

Di un paso atrás al mismo tiempo que mi espada titilaba y en cada titileo el mango crecía y decrecía, el filo rojo sangre se alargaba de más o se achicaba ínfimamente. La sacudí al tiempo que intentaba retomar el control de mis emociones.

Pero Mirach se quedó tirado en el suelo, observando todo con calma. Como con tristeza.

No, agonía.

Mirach estaba agonizando. Desde adentro.

Y mientras mi arma tenía un ataque epiléptico de identidad, yo entendí que la muerte puede ser venganza, pero no es justicia.

Así que desvanecí mi arma.

Me di la vuelta.

Y me fui.

Capítulo 16

Capítulo 15: Nuestras sombras eran iguales

Sirio

Yo me convertí en un chichón gigante.

Todo dolía.

Incluido mi corazón cuando abrí un ojo, el que no dolía tanto, y miré a Helenio que estaba cernido sobre mí. Una mueca de asco tiritaba en su nariz. Su pelo de dos colores, verde y rosado claro, le colgaba tapando su visión en los costados.

Me gustaría decir que me sentí la manzana en la diana, pero fue mucho más oscuro que eso. Mucho más triste.

—Levantate—dijo con voz grave.

Exhalé sintiendo los músculos pesados. Con mi ojo bueno, intenté analizar mi alrededor y noté que estábamos bastante lejos de la pelea, casi saliendo al pasillo. No sabía si estábamos ganando o perdiendo, o qué tan mal estaban mis soldados.

Mi enemigo se inclinó por la cintura, acercando su rostro al mío. Sus ojos irritados me miraron repletos de ira y…traición.

— ¡Levantate!—gritó en mi cara, salpicando saliva y sangre— ¡Levantate, mierda! ¡Arriba! ¡Arriba, mierda!—empujó mi costado con su pie, pullando el ya formado moretón que seguramente tenía. Rodeé hacia un lado. Con los codos me elevé despacio lo suficiente para apalancarme con las piernas y arrodillarme. Inhalé mientras me ponía sobre mis pies al mismo tiempo que creaba una daga en una de mis manos.

Me tambaleé hacia atrás sin dejar de mirar sus ojos, y fingiendo el principio de un balanceo inestable fui hacia adelante estirando el brazo con mi daga. Aún así, Helenio siempre fue rápido y apenas logré cortarle la esquina de la ceja. Se enderezó tocándose los costados de la herida. Se

miró los dedos rojos y entonces a mí.

De la nada misma largó una estridente carcajada, rebotó por las paredes, la absorbió la alfombra.

Ah, bueno…

Lo miré un rato largo mientras me apoyaba de lado en la pared, manchándola de sangre. Noté los huecos en mi armadura y temí no poder rellenarlos.

Helenio se dobló a la mitad de la risa. Irritado enderecé la cabeza y la dejé caer hacia atrás, topándome contra la pared.

Un paso después del otro mi irritación cambio a una reacia diversión a una liberación del miedo.

Antes de darme cuenta exhalé una cansada risa y lo acompañé con su locura, reí.

Una risa desubicada nos invadió la garganta. Me deslicé con cada sacudida hasta apoyar mi espalda, el filo de la daga en mi mano se desvaneció un poco.

Helenio exhaló, apaciguándose, se secó los costados de los ojos. Sus ojos rojos bordo, extraños y normales, me miraron con calma. Yo con algunos hipos de risa también lo miré.

Respiré relajando los hombros. Al lado nuestro los soldados seguían combatiendo y se escuchaba de fondo sus gemidos y el choque metálico de espadas y armaduras.

—Me rompiste el corazón—murmuró rasgando la tregua.

Me enderecé, apretando el mango de mi daga, sintiendo como se materializaba de nuevo. Una profunda bronca reemplazó a la anterior risa en la garganta.

— ¿Yo?—dije con la voz ahogada, mis ojos ardieron— ¿Yo te rompí el corazón?—

—No he dejado de maldecir el conchudo momento cuando la señalé en la rama de ese puto árbol, desde entonces nunca dejaste de mirarla—dijo lo último como si hubiese cometido un delito.

—Secuestraste, poseíste y torturaste al amor de mi vida ¿y yo te rompí el corazón?—pronuncié ignorando lo que acababa de decir, sintiendo a mi

daga alargarse y convertirse en espada.

Por un segundo en el rostro de Helenio cruzó algo ¿culpa? ¿vergüenza?. No lo supe y no me importó cuando retomó su rencor.

— ¡Yo estuve ahí!—gritó señalándose el pecho. Su sucio rostro estaba enrojecido y el jadeaba. Dio un paso hacia mí y yo di uno hacia el costado, yendo directo hacia el pasillo. —¡Yo estuve ahí! En la muerte de tu padre, en la depresión de tu madre, cuando querías abandonar yo te apoyé ¡Y vos. No podías. Dejar. De mirarla! ¿¡Por qué!? Después de todo este tiempo quiero saber por qué ¿¡Por qué no me podías amar!?—

Me detuve.

—Pero yo sí te amaba—repliqué confundido.

Helenio negó con ironía y desdén.

—No. No como a ella— murmuró con la voz desvanecida.

El aire que inhalé trajo consigo los recuerdos. Lo obvio es lo más difícil de ver, de notar.

Eso nunca se trató de Tilia.

Sino de Helenio y de mí. Y su venganza.

Por un momento sentí una sincera culpa. Estaba en mi lengua pedirle perdón.

Él se debió haber sentido tan solo.

Pareció que Helenio siguió la corriente de mi pensamiento, porque sus ojos coloreados con la ira de pronto se llenaron de lágrimas, brillando con el reflejo del sol que entraba por la ventana. Abrí la boca…

—Ni se te ocurra—murmuró con voz ronca—Ni se te ocurra decirlo—

Apreté los labios y entonces recordé sus decisiones. Sus tan equivocadas decisiones.

—Tilia no tenía nada que ver, Hele, ella no tenía la culpa de nada—dije con una profunda pena.

Las lágrimas de Helenio de deslizaron por sus mejillas casi al mismo tiempo cuando el color rojo en sus irises se iluminaron. Su rostro se

convirtió en piedra, ninguna emoción salvo el odio lo poseían.

—Ella existe—declaró.

Exhalé las esquirlas de mi corazón destrozado al mismo tiempo que él me atacaba con una espada recién convocada. Levanté mi antebrazo y mi escudo se materializó justo a tiempo para recibir el choque. En el siguiente choque cuando hizo el envión hacia atrás me moví hacia el costado, provocando que él tropezara en el último momento. Me atacó desde ese otro ángulo y elevé de nuevo el escudo, pero esa vez empujé hacia él, por un costado saqué la daga y le corté por debajo de la axila. Gritó y se apartó de mi unos pasos hacia atrás. Desvanecí mi escudo y tomé una estrategia de ofensiva. Levanté mi espada y la descendí una y otra vez, por cada ataque de mi espada él daba un paso hacia atrás.

Por cada movimiento yo apretaba más los dientes, forzaba aún más los músculos.

Me cegaba una foto del pasado. La risa, las derrotas, las tardes tranquilas, las heridas.

Los brazos, los pulmones y el corazón me ardían y quemaban en la misma intensidad cuando retrocedí y me detuve a calcular otra estrategia.

Y entonces las noté.

Nuestras sombras a un lado de la pared.

Nuestras sombras eran iguales.

En la sombra del otro buscamos la nuestra propia. Yo no…no podía sacar de él lo que no había en mí. Y absolutamente no había perdón para él. Así que no sé porque dije lo siguiente:

—Perdón, Hele—casi supliqué y lo miré cabizbajo. Él tenía los ojos abiertos, su mano aferraba con fuerza el mango de su arma. —Si hubiese sido más atento te hubiera cuidado mejor—

Antes ya me interrumpido la disculpa. Y ahora, mirando para atrás pienso, si fue que él nunca quiso o buscó mi perdón, porque eso significaría que todo ese odio fue en vano. Que podía haber arreglado todo, en vez de romperlo así. Tan definitivamente.

Quizás lo dije desde mi deseo de venganza. De romperlo por dentro, como sabía que lo estaba Tilia. Como me había roto a mí.

Su pecho subió y bajó cada vez más agitado.

Su grito no fue de rabia, diría que hasta fue casi de resignación y luego corrió hacia a mí con la espada en alto.

Levanté mi escudo, y recibí una tras otra todos sus incansables embistes.

Imaginé a Margarita y Dalia, sentadas una al lado de la otra en el patio de su casa, tomadas de la mano, acariciándose con los pulgares y sonriéndose con los ojos brillantes.

Helenio pudo haber sido tan feliz con su verdadero amor, un amor que le correspondiera. Pero Zelkova tomó su soledad y le echó veneno.

No. Hasta el día de hoy no sé si lo odio o lo compadezco.

Yo ya estaba arrodillado con el escudo sobre la cabeza cuando los golpes de Helenio se volvieron más lentos, no tan agresivos. Entonces, se detuvo.

Asomé por un costado.

Helenio lucía derrotado y cansado, sin embargo cuando levantó la vista, sus ojos seguían siendo rojos. Me levanté despacio, sintiéndome tan cansado como él.

No esperaba de él su arrepentimiento, sentía que nada lo dijera o hiciera podía darle el perdón de mí parte por lo que le había hecho a Tilia.

Pero en ese momento me sentí capaz de regalarle piedad.

Un poco de piedad a su consumidor odio hacia el mundo que lo había discriminado. Helenio quedó quieto, con la cabeza gacha. Giré mi espada en la mano, y golpee su cabeza con el mango.

Su cuerpo yacía desmayado en el suelo cuando me di la vuelta y volví con mi grupo para ordenar la retirada.

Capítulo 17

Capítulo 16: La amenazada

Protea

Ese pedazo de mierda se estaba escondiendo.

Y honestamente, me sentí un poco pelotuda por esperar de Zelkova que fuera un digno adversario. Pero solo fue un cobarde.

Levanté mi espada física evitando por poco una segura decapitación. Hice aparecer una daga mágica en mi otra mano y apuñalé su estómago atravesando un poco su armadura. Quizás no había sido una herida de gravedad, pero algo es algo.

Había dos opciones a cómo y por qué nuestros enemigos ya nos estaban esperando. La primera era que había un traidor en nuestras filas y se filtró nuestra estrategia, la segunda es que la paranoia de Zelkova lo había llevado a poner a sus soldados a vigilar día y noche por las dudas de que esto ocurriera. Y por la forma en la que su gente estaba tan cansada y lucía media demente, apostaba un setenta por ciento a la segunda opción.

Levanté mi antebrazo convocando mi escudo para impedir una estocada a mi pecho. Saqué mi brazo por un costado y apuñalé su pie. El soldado de ojos rojos cayó y lo rematé cortando su garganta, la sangre brotó y de eso no me protegí.

Ya bastante cansada miré a mi alrededor. La sala del trono estaba mugrienta y abarrotada. Ahí no llegaba la luz del sol así que no sabía cuánto tiempo había pasado desde nuestra llegada. Personalmente sentí que fueron ciclos.

En ese entonces había cuatro gigantescos cuadros colgados en las altas paredes de los cuatro dioses supremos, dos en cada lado a los costados del trono.

El dios del fuego, Ra, tenía la madera del marco de abajo desaparecido y la tela cortada como por niños en triángulos deformes. Su piel verdosa y reptiliana tenía una impresionante definición. Vestía una túnica que

parecía de seda roja. Su rostro de camaleón miraba hacia el frente con la barbilla en alto, a sus costados sus patas de tres dedos, como los del camaleón, tenían una llama flotante cada una.

La diosa del agua, Zuza, estaba balaceándose sobre un pobre clavo. Su cabeza, como la de una persona, calva, con la piel azulada, lisa y brillante como la de las sirenas, miraba de frente con severidad. Sus tentáculos debajo del ombligo abarcaban todo debajo y gran parte de los costados de la pintura. Su torso desnudo mostraba una piel suave e inmaculada. Sus brazos cruzados con elegancia.

La diosa Pacha estaba en el suelo, tirada de lado. Nadie sabe como luce su rostro o la forma de su cuerpo, se la conoce por llevar un sombrero de paja con alas muy anchas de las cuales cuelgan finas ramas de enredadera con alguna que otra flor de prado adornando. Esa pintura en especial tenía un trozo de enredadera abierto, dejando entrever algo parecido a un ojo.

El dios del tiempo, la vida y el aire, Cronos, estaba en su lugar aunque tenía unos cuantos cortes en la tela y una que otra daga apuñalando el lienzo. Su rostro humano de hombre y su miraba turquesa estaba dirigida hacia su costado con cierta nostalgia y anhelo, tenía plumas negras cubriendo su cabeza, yendo de menor tamaño a mayor como un peinado elegante hacia atrás, su cuerpo cubierto de esas mismas plumas negras y las enormes alas negras replegadas detrás de él. Una de sus manos con garras estaba ligeramente estirada hacia donde tenía puesta la mirada, como queriendo alcanzar algo.

Por primera vez, pensé en Maman, y cuando se la conocía como la diosa de la muerte. Al igual que a los demás tenía el cuerpo es partes humano y otras partes animal. Ojos color ámbar. Largo pelo blanco hasta el suelo, piel igualmente blanca e inmaculada, usualmente se la retrata con un vestido morado y elegante. El rostro de una bellísima mujer con orejas blancas de lobo y una esponjosa y por igual larga cola blanca.

Me pregunté por qué su pelo no era de color rojo. Rojo sangre.

Porque era eso todo lo que había en ese salón. Sobre los cuerpos con sus armaduras y la alfombra. Ambos tronos estaban tirados, a uno le faltaba una pata y no me sorprendería de encontrarla enterrada en alguien.

A tan corta edad se me había borrado todo el asco o la impresión que daba una herida abierta o un cuerpo moribundo.

Me pregunté si Maman estaba en ese momento, mirando todo con su habitual expresión en una suave pena y tomando las almas de los caídos

como flores en un jardín.

Elevé mi brazo doblado, con el antebrazo en frente de mi rostro, y sobre el se formó de nuevo mi escudo. Mi bonito escudo fue lo primero que cree con magia, estaba bastante orgullosa de él. Con mi otra mano guardé mi espada física en su vaina y convoqué a una mágica. Volví al combate abanicando mi brazo, golpee otro escudo y comenzó nuestro pelea. Noté que los hefestos atacaban sin mucha estrategia, pero los demás como los erwenos o los tergas eran bastante buenos con sus técnicas.

Ataqué, ataqué, ataqué hasta terminar con mi enemigo.

Vagamente fui consciente de mi alrededor, en uno de esos vistazos en la otra punta vi a Ébano gritando por el sobreesfuerzo al abanicar su arma física. Leo se desplazaba de un lado a otro, concentrando en su alrededor, rematando al débil.

Horas, pensé exhalando, mi respiración tenía un agudo silbido desde que me habían derribado lo que supuse fue hacía horas, tenía la sensación que al salir nos encontraríamos con el amanecer del próximo día.

Y nosotros ahí, luchando.

Y perdí de vista la ubicación de Loto.

Levanté mi espada para rematar a mi adversario que ya estaba en suelo cuando noté la rareza.

El soldado hefesto estaba quieto, malherido por los cortes que le di en el torso.

Un buen soldado estaba finamente entrenado para equilibrar en batalla sus armas mágicas y las físicas con el único objetivo de durar más. Si bien uno era entrenado para que se adaptara el instinto al crear una arma liviana y equilibrada el simple hecho de utilizar la mágica era desgastante a un nivel mental, y a su vez las armas físicas eran pesadas lo que cansa a nivel muscular, obviamente incluyendo la protección; ningún cadete podía empezar un verdadero entrenamiento hasta que no supiera gestionar sus emociones y controlar su magia. Aún así, ocurría que en medio de una batalla, si una parte, o toda la armadura, era mágica que el cansancio y otros factores eliminen algo del material.

Todavía con la espada en alto miré a mi víctima. No era un muchacho mucho mayor a mi. Temblaba incontrolablemente como si estuviese en abstinencia, su pelo castaño corto estaba empapado en sangre y sudor.

Sus ojos estaban dementes, me miraban a cada parte de mi, pero no porque me estuviese midiendo u observando, parecía que simplemente no

podía hacer otra cosa. Su mente no podía enfocarse en nada. Y el color, era sabido que el rojo de los malditos de Zelkova oscurecía o aclarecía si su odio se reforzaba, pero ese rojo estaba…palpitando. Su color iba del rojo claro como el tomate hasta carmesí y bordo, una y otra vez.

Algo estaba mal con los soldados de Zelkova.

Entonces, el muchacho escupió una larga y fuerte carcajada, aunque sus cejas estaban arrugadas en agonía y su mirada…suplicaba.

Yo no tuve piedad.

No podía.

Bajé el filo hasta apuñalar lo poco que quedaba de su armadura mágica, se arqueó y gritó, apreté el mango enterrando más profundo el metal. Sintiendo la carne ceder.

Tragué el vómito por quincuagésima vez desde que comenzó la batalla. Supongo que todavía me quedaba algo de impresión frente a la muerte.

Y me detuve. Apoyé mi frente en el mango, sintiendo cada uno de mis músculos duros y acalambrados. Mi corazón estaba acalambrado, tuve miedo de la Protea que sobreviviría a esa masacre. La soledad me rodeó como un fantasma con olor a cobre. Moví sutilmente mi rostro y miré al soldado hefesto. Su cara había quedado petrificada en una mezcla de demencia y dolor. Sus ojos seguían rojos. Y yo sentía que no podía más. Encontrarle un refugio a mi gente exiliada, cuidar cada uno de los detalles de sus cuidados, la muerte de mi gente, enterrar a Gardenia y a Pinus, y todos los demás nuevos muertos que se deberán enterrar, y a pesar del dolor seguir luchando, luchar, luchar, luchar, luchar…

Sola.

Gotas saladas cayeron sobre mi enemigo. Y mentalmente le pedí perdón, le pedí perdón por las circunstancias que lo llevaron ahí, por herirlo, por matarlo.

No había piedad para mí.

No había.

Me enderecé secando mis mejillas con el dorso de las manos.

Con el final de mi alma herida di media vuelta buscando a mi siguiente contrincante cuando noté que por dos diferentes pasillos entraban nuevos soldados, aliados y enemigos. Pude notar a Lira en una esquina, tenía los ojos enrojecidos e húmedos, lo que llevaba de armadura física, en los

hombros por ejemplo, estaba fisurada, desde mi posición a varios metros vi su sudor y su cansancio. Vi a Cruz aparecer y detenerse al lado del cuadro de Cronos mirando hacia todos lados, casi histérico. Sirio del otro lado barrió el sitio con la mirada hasta que se encontró con la mía.

Vi en sus ojos azules mi mismo pensamiento.

Nos estaban agrupando y acorralando.

Cuando volví a enfocarme en mi alrededor capté tarde la mirada asustada de Sirio dirigida hacia algo detrás de mí.

Sudor frío explotó en mi cuello cuando miré y descubrí la espada bajando a toda velocidad hacia mi cabeza.

Y entonces no estaba.

Exhalé, tomando mi garganta. Parpadeé queriendo saber por qué seguía viva.

Loto se había abalanzado sobre mi atacante. Con sus puños recubiertos con un guantelete mágico destrozó su rostro con desquicio.

Me arrodillé al lado de él tomando su brazo, deteniéndolo. Ya estaba muerto. Sus atormentados ojos celestes me miraron. Y me lo dijeron todo. Las discusiones que tuvimos antes de salir a la batalla fueron solo una bomba de humo para encubrir la verdad de nuestros sentimientos. Vi, sentí, compartí todo su dolor, su perdida por Belladona, su preocupación por mi, su miedo por el reino.

Su amor.

A pesar de todo en sus ojos había tanto, tanto amor, que lo pude inhalar desde sus poros.

Y yo estaba tan, tan profundamente enamorada de él. Supe con la misma lógica que necesitaba un contrapeso para escalar una montaña que nuestro amor era un hecho que ni la distancia, ni la obvia manipulación de Leo, ni la guerra podían destruir. Jamás.

Tomó mi rostro entre sus heridas y ensangrentados manos; y me besó como si estuviésemos en medio de una guerra.

Sin tiempo. Desesperado. Perfecto.

Cuando nos apartamos nos miramos a los ojos con el aliento

revolucionado.

—Ya basta de pelear sola—murmuró entre dientes. Presionó un poco mi cabeza y tuve la sospecha que quería zarandearme.

Era tan mal momento para largarse a llorar, pero dijo lo que no sabía que deseaba escuchar. Apreté mis labios temblorosos, asentí y le dije con la mirada que lo iba a intentar.

Nos levantamos del suelo y como si lo hubiésemos planeado de antemano me ubiqué en su espalda y él en la mía.

Fue como volver al pasado, en nuestros entrenamientos. Los movimientos se sincronizaron impidiendo que cualquier cosa lastimara al otro.

Cuando derribé a un soldado pateando la curva de atrás de sus rodillas noté que Loto había lanzado una daga mágica impidiendo que otro me atacara.

Y de alguna forma, en medio de la batalla, pude relajarme.

Tenía la certeza que no importara lo que hiciera o a donde fuera, no estaba peleando sola.

—Veo a Melia—dijo sobre su hombro antes de bajar la cabeza esquivando un zarpazo. Convoqué un arco y luego la flecha desde mi espalda, la lancé y a clavé en el ojo de su contrincante. Bajé el arco, convirtiéndolo de nuevo en mi espada al mismo tiempo que busqué con la mirada y la noté. Bueno, vi a dos Melia, salvo que una de ellas tenía sus colores en el cabello de rosa suave y la franja fucsia, esa era Aralia. Todavía no había transcurrido el tiempo suficiente para que nuestros colores de pelo volvieran a la normalidad, así que Melia era la de la cabello castaño.

Estaban intentando arrancarle la cabeza a la otra. Un soldado derribó a otro y este cayó sobre Melia, Aralia aprovechó la distracción y salió corriendo por uno de los pasillos, la otra se dio cuenta y la persiguió.

Tragué, resistiendo el miedo. Ella estaría bien. Tenía que estarlo.

Levanté mi escudo recibiendo un golpe que resonó en los huesos.

Abrí los ojos notando que la mayoría de las armaduras de pie eran del enemigo.

Capítulo 18

Capítulo 17: Cristales rotos

Melia

Corrí por el pasillo y noté vagamente que había plumas negras en el suelo saltando con la corriente de aire de mis pies.

Esa pendeja de mierda no sé que se cree, pero cuando la encontrara la iba a reventar a trompadas.

El pelo de Aralia, rosa pálido y la franja fucsia, colores contrarios a los míos, le llegaba hasta el hombro y se agitaba detrás de ella.

— ¡Aralia!—grité de nuevo. Ella no se detuvo y encima dio la vuelta por otro pasillo.

Mi hermana estaba rara. Desde que descubrí que era una traidora a nuestra nación creí que no la reconocía, pero pude verlo en su cara, un espejo de la mía, y en sus modos al pelear. Algo andaba mal.

Sin embargo, también noté que algo andaba mal con todos los soldados hefestos y alguno que otro de los otros estandartes.

Aralia al igual que Leo nunca tuvieron los ojos rojos que se identificaba con los seguidores de Zelkova, un hecho que solo dañó aun más la imagen que tenía de ella porque eso significaba que todo ese tiempo ella fue consciente de lo que hacía.

Aralia corrió hasta que de pronto se detuvo en el pasillo de la pared de cristal que daba al gigantesco jardín real en nuestro lado derecho. La imité quedándome a varios metros lejos de ella, intentando adivinar su intención. Nuestros jadeos estaban acompasados.

La vi rascarse un costado de la cabeza, un tic suyo que demostraba frustración.

Dio media vuelta y la noté indecisa. Sus ojos marrones claros me miraron con la misma traición y rencor con los que seguramente tenía en los míos.

—Nunca me preguntaste por qué—dijo recuperando el aire.

—De qué hubiese servido—dije subiendo y bajando los hombros. Controlé metódicamente mi expresión como indiferente.

Pero los ojos de Aralia se llenaron de lágrimas. La esquina de su boca se estiró con cierta pena y envidia.

—La fabulosa Melia siempre tan fuerte—dijo con su dulce voz. La mía nunca pudo sonar así, siempre fue más ruda.

— ¿Vas a intentar convencerme que secuestraste a mi futuro esposo para entregarlo a un psicópata por accidente?—

— ¿Y no tenés ni un poco de curiosidad de la razón?—

—Me tenés seca con tus excusas, Aralia—dije con bronca, dando un paso. —No existe ningún justificante a por qué hiciste semejante atrocidad. No solo lo torturaste psicológicamente, porque apuesto a que sabés lo mucho que lo persigue su época de prisionero cuando fue niño, sino que no tuviste ningún reparo en pensar por dos segundos lo que eso me iba hacer. Cómo me iba a romper. Sabés que lo amo como jamás amé o amaré a otro hombre, y te atreviste a quitármelo. Perdoname, pedazo de mierda, si me importa un carajo tus mierdas de excusas—

Aralia tragó, bajando la mirada.

—Vos sos la valiente ¿no?—murmuró ignorando lo que dije como siempre—Yo solo soy la pobre inútil—dijo elevando la mirada.

Fruncí el ceño a su rostro centrado, calculador. Jamás la visto había así. Casi cruel.

Comparé a esa Aralia con la niña que mecía nuestra hogaza de pan, inventándose nanas ridículas y riendo por sus nanas ridículas.

—Todas mis ideas eran tontas, infantiles o de fantasía. Siempre tuvimos que hacer todo como vos querías. Jamás te detuviste a preguntarme si incluso quería ser soldado—

— ¡No teníamos opción! ¡Los pobres no tenemos opciones! ¡No sabía que tu mayor sueño a los sesenta y cinco era ser prostituta! ¡Me disculpo por eso!—

— ¡Nunca te importó lo que tenía que decir o cómo siquiera me sentía!—

—Tampoco yo tuve a alguien así, Ara, te lo pido por favor. Éramos niñas chiquitas que vivían donde sea que diera sombra. Las dos sufrimos la

ausencia de necesidades básicas como un abrazo y jugar ¡y no me viste vendiendo a tus novios a un psicópata!—

— ¡Pero es que de eso se trata!—

Me detuve para sacudir mi cabeza. Ella se había vuelto loca, y no de la manera divertida.

"Duerme, bebé de pan

Nadie te comerá

Meli lo prometió

Y ella siempre cumplió"

— ¡Mirá lo que logré, Melia!— dijo extendiendo los brazos, desafinando su voz con la voz de mis recuerdos, como si hubiera riquezas a ambos lados. Una brisa fría entró por algún lado, espantando las plumas negras. —Soy la Cercana de un rey; sé cada uno de los deseos y los miedos de un rey, participé en sus decisiones, cada vez que él dudaba venía a mí ¡a mí! Para pedirme consejo. Tengo la información que todos, ¡todos!, quieren saber ¡para él soy importante! ¡Invaluable!—gritó con ojos desquiciados y una enorme sonrisa— ¡Estoy en lo más alto de la clase social! ¡No me falta nada y todo lo conseguí yo sola! ¡Yo. Sola!—gritó con un ligero temblor en la voz, respiró agitada bajando los brazos.

—Perdiste una bolsa completa de tornillos si de verdad creés que sos importante para Zelkova, Aralia—dije sin gracia por su espectáculo.

Negó con la cabeza, su rostro volvió a ser dulce. ¿En qué momento se convirtió en una manipuladora zorra?

—No estaba hablando de Zelkova, Meli—dijo.

Leo.

Cerré los ojos y apreté los dientes, e intenté con fuerza calmar mi pulso.

Todos y todo, desde el principio cuando encontramos a los niños perdidos de la tragedia, fuimos manipulados para que Leo consiguiera lo suyo.

Esa fue una epifanía fuerte. Necesité un segundo para calmarme.

Abrí los ojos y miré a mi hermana.

Con su expresión demoníacamente inocente y a la expectativa de mi reacción.

Cuando fuimos cadetes en el Valle de los Cascabeles al principio todo el mundo nos confundía porque todavía teníamos el pelo blanco de un niño, luego cuando conseguimos nuestros colores apenas si lograban diferenciarnos, siempre y cuando recordaran cual era el color predominante de la otra.

Espejitos, nos decía Gardenia.

¿Dónde están mis espejitos?

Apostaba a que ella ni siquiera recordaba a Gardenia. Ni siquiera le importaba que ella hubiese muerto a manos de la gente que ella defendía.

Otra corriente de aire movió los cabellos rosa pastel de Aralia hacia un costado, en ese mismo momento ella tomó la franja fucsia y casi como que la escondió ubicándolo en su oreja. Siempre sentí envidia del color que tomó su pelo. Un rosa tan delicado, femenino. Todos los hombres la querían, hasta se sorprendían cuando descubrían que era soldado. Yo era la marimacho, la que se ensuciaba y decía malas palabras y era "demasiado directa".

Si no fuera por la armadura podía creer que era una princesa.

Ella se había convertido en el espejo de mis odios.

De mis miedos.

Que yo debía destruir.

Guardé mi espada física en su vaina e hice aparecer mi arco mágico.

Aralia me blanqueó los ojos.

—Ya está, Meli, no hay nadie acá. No hace falta—miró hacia el jardín—El espectáculo está a punto de comenzar—me miró de lado—No…no es necesario que te quedes ¿sabés?—dijo luego. Su voz adoptando el sonido de mi hermana. La miré, los ojos me ardieron y el pecho…mi pecho ya estaba siendo presionado tan fuerte.

Movió el rostro para mirarme de frente.

—Yo nos voy a salvar—declaró con una pequeña sonrisa, sus ojos marrón clarito también estaban húmedos como los míos—Vamos. Vámonos juntas. Nada nos va a volver a faltar, te lo juro. Nos voy a dar todo. No hace falta que te quedes—

Parpadeé, esperando el remate.

—Me estás hablando en serio—susurré.

Aralia logró escucharme y asintió, entusiasmada. Dio un paso hacia mí, entonces pareció notar nuestra distancia y parpadeó frunciendo un poco el ceño. Levantó la mirada y volvió a sonreír con timidez.

—Yo nos voy a salvar. No más pelear. No más llorar. Cuando todo esto termine estaremos a salvo, más que a salvo, tendremos lo que sea que deseemos—dio otro tentativo paso—Meli, no más dolor—dijo abriendo los ojos y sonriendo como si hubiese encontrado la cura.

¿Dónde está mi hermana?, pensé, ¿dónde está mi hermana?

Moví la boca, a punto de replanteárselo. No dije nada.

—Meli, vámonos. Si ellos no logran terminar con Zelkova no importa, hay un plan B—

Miré mi arco, parecía hecho de cristal de color rosa pálido como el pelo de Aralia, pastel, casi transparente, pero al apretarlo lo sentí tan duro y frío como el metal. Sus flechas letales. Uno no podía elegir que colores tenía tu arma convocada, solo nacía así, del subconsciente supongo.

Lo cual en ese momento, me pareció un mensaje del destino.

—Meli, ¿qué hacés? ¿qué estás pensando tanto? Te estoy diciendo que nos salvé. Yo nos salvé. Meli, Leo encontró la forma de amortiguar nuestra maldición de aeternianos, un dial de estos y podés mentir por doce horas, tengo algunos acá para vos. Si querés ir a despedirte, está bien, supongo, no hace falta que digas nada sobre mí, o podés decir que me confundiste con alguien más o…—

Moví mi otro brazo hacia mi espalda e hice aparecer la flecha del mismo color.

Los ojos Aralia se volvieron cautelosos, se le escondió la sonrisa y amagó con dar un paso hacia atrás.

—Melia, ya está, o podés decir que me perdiste y…—

Y no sería mentira.

Ubiqué la flecha y apunté hacia su pecho.

Al parecer yo era una imbécil porque mis ojos se llenaron de lágrimas, borroneando su figura. Como si no hubiese llorado lo suficiente por ella. No era justo que nunca dejara de doler su traición.

Duerme, bebé de pan

Las hormigas no te atacaran

Porque yo las pisaré

Una por una, ya verás

Disparé la flecha al mismo que una onda sónica rompió todos los vidrios de la pared del jardín y nos derribó entre los cristales rotos.

Capítulo 19

Capítulo 18: Cerró los ojos

Serafín

La mujer ave me soltó en medio del aire.

Me tragué un grito arañando el cielo. Caí sobre mi hombro en el techo e ignoré el extraño crack que me produjo nauseas, rodé hasta caer por la orilla, cayendo de espaldas en el mini balcón. Apretando los dientes y sintiendo cinco clases de sudor empaparme el cuerpo, gemí de dolor por un sólido segundo. Exhalé e inhalé rápidamente, y me concentré en lo que todavía hacía falta hacer. En lo que yo podía hacer. Porque por alguna razón, seguía vivo. Después de pensar eso reprimí una risa que seguramente sería de histeria. Sentarme nunca fue tan difícil, pero lo hice y apoyé mi espalda contra el frío vidrio de la ventana. Me tomé la camisa sobre el corazón, intentando calmar mi respiración agitada. Despacio moví mi otro brazo y con el dorso de mi temblorosa mano me limpié el sudor de la frente.

Cómo mierda hacía mi hermano y sus amigos para pasar por eso cada vez era el verdadero misterio para mí. Con las piernas temblorosas me levanté apoyándome en el barandal.

—Llévenselos—ordenó una voz llamando mi atención.

Una mujer ave con las plumas más grandes que las demás señaló a Serbal y Tilia. Serbal estaba retenido por el cuello contra la pared de enredaderas y Tilia estaba tirada en el suelo, una mujer ave estaba sentada sobre ella. La que dio las órdenes tenía a Silene arrodillada su mano sosteniéndola por el pelo rojo.

Retrocedí y abrí la ventana lo más silencioso posible. Las mujeres aves que sostenían a Serbal y Tilia los tomaron de las axilas y salieron volando

con dos movimientos de sus alas. Con terror los miré elevarse.

— ¡No!—gritó Silene sacudiéndose. Su adversaria la sostuvo en su lugar casi sin esfuerzo.

—No los van a arrojar. Zelkova tiene un espectáculo esperándolos—comentó jocosa.

Y eso mismo vi. Las mujeres aves se los estaban llevando. Exhalé, con la boca del estómago aliviado. Por el hueco del ventanal ingresé de costado.

La habitación era algo espaciosa, de color violeta y asumí que era la de Alelí. Cuando sentí pasos por el pasillo despacio me acerqué a la puerta y me detuve a escuchar.

Respiré con pesadumbre.

Apostaba que Quercus y Alnus habían tenido tanto éxito como yo.

—Guardianes—saludó alguien con educación. Los bebés largaron largos llantos angustiosos. Cerré los ojos y tragué.

La espada de Rosa volvió a aparecer en mi mano.

—Soltala—escuché a la guardiana ordenar con voz temblorosa.

—Creo que no. ¿Sabía usted que su hija es una ladrona?—

Los bebés no se iban a callar pronto.

— ¡Yo no robé nada, Zafiro! ¡Ébano tomó una decisión! ¡No podés controlar a las personas!— gritó frenética Silene.

Entre abrí la puerta y me asomé.

La superiora de las mujeres aves tenía a Silene agarrada de la nuca, gruesas tanzas de sangre bajaban por los costados del cuello de Silene donde las garras de Zafiro la apretaban. Zafiro la sarandeó sacando un grito de dolor de Silene. Calathea también gritó y dio un paso antes de que Cyperius extendiera un brazo en frente de ella.

Zafiro acercó el rostro en el de Silene y mirándola a los ojos escuché que murmuraba.

— ¿Por qué? ¿Por qué él no me amaría? ¿por qué él sí te amaría a vos? Una sacerdotisa fracasada, encerrada en un castillo ¿además de una

incubadora, por qué te querría sobre a mí? ¿Ah? ¿¡Ah!?—

— ¡No sé!—le gritó Silene en su rostro.

Los bebés lloraban y lloraban.

Silene sollozó.

—Pero por favor no les hagas nada, ellos no tienen la culpa de nada, Zafiro, son sus hijos también…son los hijos de Ébano—

Zafiro respiró fuerte por la nariz, mirándola.

— ¿Crees que quitándome del camino, él te va a recibir de nuevo? Que de pronto va a correr hacia vos, arrepentido—dijo Silene con una nueva calma.

—Si no es mío, entonces no es de nadie—declaró Zafiro—Y esos niños son un error que voy a arreglar—

Un grito vino desde la escalera detrás de ellas.

No, dos gritos.

Una cabeza castaña y una pelada asomaron por la escalera con cuchillos de carnicero en las manos. Al parecer tomaron por sorpresa a la superiora porque lograron derribarla.

Entonces otros dos cuerpos emplumados subieron medio volando en el estrecho espacio.

Todo, todo fue un lío de extremidades y plumas.

Cyperius intentó quitar a Quercus de la espalda a de una mujer ave. Esta se levantó, le pegó una trompada en la cara, dio la vuelta, tomó a Quercus de la ropa y lo arrojó hacia el otro lado, estampándolo contra la pared.

Salí de la habitación justo en ese momento y abaniqué la espada, cortando en diagonal la espalda a la otra mujer ave que intentaba sacar a Alnus de la espalda de la reina mujer ave. Gritó arqueándose, soltando a Alnus. Giró el torso para enfrentarme, bajó una mano con sus garras golpeando fácilmente mi espada a un lado, como si ella fuese su adversaria, y con la otra mano me rasguñó mi hombro ya herido, mi sistema nervioso se tensó y tembló del dolor, obligándome a desvanecer mi espada. Me tomó de la camisa en el pecho y me lanzó hacia atrás, impacté contra la pared y dañando aun más mi hombro. El fuerte golpe me sacó el aire de los pulmones, me costó orientarme. Mientras muy

cerca Quercus y Cyperius intentaban neutralizar a la misma mujer ave. Alnus todavía estaba sobre Zafiro apretando su garganta contra su antebrazo. Zafiro se sacudía y gritaba ahogada, dando zarpazos a mansalva. Me enderecé y me sostuve de pie con la vista en mi contrincante en el pequeño espacio. Moví mi brazo que no dolía como queriendo dar un puñetazo a mi adversaria.

Jamás había golpeado a nadie en mi vida.

La mujer ave tomó mi puño en sus garras con mucha facilidad y me golpeó en el estómago. Tosí sin aire cayendo de rodillas. Se acercó a mí para rematarme. En mi mano buena invoqué una daga, que se parecía bastante a la espada, y con una fuerza interior que desconocía abaniqué mi brazo hacia arriba y apuñalé su costilla.

La mujer ave chilló dando tumbos hacia atrás llamando la atención de todos.

Todo ocurrió en un minuto.

Zafiro tomó los brazos que la ahorcaban de un desprevenido Alnus y lo tiró hacia atrás, dejándolo caer por las escaleras.

La mujer ave que peleaba contra Quercus y Cyperius lanzó un zarpazo hacia el pecho de Cyperius, Calathea gritó yendo hacia él. La misma mujer ave plegó sus alas tirando a Quercus que cayó sobre mí.

Silene se había levantado y corría hacia la habitación donde sus chiquitos bebés lloraban de la angustia.

Zafiro la tiró hacia atrás de los pelos, la lanzó al suelo. Levantó el brazo, las garras listas y afiladas.

Y enterró su mano entera en la espalda…

…la espalda de Calathea.

El aire quedó suspendido en mi garganta.

Silene boca arriba miraba hacia su madre con horror.

Calathea se desplomó sobre ella.

Con un repugnante sonido húmedo de succión Zafiro sacó su mano completamente roja, goteante, y miró con espanto lo que había hecho.

— ¡No!—gritó el alma de Cyperius llenando el silencio incrédulo.

El rostro de la reina pasó de espanto por lo que había hecho a encorvarse hacia adelante con las facciones arrugadas de dolor y cayó de lado.

En su espalda estaba incrustado un cuchillo de cocina.

Y Alnus estaba detrás subiendo los últimos escalones, un lado de su cabeza sangraba y se apoyaba con fuerza de la barandilla.

Silene se sentó, moviendo el cuerpo de la guardiana de arriba de ella. La miraba con los ojos bien abiertos y la respiración agitada.

La mujer ave que quedaba se quedó quieta. Mirando también con los ojos abiertos hacia su reina muerta.

Cyperius se enderezó de la pared donde había caído por la fuerza del zarpazo en su pecho, se apoyó en cuatro patas y gateó hacia su hermana. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas que no caían.

—Cala—murmuró. Tomó su torso entre sus brazos y la subió a su regazo— Calita, hermanita, mirame—dijo entonces con voz temblorosa— Por favor, mirame. Hablame. Decíme algo, lo que sea—dijo al final sollozando. Las lágrimas al final se liberaron y le cubrieron enteras las mejillas.

La guardiana abrió con pesadez los párpados, un pequeño asomo de celeste. Las esquinas de su boca se movieron hacia los lados, regalando una última sonrisa, con su próxima respiración sangre brotó de su boca.

—A los valientes—susurró.

Y cerró los ojos.

Capítulo 20

Capítulo 19: El mundo está roto

Serbal

Tilia y yo gritamos cuando el viento nos cortó el rostro al bajar en picada hacia el portal en el suelo.

En la oscuridad dentro del portal solo pude intentar respirar con más calma, sacándome el espanto de todo eso.

Del otro lado si bien mi cuerpo inmediatamente se relajó con la presencia de la magia, mi mente seguía frenética. El verde, marrón y celeste del cielo era un borrón entero rodeándonos. Logré mirar de reojo a Tilia, tomada con fuerza de las axilas, moviendo la cabeza de un lado a otro para que el golpe de aire no la asfixiara.

Cuando noté las murallas y las torres del castillo no sabía qué sentir al principio. Entonces, percibí la vida ardiente de Melia en mi pecho y creo que lloré un poco del alivio.

Nuestras transportistas giraron y pudimos ver…que habíamos perdido.

El inmenso jardín del castillo regado con estatuas y pasillos de piedra, árboles, flores y hasta frutos exóticos estaba el ejército aeterniano arrodillado enfrente de un escenario donde una figura de un hombre estaba en el medio con los brazos extendidos. En uno de los extremos del escenario había un enorme girasol en una maceta.

Del otro lado había una muchacha atada a un elegante sillón orejón de color morado.

No fue la constante ráfagas de viento golpeándome la cara lo que me dejó sin aire.

Reconocí a la muchacha. No llevaba puesta ninguna clase de armadura, vestía una blusa holgada blanca, básica para todo soldado, y pantalones semi ajustados marrones, tenía en los pies las botas pesadas hasta los

gemelos. Su corto pelo seguía siendo negro, su piel blanca mostraban moretones morados en los brazos.

La mirada gris era frenética. Desesperada.

Era Alelí. Mi hermana.

—Ah, justo a tiempo, muy bien—dijo Zelkova mirándonos bajar del cielo. Vestía un traje elegante verde…que brillaba y parecía de terciopelo. Usaba una larga capa negra con ribetes de color dorado en los costados.

El rey Zelkova Iznaga lucía igual a como lo recordaba. Parecía que no había envejecido un segundo. Su postura regia, el cuerpo delgado, el pelo castaño atado en esa pequeña cola de caballo, la mirada roja…la diferencia con mis recuerdos era que parecía lucir más…pequeño…y que en ese momento él estaba sonriendo.

El monstruo de mis más escondidas pesadillas estaba frente y algo…una cosa dentro de mí comenzó a arder.

Al margen de todos y al menos un metro de altura las mujeres aves nos soltaron, caímos de rodillas sobre el pasto, justo como los demás estaban.

—Ahora que estamos todos podemos empezar—gritó el rey enemigo acomodándose los anillos en los dedos.

Escuché un forcejeo en primera fila, justo en frente nuestro.

Al menos siete u ocho soldados estaban reteniendo a Cruz y Ébano. Ambos con las caras rojas y las venas latiendo en sus cuellos.

Miré al escenario.

Hacia mi…mi hermana…Mi hermana que estaba atada a un sillón.

Mi hermana estaba atada a un sillón. Sus gritos estaban amortiguados por un pañuelo apretado en su boca.

Mi hermana…

Mi hermanita…

Miré hacia todos lados. Los hefestos y sus aliados nos tenían rodeados con su mano sobre el mango de sus espadas físicas, listos para hacer lo que les ordenaran hacer. Repartidos logré ver a todos mis amigos. A mi

familia.

Melia.

Mi Melia estaba con la cara arañada y veía, como yo, hacia todos lados. Intentando encontrar una salida.

Una solución.

Entonces encontró mis ojos y me sostuvo la mirada.

Su rostro arañado se arrugó y sus ojos de té con leche humedecieron.

No.

No.

Cada vez más agitado miré el escenario. Donde Alelí se retorcía, peleando contra con las cuerdas que la inmovilizaban. Sus ojos grises, iguales a los míos, estaban llenos de desesperación.

No.

— ¡Felicidades!—dijo Zelkova con una sonrisa que mostraba todos sus dientes en su cara flaca. Dio lentos y medidos pasos hacia nosotros deteniéndose en el borde del escenario, que solo entonces noté que estaba alfombrado de rojo. Su capa negra lo seguía como si arrastrara a otro ser…a un muerto. Su traje verde, libre de medallas, relució en el atardecer del jardín real.

Estaba vestido para un baile, una celebración. Una victoria.

Extendió los brazos y sus ojos rojos brillaron encantados mientras nos miraba.

— ¡Y bienvenidos al comienzo de una nueva era!—

“Serbal, ¿podemos jugar a las escondidas? Prometo que esta vez no me voy a perder”

La dulce vocecita de mi hermana, la misma que me mantuvo cuerdo todos esos ciclos como sirviente de los hefestos, me llegó una detrás de la otra.

“Serbal, susurró sobre la mesa, ayer escuché a los papás discutir.

Seguro no es nada, Lucecita, noté que a veces los adultos hacen eso,

pero nuestros papás siempre terminan besándose después.

Escuché decir a mamá que era su culpa, y papá le decía que no, que no”

— ¿Una nueva era? ¿Qué es eso? Se preguntarán—siguió actuando el rey Iznaga bajando los brazos—Dejenmé que les cuente tres verdades—dijo después mirándonos a todos—El mundo es injusto. Es cruel. El mundo está roto. Porque lo habita gente rota. Nadie sabe lo que quiere, por qué despierta, habla, se mueve…vive, y como gente ignorante sigue cualquier cosa que alguien que grita más alto diga. ¡Y cuando sí sabe! ¡Pobre del que sospecha que sí sabe! Porque entonces será golpeado, pateado, escupido…abandonado. Hay miles de un montón de rotos siguiendo a otra gente igual de rota, pero que simula que no. Y así, todos se van rompiendo entre sí. Destrozándose entre sí. Si continuamos de esta manera ya no quedará mundo que descubrir…que conquistar. El mundo necesita de un líder. De un verdadero líder. Alguien que nos guíe con virtud, y bondad, y justicia. Alguien sabio y único—

—Ay, dioses, seguro que esa es su oración para antes de irse a dormir—murmuró Tilia a mi lado. Las mujeres aves detrás de nosotros rieron un poco.

No pude sentir nada.

—Y yo…—continuó Zelkova con su sonrisa feliz. Una sonrisa honestamente alegre—He sido elegido para traerla de vuelta—

Qué.

Cruz y Ébano habían dejado de forcejar y prestaban atención. Todos tan enojados y confundidos como nuestro silencio lo decía.

Zelkova miró detrás de sí. Hacia la tarde que oscurecía.

Miré el girasol y luego el cielo con su amplia gama de colores. Celeste, lila, rojo, naranja y azul oscuro.

Después a Melia y noté que ella había hecho lo mismo y su ceño fruncido me dijo que también pensaba lo mismo.

Pero por qué.

“Serbal, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, Serbal? Tengo hambre, vamos con la señora Gardenia por una galleta ¿por favor? ¿por favorcito?”

Alelí tenía la mirada fija en Cruz, y él en ella, mientras forcejeaban cada uno con sus restricciones. Tenía el pecho agitado y de los ojos le caían

lágrimas gruesas.

Mi hermana…

Mi hermanita…

Zelkova se posicionó al lado del girasol, que era casi tan alto como él. Del bolsillo de su traje sacó una botellita, del largo de una mano. Extendió el brazo y lo mostró.

—Esto es el rastro de la magia de los guardianes de los recuerdos, que con mucho esfuerzo y disciplina, pude extraer de la que era su habitación…antes…antes de que se cometiera el malentendido de sacarlos del castillo. Ni siquiera el infructuoso intento de recuperarlos y traerlos de vuelta a su hogar fue impedimento para que hoy ocurra… ¡Para que hoy ocurra el destino! Lo que siempre tuvo que haber sido, pero no fue—

Sacó el corcho de la botellita y vertió el líquido oscuro y espeso como la sangre coagulada sobre la maceta. Tapó de nuevo la botellita y se dirigió a sus involuntarios espectadores.

—Como pronto verán, las Luces Fantasmas son seres nostálgicos. Los atrae los recuerdos de sus vidas pasadas, los atrae sus seres queridos que quedaron en este plano—señaló el girasol con la mano extendida, cual anfitrión de un circo—Al verter la huella de los guardianes sobre un faro de Maman, hemos convocado a una Luz Fantasma—Zelkova sonrió, parecía que con cada segundo se agitaba cada más en la alegría. Tristemente, me recordó a un niño mostrando su nuevo dibujo— ¡Pero no a cualquier Luz Fantasma! Hace más de tres mil ciclos los aeternianos fueron maldecidos por una poderosa bruja, la más poderosa…y también la más sabia…la más buena…Construyó un reino en la otra punta del continente para toda aquella criatura que no se sentía bienvenido en su hogar, para el rechazado…para el solo— narró para todos.

— Esa historia me suena —murmuró Tilia a mi lado, me miró — ¿por qué esa historia me suena?—

Detrás de mí, sentí a las mujeres aves removerse, nerviosas.

Los últimos rayos de sol se fueron. Los hefestos y sus aliados comenzaron a crear llamas de fuego flotantes que comenzaron a circular entre nosotros, iluminando y oscureciendo rostros tristes, confundidos y cansados. Rostros sucios de la guerra.

Zelkova aprovechó el dramatismo, abrió la palma a un costado de su rostro e hizo aparecer una llama flotante que iluminó solo un costado de

su cara.

Como si estuviese viendo la historia de terror.

—Hasta que un trágico día—continuó—Alguien le robó lo que más amaba. Su pequeño hijo. El primogénito del rey Febo. El legitimo heredero de Aeternum. Por medio de una mentira le dijeron que el rey Febo por temor a que ese niño fuera a causar problemas de adulto lo mandó a secuestrar y a matar. Entonces, ésta sabia reina herida necesitó vengarse…y maldijo a todos los aeternianos…para que ninguno de sus habitantes pudiera decir otra mentira, para que ninguno de sus habitantes pudiera engañar con una falsa apariencia mostrando en el pelo sus verdaderos colores. Lamentablemente, la reina fabricó esas bombas mágicas con sus últimas fuerzas y murió ese mismo día. Otro tomó su lugar en el trono y cambió el nombre del reino Minerva, nombrada por la segunda al mando de la diosa suprema Pacha…por el de Hefesto, el segundo al mando del dios supremo Ra. ¡Solo yo sé qué ocurrió con ese niño! El niño del cual todos se olvidaron, al que, una vez muerta su madre, a nadie le importó. Ese niño vivió. Y tuvo descendencia…y nos enseñó la verdad. La única verdad. —

Zelkova solo sonreía cada vez más extasiado.

Tilia y yo nos miramos de reojo con miedo.

Detrás del escenario, a nuestro costado, en la linde del bosque se asomó una luz. Una pelota de luz amarilla y blanca. Tímidamente.

Inhalé y exhalé sintiendo esa cosa en mi pecho retorcerse y expandir ese ardor por mi torso. Zelkova realmente había convocado una Luz Fantasma. ¿Entonces para qué mandar a destruirlas? ¿Qué quería con todo eso?

Cuando la Luz recorrió la mitad de camino hacia el escenario, iluminando el pasto debajo de ella y a la noche que la envolvía, pequeñas lucecitas, como luciérnagas, salieron en tropel detrás de los árboles y la siguieron, como una estela juguetona.

La Luz Fantasma flotó al escenario y rodeó varias veces al girasol.

Entonces, se detuvo al lado de la flor. Todas las demás lucecitas la rodeaban sin cesar, y curiosamente, entraron y salieron de la luz más grande. Y de la nada, ésta luz se alargó, tomando forma humana.

Tomando forma de una mujer.

Su brillo menguó, dejando notar sus facciones.

No era una mujer particularmente bella. Delgada. Llevaba una capa negra, que le cubría todo el cuerpo, salvo por los brazos que salían hacia los costados por huecos. Su pelo era rubio trigo. Cara alargada, boca fina. Parecía una mujer seria, regia.

Sus parpados se abrieron, y parpadeó mostrando ojos marrones.

Quieta y sin ninguna expresión observó su alrededor, a nosotros…y frunció levemente el ceño.

— ¡Bienvenida, Genoveva Iznaga, primera reina de Hefesto, la que maldijo a Aeternum y la poseedora de la única verdad!—gritó Zelkova desde el otro lado del escenario.

En algún momento en medio nuestra asombrada distracción se movió hacia el otro lado.

Al lado de Alelí.

Su enorme sonrisa ya parecía desquiciada. Mi hermana lloraba con angustia sin dejar de mirar a Cruz— ¡Y con la misma daga creada por la vida y la muerte!—

Levantó un brazo escondido en su capa mostrando la daga que tenía en la mano. Las gemas turquesas y doradas que llevaba incrustadas en el mango destellaron con la luz de las llamas flotantes y de la Luz Fantasma.

Gemas turquesas y doradas. Como los ojos de la oráculo.

Como los ojos de Cronos, el dios de la vida, y Maman, la diosa de la muerte.

— ¡Te doy la bienvenida al mundo de los mortales!—proclamó.

Bajó el brazo creando un amplio arco y enterrando toda la afilada hoja en el pecho de Alelí.

Capítulo 21

Capítulo 20: Nos invita a huir

Tilia

No parpadeé. Mi cuerpo temblaba.

Gritos.

Tantos gritos.

Suplicando que no; que por favor, no.

Sobre el escenario Zelkova se enderezó y nos miró con triunfo. Hinchó el pecho, haciendo relucir su ridículo traje de terciopelo verde.

Creo que fue la primera vez en setenta ciclos que lo vi realmente feliz.

La Luz Fantasma que supuestamente era el alma de Genoveva, la misma mujer que maldijo a Aeternum hace poco más de tres mil ciclos, lucía…horrorizada.

Sus manos tapaban su boca abierta, sus ojos miraban con espanto hacia una Alelí que se seguía retorciendo en el sillón…

Alelí se seguía retorciendo en el sillón.

Exhalé, y si no fuese porque mi carcelera me tenía agarrada de los hombros, con sus punzantes garras casi clavadas en mi clavícula como una clara advertencia, podría haberme encorvado del alivio.

Miré a Serbal a mi lado pero seguía luchando contra su propia carcelera. En el momento que Alelí fue apuñalada, Serbal solo alcanzó a levantarse de un salto y caminar dos pasos antes de que su carcelera lo tacleara y se le subiera encima. Por la cara de esfuerzo de la mujer de dientes apretados parecía que le estaba costando lo suyo retenerlo.

Serbal seguía gritando. No entendía cómo podía seguir gritando tan fuerte con el pecho comprimido. Pero lo hacía. A sus lados rasguñaba la tierra, sus uñas rompiéndose y sangrando. Su cara roja y los ojos llenos de

angustia.

Tuve miedo de mirar a los demás.

Mi cuerpo temblaba con su pena solo con escuchar sus gritos.

Pero Alelí seguía luchando en el sillón, con la boca tapada con el pañuelo, las extremidades atadas al mueble. Y la daga bien clavada en el pecho hasta la empuñadora enjoyada.

Zelkova miró a la luz fantasma y su sonrisa decayó un poco, aunque rápidamente retomó compostura y como si estuviera en un baile camino con galantería hasta ella, la capa provocó un leve susurro sobre la alfombra carmesí.

—Reina Genoveva—saludó e hizo una reverencia exagerada, extendiendo su brazo derecho. Se enderezó—He cumplido con tu mandato—declaró.

La luz fantasma de a poco desvió su espantada cara hacia él, al mismo tiempo que Zelkova nos miraba y extendió de nuevo el brazo.

—Este es el pueblo que maldijiste hace más de tres mil ciclos—dijo por sobre los gritos de agonía.

La mujer nos miró, miró otra vez todo. Frunció un poco el ceño, sacó una mano de su boca.

—Son incapaces de mentir ante cualquier pregunta, y si lo intentan pueden llegar a sufrir dolores físicos. Su pelo tiene dos colores, representando su personalidad. Este mismo pueblo que alguna vez gobernó el traicionero del rey Febo. Ahí —dijo señalando a una furiosa y triste Protea intentando sacudirse a soldados enemigos— está su última falsa sucesora. —la luz fantasma la miró con atención, sacando su otra mano de su boca y cerrándola. —Ese mismo pueblo hoy se reivindica por los errores de su monarca y te trae de nuevo a la vida. Tal como usted lo ordenó—

La mujer lo miró y arrugó la frente. Zelkova entonces la miró y la sonrisa otra vez se le cayó un poco.

—Tu hijo, mi bisabuelo, nos enseñó. Nos contó de los actos injustos que se te acometieron. Nos enseñó lo roto que está el mundo y que con tu absoluta sabiduría tenías el poder de arreglarlo. Nos mostró nuestro rol en la vida, la de traerte la tuya. Todos los Iznaga trabajamos duro generación tras generación para lograrlo. Como bien sabrás, soy el último que queda. Todos arriesgaron su vida por esta causa. Tú causa. Y volver a poseer lo que te corresponde, lo que nos corresponde. Dos reinos. Venganza. Justicia. Riquezas. Plenitud. Minerva pertenece de nuevo a los

Iznaga, y Aeternum…—sonrió con fuerza, apretujándose las manos, por un momento serio creí que rebotaría sobre sus talones—Aeternum también—

Lentamente desvié mi atención de un desquiciado Zelkova y miré a Genoveva.

La luz fantasma estaba llorando.

Llorando en angustia.

Sus dos manos apretaban su capa negra sobre su pecho y miraba todo a su alrededor. Su boca se movía, declarando cosas, pero no podíamos escucharla.

Porque los espíritus no tienen voz en el mundo de los mortales.

Asumí que le decía que estaba loco, pendejo de mierda, hacer semejante despliegue solo porque un niño quería de vuelta a su mamá. Que de todas formas ya de nada contaba, porque ese mismo niño había muerto de viejo. Lo único que había logrado era infestar a una familia, a un futuro, con su dolor.

Zelkova miró por un rato a Genoveva y con cada segundo mientras ella seguía hablando palabras que no podíamos oír, pero que claramente mostraban su desacuerdo en todo eso, su sonrisa fue borrándose. Su actitud de victoria se derritió como chocolate bajo el sol en algo parecido a la decepción.

Hasta que un costado de la nariz hizo tic, la boca se apretó apenas y los costados de los ojos rojos se entrecerraron.

Rencor.

Y entonces volvió a sonreír. Una sonrisa dura y cínica.

—Sé que estás muy orgullosa. Tu hijo no dejó que mis mayores olvidaran nada de vos, de tu extraordinaria ambición. Todos intentamos ser tan perfectos, impecables, como vos. — dio media vuelta y miró hacia una cansada Alelí, su rostro estaba sudoroso y se mostraba pálida, movía con pesadez los brazos contra sus restricciones y apenas las piernas. Su cabeza se balanceaba, como evitando quedarse dormida. La sangre en su pecho, alrededor de la daga, era notablemente poca en medida de una herida tan grave—La hija de Lunaria tiene su misma fuerza—comentó tranquilo. Miró de lado a Genoveva—Creo que necesita un incentivo más contundente, después de todo usted no puede poseer un cuerpo si ya

tiene un alma ¿no?—

La luz fantasma negó y lloró, siguió hablando palabras mudas.

—Sí, usted tiene razón, necesita un incentivo—miró hacia abajo, hacia nosotros—Traigan al capitán Herrero al escenario, ahora—ordenó.

Los cansados retomaron un poco su lucha contra quienes los aprisionaban cuando tomaron a Ébano y lo llevaron hacia detrás del escenario. Él por su parte no peleó mucho, su rostro furioso estaba inundado con lágrimas y miraba a Zelkova con la promesa de un asesinato lento y metódico.

Ya arriba del escenario lo obligaron a arrodillarse en el medio. Zelkova se acercó a él con pasos lentos.

Por un momento solo se miraron a los ojos.

—Las maté, Éb—lo escuché murmurar a Zelkova. —Están muertas por mi culpa—

Ébano arrugó el rostro, lo miró detenidamente, pero no lloró.

—Ya lo sé, Zel—le respondió Ébano entre dientes. Sus ojos azules, brillaron con una profundísima ira, contrarrestando a un más en su piel morena. Su armadura dorada estaba llena de huecos.

Zelkova miró a sus soldados detrás de él y asintió.

De nuevo los gritos.

Tantos gritos.

Ébano abrió los ojos y casi logró ponerse en pie antes de que dos soldados hefestos lo agarraran de ambos lados y patearan sus rodillas al mismo tiempo. Ébano gritó y se derrumbó, pero sin dejar de mover los hombros, sin dejar de pelar con miedo en el rostro. Los dos soldados a sus lados lo tomaron de los brazos y pisaron sus gemelos. El tercero hizo atrás su cabeza y con una daga lo apuñaló rápidamente a un costado del cuello.

Tapé mi boca con ambas manos y grité.

Pero no tan alto como gritó Alelí, aun con la mordaza puesta.

El cuerpo de Ébano cayó pesadamente de lado. Inerte.

Zelkova dio un paso atrás sin dejar de mirarlo. Luego otro. Miró sobre su hombro hacia Genoveva que se había arrodillado, tenía los ojos cerrados y

su cuerpo temblaba con sus sollozos.

—El dolor nos separa de quienes somos. Nos invita a huir. A convertirnos en otros—dijo no entendí a quién y se enderezó sacudiendo polvo invisible de los brazos.

Alelí tenía el cuerpo inclinado hacia adelante, hacia Ébano, y gritaba tanto. Tanto. Su rostro estaba rojo, las venas hinchadas y sus lágrimas caían tan lento. Como si tampoco quisieran creerlo, como si todavía no entendieran por qué las convocaban.

Ráfagas de viento llegaron de todo lados, casi tirándonos al suelo con su fuerza.

Genoveva se puso de pie y miró a su alrededor asustada. Zelkova estiró las piernas y los brazos para mantener el equilibrio.

Un momento Genoveva de deslizó un centímetro en el suelo y en el siguiente era arrastrada por el viento y se estrellaba contra Alelí.

Desapareciendo.

Introduciéndose en ella.

Por sobre el caos podía escuchar a Cruz gritando su nombre.

El cuerpo de Alelí se retorció en raros ángulos, poseída. Golpeó su cabeza hacia atrás, una y otra vez, movió los brazos haciéndolos sangrar aun más por la fuerza con la que las cuerdas la ataban y el continuo movimiento.

Se inclinó hacia adelante y gritó con dolor.

Se detuvo.

Elevó solamente el rostro y abrió los ojos tristes. Miró a Ébano acostado y vi como se le escapaba una lágrima. Cerró los ojos con fuerza y entonces comenzó a brillar, y a brillar cada vez más.

Y luego, una bola de luz se escapa de ella y se estrella en el escenario al lado del girasol. Genoveva gira un par de veces y se detiene. Pasan unos segundos antes de que se arrodille con una mano en la cabeza, mira alrededor confundida.

Veo a Alelí y noto que la daga que la había apuñalado está en el suelo entre sus piernas, su blusa blanca tiene el hueco de la herida y la sangre, pero no está la herida en sí.

Miro a Zelkova, preocupada por cuál va a ser su siguiente movimiento.

Y con razón, el rey está furioso. Sus ojos incrédulos están en Alelí, luego en la daga y al final detrás de él hacia el espíritu de su antepasado. Grita de rabia, apretando los puños.

— ¡No!—es su turno de gritar. — ¡No!—se acerca a pasos rápidos y furiosos hacia Genoveva. La señala con un dedo— ¡Vos! ¡Vos no sos Genoveva Iznaga! ¡Impostora!—le grita.

La luz fantasma lo mira desde el suelo, con los ojos abiertos y luego con pena. Con compasión. Habla otras palabras mudas, aunque Zelkova ni siquiera intenta escucharla y da media vuelta.

Mientras Alelí se libera de sus cadenas rotas, resbala desde la silla hasta el suelo del escenario de rodillas, gatea con los miembros temblorosos hacia Ébano. Levanta una mano y le acaricia un lado de la cara. Nunca supe hasta este momento cuando tuve que recordarlo lo que ella murmuraba.

—Está bien. Todo va estar bien, mi sol, todo va estar bien. No estás solo, no te voy a dejar solo, estoy acá, papá, estoy acá—

Zelkova la mira en su esquina oscura, los mira y se agita cada vez más. Entonces se detiene. Endereza los hombros, se reajusta los puños y se dirige hacia nosotros.

—Bien. Entonces, a falta de la verdadera reina Genoveva, como último descendiente de los Iznaga es mi deber ocupar el lugar de líder—declara…furioso, pero creo noto un deje de resignación. Casi diría que triste. —Empieza una nueva era. Y ustedes, prisioneros a la corona, son condenados a muerte—se endereza aun más— ¡Soldados!—ordena rasgándose la garganta— ¡Su dueño los invoca! ¡Tomen su verdadera forma!— mete su mano dentro de su capa y saca dos pelotitas, las lanza entre nosotros y extiende los brazos. Sus ojos rojos comienzan a resplandecer más y más.

Un leve humo de muchos colores nos baila y se extiende por nuestros pies. El primer soldado hefesto que grita en agonía está del otro lado de la muchedumbre. Se pliega en sí mismo y balbucea. Al principio, no sé qué pasa hasta que el soldado se endereza y muestra su piel gris y quebradiza como lava seca. Sus ojos rojos brillan igual a los de Zelkova, extiende sus brazos a sus costados y por el cuello de armadura sale humo. En su pecho comienza un resplandor anaranjado que aumenta…que derrite su armadura. Un líquido espeso, como verdadera lava, emerge, y se arrastra por su cuerpo. Se abraza a su torso, se sigue arrastrando como algo vivo por sus brazos y piernas. Sube por su cuello y cubre su cara congelado en

un grito de dolor mudo.

Las llamas flotantes se están deteniendo y apagando, dejándonos en más oscuridad.

Luego, a sus demás soldados les ocurre lo mismo. Gritan de dolor, algunos se arrodillan, y cuando se enderezan esa cosa los envuelve en su calor rojo anaranjada, hirviendo. Iluminando la noche, opacando a las llamas flotantes. Cuando esa cosa cubre por completo sus cuerpos, comienza a burbujear y a crecer. Y cada vez más y más grandes. Nuestros soldados deben apartarse para cederles espacio y todos inclinamos nuestras cabezas hacia atrás, quietos en el asombro, en el horror. Algunas burbujas no explotan y les queda el bulto pegado a un hombro, al lado de la cabeza o en una pierna.

Y se detienen, rápidamente la lava se endurece. Convirtiéndolos en estatuas amorfas de una persona.

Hasta que abren los ojos.

Ojos rojos.

Debajo de ellos se escucha un roce y un rompimiento.

Una vez que se les formó el hueco, lo abren cada vez más y escupen rugidos dignos de pesadillas. Entre un hombre sufriendo y un monstruo furioso.

—Til—dijo una voz grave. Miré hacia mi costado. La mujer ave se había levantado de Serbal y ahora él me miraba preocupado y asustado. Miraba mi pecho.

Yo también miré y noté que me lo estaba sobando.

Porque me ardía.

Porque de él salía humo.

Capítulo 22

Capítulo 21: Algo más estaba ocurriendo con nosotros

Cruz

La última de las llamas flotantes se apagó en la noche de luna creciente. Los gemidos adoloridos y suplicantes de los cientos de soldados enemigos llenó la oscuridad del jardín roto, crispándome la piel de los brazos y la nuca. Lo otra única fuente de luz son los cientos de soldados que todavía están transformándose, su cuerpos envueltos en esas masas hirviendo de lava rojos anaranjadas, olor a algo raro quemándose se expandió cada vez más en el aire. Cada vez más intenso.

Piel y carne carbonizada.

Era una pesadilla.

A un costado me llamó la atención una de las primeras montañas de la altura de la mitad de un edificio, deforme, estira lo que asumo es un brazo y luego lo estrella sobre un puñado de soldados que corren en la dirección contraria. Sube el brazo gris y trisado, con nuevas manchas carmesí.

Al menos cuatro murieron con ese movimiento.

Todos gritaron del horror. Algunos se quedaron y comenzaron a atacar al nuevo enemigo, otros huyeron en la noche.

Los imbéciles que me retenían se alejaron de mí en cuento comenzaron a sufrir sus calambres o lo que sea que les pasaba.

Giré la cabeza, mirando hacia el escenario.

Ella seguía agachada al lado de Ébano, murmurándole cosas.

Amortigüé la pena que me ardía en los ojos.

Debíamos salir de ahí.

— ¡Mueran!—gritó Zelkova a un costado de ellos como un loco y una sonrisa. Se pasea de un lado a otro, como un león enjaulado— ¡Mueran, salvajes aeternianos! ¡Mueran, salvajes aninos! ¡dorados! ¡sirenas y

akapachas! ¡Mueran todos! ¡Ninguno tiene lugar en mi nueva era!—

Una voz familiar resaltó entre todo el estruendo, provocando ella levantara la vista cargada de dolor.

— ¡Serbal, no, por favor!—gritó de nuevo la voz detrás mí. Con un miedo tremendo en el pecho miré hacia el origen. Melia corría entre el gentío en pánico hacia donde habían estado Tilia y Serbal aprisionados por una mujer ave cada uno. Solo que sus vigilantes estaban retrocediendo, alejándose de ellos, asustadas.

Tilia y Serbal se estaban mirando a los ojos.

Frenéticamente angustiados.

Y de los pechos sin armadura de ambos salía humo y empezaba a iluminarse como los soldados hefestos.

—No—murmuré.

— ¡Tilia!—gritó Sirio corriendo hacia ella. Tilia giró la cabeza hacia él y lo miró asustada, temblando. Detrás de Sirio iba Melia alcanzándolo cuando las montañas monstruos llegaron con sus masivos pasos, interponiéndose, arrastrando sus brazos hacia los lados y gimiendo una eterna agonía.

Hacía un par de horas cuando la onda sónica nos derribó del algún modo los hefestos, y varios de sus soldados aliados, habían logrado mantenerse de pie. Nos rodearon y nos quitaron nuestras armas y armaduras físicas. Así que tanto Sirio como Melia, con la mínima paciencia para aguantar a monstruos montañas cuando sus amores estaban en peligro de convertirse en uno, hicieron aparecer sus espadas a sus lados y comenzaron a atacarlos. Las espadas golpearon contra la piedra provocando chispas, pero sin ningún daño real.

—Cruz—me llamó Lira a mi lado. La miré.

Ella miraba mi pecho.

Comencé a respirar agitadamente mientras despacio dirigía la vista hacia ahí.

Un humo blanco, débil, estaba asomando entre mi blusa.

—La sopa…—murmuró Lira. Sus ojos rasgados y de color almendra me miraron impotentes, asustados.

Giré la cabeza hacia mi esposa sobre el escenario. Y ella miraba hacia todos lados, su hermano, Melia, Sirio, nuestros soldados siendo

masacrados por los monstruos de piedra…y luego a mí.

Y a mi pecho.

Y la noté congelarse.

Ella misma de a poco se miró el pecho y tocó la tela rasgada que dejó la daga.

Sobre donde debería estar la herida salía humo y brillaba débilmente.

Sus ojos grises, irritados por el llanto, chocaron con los míos y negó débilmente con la cabeza.

Otro temblor nos desestabilizó las piernas.

Los monstruos rugían sus gritos de agonía e ira, y aplastaban sin importar qué o quién.

Ella miró a Ébano, lo acarició una última vez. Se levantó y caminó por el escenario hacia mí, como si una daga súper mágica no la hubiera dividido los pulmones hacia una hora.

Sentí que las piernas me temblaban.

No me di cuenta que yo también comencé a dirigirme hacia ella hasta que me detuve al borde del escenario y extendí mis manos hacia ella.

Necesitaba tocarla.

La ayudé a bajar y nos miramos a los ojos.

Tomé su rostro entre mis manos y estrellamos nuestros labios en un encuentro desesperado y agresivo.

Y tan, tan, tan aliviado.

Nos apartamos apenas, nuestras bocas húmedas tocándose, nuestra respiración mezclada.

Miré sus claros ojos grises, a las lágrimas que todavía llevaba en ellos. Acaricié su mejilla con mi pulgar. Ella puso sus manos sobre las mías.

— ¿Vamos a romper unos cuantos culos?— susurró su dulce y temblorosa y amada voz.

Que ella lograra que yo sonriera en medio de una batalla con todas las

perder era la verdadera muestra de todo el poder que tenía dentro.

— ¿Con vos? Siempre—respondí.

Un lado de boca amagó con sonreír.

Sin ganas solté su rostro y me enderecé, extendí mi mano convocando mi arma. Ella hizo lo mismo, nos tomamos de la mano y caminamos hacia adelante.

De mi lado derecho en diagonal había un monstruo entusiasmado con sus propios gritos/rugidos, solté la mano de ella y corrí hacia él, di un salto, extendí el brazo y golpeé el filo contra la piedra.

Caí del otro lado, me di vuelta. E hice la cabeza hacia atrás.

Roquita seguía ahí, pero esa vez me miraba. Su rostro duro con apenas algunos rasgos del ser humano que fue…no demostraba nada.

Levantó su brazo y lo dejó caer con todo su peso hacia mí. Salté hacia un lado para esquivarlo, aun así logró darme en mi lado izquierdo.

Caí de espaldas como a cinco metro de distancia.

Gemí.

Comenzaba a extrañar mi armadura.

Si no estuviera tan agotado, al menos habría creado una pechera.

— ¿Te parece que es hora de una siesta?—dijo una voz sobre mí.

Abrí los ojos y ahí estaba Sirio, extendiéndome su mano. La tomé, impulsándome para levantarme.

— ¿Por casualidad no tenés una costilla de más que puedas prestarme?—le respondí creando de nuevo mi arma.

Sirio abrió la boca al mismo tiempo que detrás de mí nos sorprendía un grito/rugido.

Di media vuelta.

Otro monstruo de rocas levantó ambos brazos y golpeó con fuerza el suelo, por suerte vacío de gente, creando un cráter del tamaño de mi cama matrimonial.

Detrás de él, Tilia y Serbal estaban haciendo gestos de dolor y se arrodillaban.

Sirio se ubicó a mi lado, mirando al mismo lugar. Su respiración se agitó y me miró a los ojos, preocupado.

En mi otro lado la sentí a ella acercarse. La miré y luego a Melia en su otro lado, con la vista determinada en Serbal.

Luego se sumó Protea a su lado, y Loto. Del otro lado de Sirio llegó Lira.

Miramos a los monstruos montaña, pisando con sus enormes patas y aplastando con sus eternos puños de roca. Nuestros soldados se defendían como mejor podían frente a un enemigo tan…invencible.

Sentí el mango de mi puño volver contraerse y estirarse. La miré enojado, ya que no era el momento de un ataque epiléptico de identidad. Exhalé, ignorándola.

—Ataquen—ordené.

Y todos saltamos desde nuestros lugares cayendo sobre un monstruo diferente.

Sobrevolando el mío, estiré el brazo y cuando abaniqué enfrente de mí el mango de mi espada estaba mucho más largo. Un palo liso gris, con bultos cada unos cuantos centímetros. En la cima la hoja roja era más corta.

Una alabarda.

Mi espada quería ser una alabarda.

¿Y quién era yo para decirle qué ser en medio de la batalla más importante de mi vida?

Pero la principal razón por la que me importó bastante poco que cambiara, o se volviera más sí misma, fue porque logró herir al monstruo.

Logró herir al monstruo.

Caí de pie del otro lado y volví a mirar a mi adversario. Sobre lo que debería haber sido un hombro había una herida abierta que emanaba calor y luz roja anaranjada.

Extendí mi brazo e hice girar mi alabarda en mi mano.

Sonreí.

Salté de nuevo sobre él y abaniqué mi arma una y otra vez, cortando su nuca, brazos, lo que todavía parecía una espalda y cuando caí al suelo otra vez lo ataqué de frente, hiriendo sus brazos y piernas.

El monstruo gruñía y se quejaba como un animal a la defensiva.

Agitado me limpié el sudor a un costado de mi cara. Separé las piernas, tomé el mango de mi alabarda con mis dos manos y apunté hacia su pecho.

Entonces el monstruo me miró.

Ojos marrones.

La boca trizada y rota del monstruo se movió hacia un costado. Como sonriendo con ironía.

—Aaaaaaaaaaay—se quejó y sus hombros se sacudieron.

Me enderecé y lo miré.

¿La montaña monstruo se estaba riendo de mí?

—Aaaaaaaaay, Aaaaaavilaaaaaaa—emitió su voz rota.

Como si tuviese piedritas.

Bajé el arma y lo miré con más atención.

Su cabeza era una cosa cuadrada. De las heridas anaranjadas y calurosas que le había provocado emanaba un líquido muy espeso y negro, como alquitrán. Caía sobre el pasto del jardín real como masas pegajosas y calientes.

Vi una de esas masas coaguladas caer con un golpe húmedo, y a su alrededor casi inmediatamente se formó un halo muerto de flores y pasto.

Elevé los ojos, de algún modo incrédulo. Sabía que esos monstruos habían sido soldados. Personas. Pero mirar esos ojos inhumanos convertirse en…alguien…en alguien que yo conocía me descolocó por completo. Sus ojos marrones palpitaron en rojo otra vez, su voz dejó de intentar comunicarse y volvió a dar sonidos sin sentido alguno.

— ¿Mirach?—dije para mí mismo.

La boca rota y dura del monstruo se alargó hacia los costados.

—Eeeeeee…eeeeeeeeee…teeeeeeer…—gimió con su masivo cuerpo balanceándose hacia adelante—Teeeeeeeermmmmmiiiiiiiinaaaaaaaameeeeeee—

Dio un paso hacia adelante, tropezándose. Troté hacia un lado, dándole espacio.

Con un enorme "pum" cayó sobre el pasto, aplastando arbustos y flores, derribando un par de arboles.

A su lado lo miré todavía incrédulo.

—Pooooooooor faaaaaaavoooooor—gimió alto y claro.

Exhalé, calmándome un poco. Escalé su costado con ayuda de sus huecos en el cuerpo. Sobre su espalda caminé hacia su nuca. Levanté mi alabarda y la descendí de un solo golpe. El filo cortó la piedra como a la manteca fría.

El monstruo no se volvió a mover.

Una vez más, y por última vez, me di la vuelta, descendí el cuerpo de Mirach y me alejé de él.

Empujando mis emociones contradictorias en el fondo volví al jardín que se convirtió en un campo de batalla.

Toda la hectárea estaba regado de monstruos montaña aplastando y rugiendo/gritando. Algunos de estos monstruos estaban paseando por el jardín, destruyéndolo todo, yendo hacia el castillo. Me sobé el pecho con los dedos, donde todavía emanaba humo y se había iluminado otro poco más, me ardía como una alergia que empeoraba.

A lo lejos vi a Sirio peleando con el monstruo que se interponía a Tilia. Lo vi cansado abanicar su espada y que no provocara nada. Se detuvo un segundo para respirar y no notó que el monstruo había balanceado un deforme brazo hacia él. El pánico en la garganta me nació en ese segundo que supe que no iba a llegar cuando di un paso y grité su nombre al mismo tiempo que Sirio hacia aparecer un escudo.

Deteniendo el golpe.

Destruyendo el enorme puño de roca.

El monstruo rugió/gritó en la noche dando un paso atrás.

Sirio se enderezó sorprendido de estar vivo. Ya éramos dos. Si los monstruos no me mataban, segurísimo que mi familia me daría, mínimo, un ataque al corazón. Miró su escudo con los ojos azules bien abiertos. El que había sido su viejo escudo plateado ahora lucía más grande, cubriendo la mitad de su cuerpo, tenía grabado la silueta de un lobo aullando, brillaba a la luz de la luna su color blanco sucio.

Sirio miró al monstruo y una nueva determinación lo enderezó. Hizo aparecer su espada mágica de siempre y volvió a atacar al monstruo, pero cada vez que el monstruo contraatacaba y Sirio se defendía con su nuevo escudo, el monstruo se trisaba y se rompía cada vez que golpeaba el metal mágico.

Melia gritó llamando mi atención. La vi saltar del suelo hacia el aire hasta pasar en altura al monstruo, cayó sobre él y con sus puños cubiertos con guanteletes mágicos golpeó su cara rompiéndola, literalmente, en miles de pedacitos. Mientras que él monstruo montaña caía Melia saltó a tiempo y cayó de pie en el pasto. Se miró las manos cubiertas con su armadura, brillaban de color negro. La vi sonreír con malicia y miró a su alrededor. Dijo algo "¿y ahora quién le toca?". Reí en silencio. Pendeja atrevida.

Otro monstruo cayó con un profundo estrepito no muy lejos de ella. Revelando a mi esposa con arco en mano y en posición. El monstruo caído y destrozado tenía una flecha mágica clavada en el pecho de color morado, las plumas del proyectil que lucían de cristal eran grandes, parecían de pavo real.

El rostro de ella lucía concentrado, sus ojos grises letales.

Ah, cuánto amaba su lado sanguinario.

Salté de mi lugar, sobrevolé el campo de batalla y caí de pie junto a mis amigos.

— ¡Gladiolo!—gritó Zelkova llamando nuestra atención. Como si pudiésemos olvidar quién era la diva del baile— ¡Tilia! ¿¡Creyeron que podían alejarse de nosotros!? ¡Que con solo llamarse de otra manera o actuando diferente van a dejar de ser quienes son! ¡Yo sé quiénes son! ¡Yo los cree! ¡Jamás van a dejar de ser lo que yo les hice! ¡Lo que nosotros les hicimos! ¡Son hefestos! ¡Son míos! ¡Ahora luchen por su rey!—

Del pecho de Serbal ya estaba saliendo el alquitrán y la lava, arrastrándose por su brazo izquierdo. Y Tilia estaba tirada en el suelo, con

las piernas paralizadas por estar cubierta de esa cosa.

Serbal miraba a Zelkova con pura ira y venganza, respirando agitadamente, mientras que con su mano libre intentaba con desesperación arrancarse la cosa que se le arrastraba por el cuerpo. Tilia estaba en posición fetal gimiendo del dolor.

—¡No! ¡no! ¡no!—gritó Sirio. Dio dos pasos antes de que un monstruo llegara de la nada, abanicara en el aire su brazo y lo golpeara de lado, tirándolo a unos metros de distancia.

—¡Sirio!—exclamé.

Corrí hacia él y caí de rodillas, revisando que estuviera bien. Sirio quedó acostado, movió la cabeza hacia un lado, sus ojos azules me miraban con impotencia y llenos de pena.

—No la puedo perder—sollozó. Negué con la cabeza e intenté sonreírle para hacerle saber que no la iba a perder. Pero creo que me salió una fea mueca porque sollozó de nuevo. Con el cuerpo y corazón agotados me enderecé y miré hacia mi costado.

Melia y ella estaban peleando espalda con espalda contra los monstruos que llegaban y atacaban, que para ser enormes y lentos provocaban un gran daño. Si bien las armas que tenían les permitían herirlos eran muchos y ellas ya estaban agotadas.

Entonces mi esposa se detuvo, miró a su alrededor una vez más con el rostro atormentado y desesperado, hizo desvanecer su arco y corrió hacia el otro lado. Melia se estaba defendiendo del ataque de un monstruo, pero la vio y le gritó confundida.

Ella se detuvo en un parche bastante liberado de la destrucción.

Y comenzó a sacarse las botas.

Me enderecé otro poco y fruncí el ceño.

Sirio se sentó, agotado. Y dirigió la mirada hacia donde yo la tenía.

— ¿Qué está haciendo?— me preguntó.

—Seguramente algo que no me va a gustar—le respondí poniéndome de pie.

Ya descalza se agachó y frente a ella, con los pies firmes en el pasto, apoyó las manos en el suelo. Cerró los ojos y comenzó a mover los labios, al mismo tiempo que empecé a agitarme, nervioso, di un paso hacia ella,

pero me detuve cuando abrió los párpados y dejó de murmurar.

Elevó los ojos grises hacia mí.

Y supe que lo que estaba haciendo definitivamente no me iba a gustar porque me miró con una disculpa.

Entonces, los cerró otra vez y frunció el ceño, como distraída con otra cosa.

Los cientos de monstruos rugían, y pisaban, y rompían a nuestro alrededor. Tilia y Serbal gemían del dolor. Melia golpeaba y golpeaba rocas sin poder avanzar. Sirio y yo estábamos tan cansados que el cuerpo no nos respondía, ya no solo no podía crear mi armadura ya tampoco aparecía ninguna arma en mi otra mano libre o un escudo. Es más miré mi alabarda sorprendido de que no se hubiese desvanecido. A un costado de nosotros el nuevo escudo de Sirio todavía estaba completo.

Algo más estaba ocurriendo con nosotros.

Y algo que sumamente no me iba a gustar estaba haciendo mi esposa.

Capítulo 23

Capítulo 22: Una estampida de luciérnagas.

Sirio

El viento se levantó llevando de un lado a otro, ramas y piedritas. Todavía sentado y medio derrotado miré…

Como el viento fue envolviendo a Alelí.

Ella se puso de pie todavía con los ojos cerrados, sus pies se despegaron del pasto, elevándose en el aire. Flotando cada vez más arriba su cuerpo parecía aletargado, dejándose llevar. Se detuvo sobre nosotros, el cielo cubierto de estrellas se fue cubriendo de densas nubes primero grises, luego moradas y negras, con la cabeza hacia atrás extendió los brazos.

Un ruidoso trueno nos hizo temblar desde adentro.

Cruz a mi lado se estremeció por completo, la miraba aterrado. Por ella.

Ella enderezó la cabeza y abrió los ojos.

Ojos completamente blancos.

Giró la cabeza hacia un lado. Elevó su brazo e hizo un círculo en el aire.

El suelo tembló, obligándonos a mantener el equilibrio. Un ensordecedor crujido acompañó el rugido de las bestias y los nuevos gritos. En medio del jardín la tierra se abrió, se rompió, y del abismo emergieron garras letales. Ella movió el brazo hacia la izquierda y esas garras, que entonces me di cuenta eran raíces con el extremo en un punta afilada, se doblaron y cayeron como flechas mortales sobre el pecho de una de las bestias de piedra.

Atravesándolo.

El alquitrán y el magma salpicaron por todos lados desde adentro de la bestia.

Derribándolo.

El suelo volvió a temblar, abriéndose desde un costado del castillo y otro abismo del otro lado del escenario de Zelkova.

Una vez más todo se suspendió en el tiempo por un segundo inmortal.

Y entonces el grito roto del enemigo.

— ¡Aaaaaaaataaaaaaaaqueeeeen!—exigió Zelkova desde su escenario.

Su rostro ya no estaba…en control. Sus emociones estaban por todos lados cuando su pelo castaño se soltó de su colín, cubriéndole la cara por un segundo antes de apartárselo con molestia.

Las bestias de piedra levantaron su pesada pata y gimieron dirigiéndose hacia ella.

Pero ella estaba por encima de ellos. Por encima de todos.

Tenía el poder de los dioses.

Extendió su otro brazo hacia arriba y abrió la mano. Una lluvia con gruesas gotas cayó de repente. Ese mismo brazo lo bajó y lo movió hacia la derecha.

La lluvia dejó de caer y…comenzó a moverse. Reuniéndose en masas de agua. Ella movió el brazo hacia la izquierda y esas masas de agua atacaron a unas cuantas bestias, metiéndosele por la boca, provocando que se detuvieran en su sitio y empezaron a largar vapor por lo huecos de su cuerpo de lava endurecida. Uno a uno se estaban apagando. Y de a poco se desarmaron, cayendo sobre sí mismo en escombros.

Luego con ambas manos imitó como si sostuviera una pelota, despegó un brazo, tomó impulso hacia atrás y lanzó ese algo invisible hacia un monstruo cerca de ella. Una ventisca de la fuerza un tornado golpeó al monstruo y se lo llevó volando.

Los otros cientos de bestias de piedra que quedaban seguían dirigiéndose hacia ella. Alelí entonces caminó en el aire, como una bailarina etérea con sus pantalones marrones manchados de sangre y tierra, los pies descalzos, la blusa color manteca ensangrentada y ahuecada en el pecho. Sus ojos blancos, inhumanos, y la rapada de soldado. Descendió con delicadeza sobre uno de los monstruos que ni tonto ni lento manoteó hacia ella.

Subestimándola.

Una de sus manos se volvió un puño y enrojeció como si hubiese estado en un horno a temperaturas extremas. Levantó el puño sobre la cabeza del monstruo y lo apuñaló, metiendo su mano entera dentro.

El monstruo abrió grande la boca y comenzó emanar alquitrán, un rio espeso cayó por su pecho de piedra hasta caer y quemar el pasto. También por los huecos parecía que se le escapaba todo lo que llevaba adentro. Mientras tanto las masas de agua, las garras de raíces y las pelotas invisibles de tornados seguían atacando por si solas, obedeciendo a su creadora.

Me arrodillé con mis piernas temblorosas, gateé unos pasos hasta que pude enderezarme. Mi amigo todavía la miraba, hipnotizado. Apoyé mi mano sobre su hombro.

—Cruz—lo llamé.

De a poco despegó su vista verde y me miró, asombrado y ligeramente en pánico.

Sonreí un poco.

—Hay que ayudarla—le dije.

Asintió despacito cada vez más convencido. Parpadeó, la miró y apretó los labios.

—Vamos con los demás—dijo balanceando su alabarda nueva.

Miré a mi alrededor, troté hacia mi escudo. Era enorme, pero sumamente ligero.

Una nueva bestia cayó a lo lejos.

Cruz y yo nos miramos con las mismas dudas y preguntas sobre qué mierda estaba pasando.

Pero no había tiempo.

Trotamos hacia Tilia y Serbal. Melia ya estaba encima de Ser intentando a ayudarlo a rascar la maldición de su brazo izquierdo. Cruz fue con ellos mientras yo estrellaba mis rodillas al lado de Tilia, tomé su rostro entre mis manos, frenético.

Ella abrió apenas los ojos, todavía gimiendo del dolor, apretándose el estómago con los brazos. Sus hermosas piernas estaban cubiertas por esa

cosa viscosa e hirviendo que se endurecía.

Sin saber que hacer intenté quitarle esa cosa con mis manos, pero era como intentar cavar en la roca. Me rompí las uñas y me sangraron los dedos, pero no me detuve.

—Sir—murmuró. Elevé la mirada, deteniéndome un momento. Ella me veía resignada.

Negué con la cabeza.

—Vamos, Tili, peleá. Peleá, Tili—

—Tiene razón, Sir, no importa lo que haga, siempre voy a ser lo que él creó—

Negué, negué, negué una y otra vez mientras volvía a rasguñar sus piernas, rompiéndome las uñas.

—No. Sos lo que vos querés ser, Til, puede que te sientas perdida, y furiosa, puede que a veces sientas envidia, o rencor…eso no te convierte en mala persona. No sos mala. No podés permitir que tus errores determinen quién sos, o las cosas espantosas que alguien más te hizo. Podés elegir, podér cambiar, podés hacer todo mejor ¡Luchá, Tilia!—grité desesperado y agotado. Me detuve con las manos destrozadas. No había logrado cambiar nada. Sus piernas seguían cubiertas con esa cosa dura.

Mi escudo.

Tomé mi escudo que había dejado caer a un lado.

—Siri—me nombró mi amor.

La miré, solté el escudo y tomé su rostro entre mis manos rotas. Ella lloraba sin dejar de mirarme, como buscando algo o no entiendo algo. Con mis hinchados y sangrantes pulgares le sequé las lágrimas en las mejillas. Solo quería…quería ella viviera.

Miré sus tan hermosos ojos marrones. Ojos vivos. A los ojos que amaba.

—Creo en vos. Siempre voy a creer en vos—le murmuré. —Vos también deberías—

Tilia me miró por un momento, un torbellino de emociones ocurrían detrás de sus pupilas. Tomó mis muñecas y cerró los ojos, derramando más lágrimas. Arrugó las cejas, concentrada. Y entonces los abrió, sorprendida. Miró hacia nuestra derecha, desvié la vista hacia sus piernas.

Piernas libres.

Como tierra reseca esa cosa cayó a su alrededor, liberándola.

Liberándose a sí misma.

Escupí una risa alegre y lágrimas saltaron al mismo tiempo.

Encontramos nuestras miradas. Y reímos y lloramos.

Y la besé.

La besé tanto. Porque estaba muy orgulloso de ella.

Nos apartamos con la respiración agitada, todavía riendo un poco.

— ¿Serbal? ¿Dónde está Serbal?—dijo Tilia bajando del subidón, preocupada.

—Ah, listo, vos no necesitás ayuda—escuché a Cruz.

Miré sobre mi hombro.

Melia estaba sentada sobre Serbal.

Y lo besaba como si no necesitaran oxigeno.

Del brazo izquierdo, donde él tenía esa cosa arrastrándose, caía una arenilla negra.

Fruncí el ceño.

—Pude haber usado su método también—murmuré.

Tilia rio sentándose. La miré sintiendo que algo se me liberaba en el pecho, expandiéndose por todas partes de mi cuerpo.

Un agotado y por demás de herido cuerpo.

Exhalé, sintiendo esos prometidos moretones por todos lados a medida que la adrenalina bajaba.

Tilia y yo nos levantamos sosteniéndonos del brazo del otro.

Me agaché un segundo para tomar mi escudo.

— ¿Y eso?—señaló Tili.

Negué con la cabeza pesada y sin ganas de pensar más.

Un nuevo gemido laaaargo de otra bestia cayendo a lo lejos.

Alelí seguía caminando en el aire. Sus masas de agua, las garras de raíces y las pelotas invisibles de viento seguían atacando a las bestias de piedra.

Pero había cientos, algunos habían logrado librarse y habían llegado a los costados del castillo martillando con ambos puños las paredes, trozos enormes caen levantando polvo de tierra y escombros.

Cruz la mira con una arruga entre las cejas y los nudillos blancos sosteniendo el mango de su alabarda.

—Mirala vos, jugando sola—dijo Melia acercándose al lado nuestro, si bien su voz aparentaba tranquila la miraba con clara preocupación. Serbal a su lado tenía la misma arruguita entre las cejas.

— ¿Cómo siquiera está haciendo eso?—dijo Tilia despacito. Apreté los labios, largando un suspiro por la nariz.

Melia golpeó entre sí los nudillos de sus guanteletes negros, había notado que también eran capaces de herir a las bestias.

—Propongo probar estos nuevos juguetes, a ver qué tanto son de útil—dijo dando dos pasos y saltando.

—No le digan que estuve de acuerdo—dijo Cruz sobre su hombro, luego saltó.

Serbal sonrió un poco, extendió una mano, hizo aparecer una espada y salió corriendo a toda velocidad, levantando tierra a sus costados.

Tilia y yo nos miramos de lado y sonreímos cuando nos dimos cuenta que se nos ocurrió lo mismo.

Saltamos al mismo tiempo y sobrevolamos un monstruo que columpiaba sus brazos a los costados.

No creo que ese haya tenido muchas expectativas para su vida.

Caí enfrente de él mientras Tilia caía detrás.

Ella comenzó a lanzar sus favoritas: bolas explosivas. La bestia gimió confundido y empezó a manotear, levanté mi escudo. El primer impacto apenas si me afectó, estaba entendiendo que el mismo escudo absorbía la mayoría de la energía de los golpes.

Tilia y yo nos movíamos alrededor de él cada vez que se movía, girando en eje una danza loca, buscando a su atacante.

Entonces nos detuvimos, agitados, cuando la bestia movió los hombros…sin brazos. Tilia hizo aparecer una daga en cada mano, saltó y sobre él las lanzó, apuñalando ambos ojos. La bestia rugió, tropezó y cayó hacia atrás, derribando un árbol.

Levanté el escudo, listo para más ataques, pero me relajé a los pocos minutos que la bestia no mostraba signos de movimiento. O de vida.

Me acerqué con cautela a su rostro.

De los costados de las dagas en las cuencas de sus ojos rojos emanaba ese alquitrán humeante, marchitando la naturaleza al tocar el suelo.

Fruncí el ceño y en la oscuridad intenté discernir mejor la forma de esas dagas. Lucían diferente a las de siempre.

—Siri—dijo Tilia a los pies de la bestia. Inmediatamente me aparté y caminé hacia ella sin perder de vista algún movimiento de la bestia.

Miré a mi amor al mismo tiempo que ella levantaba ambas manos con nuevas dagas mágicas.

Nuevas, nuevas, dagas.

Éstas eran de filo amarillo y el mango mostaza.

Tilia y yo nos miramos a los ojos.

A nuestro lado cayó otra bestia.

— ¡Ese es mi hombre!—escuchamos a Melia gritar. Serbal miraba con los ojos bien abiertos a lo que sostenía con ambas manos. Un martillo gris del tamaño de un niño con el mango de madera, completamente tallado con un viñedo.

Lo levantó con una mano como si fuese una ramita.

—Si crees que vamos a empezar a medirnos cosas, estás muy equivocada—le grité a Melia. Tilia a mi costado largó una carcajada, a lo

lejos sentí el eco por parte de Melia.

Serbal apoyó el mango de su martillo sobre su hombro sin dejar de mirarlo asombrado.

Si había alguna cosa que le faltaba para lucir todavía más intimidante era un martillo imposiblemente inmenso.

Miré sobre mi hombro, a lo que todavía nos faltaba.

Las bestias habían disminuido.

Vi a un par de valientes soldados ayudar a los heridos, cuando me di cuenta que eran Protea y Loto. Una de las soldados lastimadas gritó sorprendida, estaba empapada, y miró hacia arriba. Entonces, ellos y yo miramos todo el cielo, porque las masas de agua mágicas de Alelí estaban cayendo. Moví la cabeza hacia uno de los abismos notando que varias garras de raíces habían caído como enredadera arrancada y las otras se movían debilitadas.

Busqué en el cielo a mi amiga.

Alelí todavía estaba en el aire y se había movido hasta quedar enfrente del escenario, sus movimientos al caminar eran pesados. Tan cansados.

Entonces se detuvo.

Y cayó.

A mi lado pasó una ráfaga.

Cruz corrió como nunca lo vi correr antes. Saltó en el aire y a tres metros de altura logró atraparla. Cayó al suelo primero de pie y luego de rodillas.

Nadie sabía en ese entonces lo que ella hizo, solo que nos salvó a todos.

— ¡Imbéciles!—gritó Zelkova.

Zelkova Iznaga seguía sobre su escenario, con su traje verde inmaculado. Nada de toda esa masacre logró alcanzarlo. Su pelo castaño liberado del colín estaba todo parado y duro. La luz fantasma también seguía ahí, sentada en el suelo al lado del girasol, mirando todo con una triste calma.

— ¡Esto es su culpa! ¡El mundo debe cambiar! ¡Yo tengo la verdad! ¡Sé cómo lograr un mundo mejor!— se detuvo mirando todo el campo de batalla de un lado a otro, le tembló el inferior—Menos roto—dijo.

Exhaló enderezándose, escondiendo sus emociones bien adentro. Intentó aplastar un costado de su pelo, pero este volvió a su lugar.

—Pero veo que no lo entienden—dijo y tragó. Intentó acomodar su pelo salvaje y tieso a los lados una vez más con el mismo resultado—Nunca van a entender—declaró.

Solo entonces noté que en medio de su rostro largo y flaco subía humo blanco.

Un punto ardiente en la tela de su pecho, de ahí salía el humo. El punto negro comenzó a expandirse creando una mancha chamuscada negra.

Zelkova cerró los ojos con fuerza y gimió de dolor, después hizo la cabeza hacia atrás y largó un largo y profundo grito mientras extendía los brazos. Esa cosa viva, pero muerta, ardiente, se escapó de su pecho y se arrastró como un parásito por todo su cuerpo, burbujeando cada vez más y más grande cuando llegó a sus hombros incendió la capa, cayendo detrás de él chamuscada. El cuerpo mortal de Zelkova estaba cubierto completamente por ese magma, iluminaba todo el escenario. Todo ese calor quemó la alfombra y la madera del escenario, la masa de magma cayó de pie y caminó hacia adelante, incendiando la madera. Atravesándola.

Enfrente de ella comenzó a crecer. Y a crecer. Y a crecer.

Empujando y derribando el escenario hacia atrás, tirando el…el cuerpo de Ébano y el girasol. A la luz fantasma.

Llegó a la altura entera y completa del castillo y del ancho de al menos diez hombres…una criatura de alquitrán, lava seca y miasma. Abrió los ojos, mostrando su rojo furioso. Debajo de ellos la piedra se trisó y se abrió.

Y el monstruo que alguna vez fue Zelkova escupió su espeluznante rugido.

Era nuestra perdición.

En algún lado escuché a Lira gritar: — ¡Corran! ¡Salvensé!—

Tomé la mano de Tilia y comencé a correr hacia el castillo.

Zelkova rugió, aturdiendo nuestros oídos, y luego el temblor de sus pasos, haciéndonos tropezar sobre el ya arruinado jardín con sus escombros y cráteres.

Miré sobre mi hombro deteniéndome un poco a tiempo para ver cómo Zelkova levantaba un masivo brazo y lo bajaba con todo su peso por un

lado del castillo. Con una sola de sus piernas aplastó una estatua de Zuza.

— ¡Corran! ¡Corran!—gritaba Cruz hacia todos lados. Su mano agarraba fuerte la mano de una muy pálida y agotada Alelí, que se tropezaba detrás de él.

Una sombra cortó la luz de la luna sobre nuestras cabezas.

Un costado entero del castillo nos sobrevoló y cayó de lleno donde habían estado las puertas de cristal. Tapándonos el paso.

Encerrándonos al aire libre.

Noté un rugido, luego otro, a lo lejos.

Sentí que la sangre se me drenaba del rostro cuando entendí que en la ciudad había monstruos también. Destruyendo la ciudad. A gente inocente.

Tilia se dio vuelta instándome a hacer lo mismo.

La bestia de Zelkova nos seguía con sus largas y enormes piernas de roca.

Rugió sobre nosotros. Proclamando su victoria.

Era el fin.

Íbamos a ser aplastados en un jardín destruido.

Miré hacia mi izquierda. Cruz y Alelí, cansados y sudorosos. Melia y Serbal estaban bastante heridos. A mi derecha Protea y Loto se miraban a los ojos, despidiéndose. Y Lira tenía los ojos cerrados, con las mejillas llenas de lágrimas.

— ¿Qué es eso?—dijo la voz cansada de Alelí y señaló a Zelkova que se acercaba cada vez más, enjaulándonos.

Y lo vi.

El bosque iluminado desde adentro, en movimiento. La luz explotó desde la oscuridad, nadando en el aire por el claro y las ruinas del jardín. Una estampida de luciérnagas estaba detrás de Zelkova, acercándose a nosotros a una velocidad increíble.

Como una ola estrellando contra un acantilado lo rodearon y deslizaron

hacia nosotros.

No eran luciérnagas en absoluto.

Eran nuestras luces fantasmas.

Las luces se detuvieron, quietas a nuestro lado, y al igual que con Genoveva había una luz mayor que la rodeaba pequeños puntos iluminados.

Iluminándonos a todos el costado.

Las luces se estiraron y tomaron forma humana.

Formas de personas.

Miré atentamente a la luz que estaba a mi derecha, hipnotizado con la aparición.

Cuando la luz fantasma me miró a los ojos comencé a llorar.

Porque era mi padre.

Sus ojos azules, los que yo heredé, sonrieron y también se humedecieron. Movió la boca y me desesperé un poco, porque mis emociones estaban por todos lados y yo quería saber lo que me decía. Él siempre me decía lo que yo necesitaba. Pero no podía escucharlo, tampoco lo pude entender. Pasé el dorso de mi mano por debajo de mi nariz, limpiándome.

—Yo también te amo—le dije con la voz rota. No porque realmente supiera lo que él me decía, sino porque era algo que yo quería decirle.

Sonrió y puso su mano sobre mi hombro.

Me sobresalté un poco, se había sentido como un pase de electricidad. Pero entonces el cuerpo dejó de dolerme un poco, pude respirar más profundo.

Me sentí un poco más tranquilo.

Abrí los ojos, dándome cuenta que los había cerrado.

Miré de nuevo a mi alrededor.

A los soldados iluminados de costado por su luz fantasma, con su mano brillante sobre uno de nuestros hombros. Todos con lágrimas en los ojos y las mejillas. Algunos sonreían apenas. Otros inhalaban como si al fin

pudieran recibir el aire.

Tilia soltó mi mano y la miré. Una mujer luz fantasma, con el pelo rapado, vestía una blusa azul de seda y pantalones negros elegantes, estaba a su lado con la mano en su hombro. Con la mano que me había sostenido Tilia creó un arco, un arco blanco y amarillo, diferente al que ella usualmente convocaba, y sacó una flecha mágica de su hombro.

La imité y miré a mi alrededor que todos estaban haciendo lo mismo.

Pusimos la flecha en nuestro arco y tensamos hacia atrás.

Apunté hacia el pecho del monstruo.

Y disparé.

Cientos de flechas volaron junto con la mía, todas del mismo color.

Y cayeron sobre el monstruo.

Iluminándolo. Me cubrí los ojos con el dorso de mi brazo.

Rugió una última vez, sacudiendo la tierra y los cimientos del castillo, tambaleando los arboles y nuestros pies.

Cuando la luz se apagó, dejándonos al cobijo de la luz de la luna y las luces fantasmas, solo hubo silencio.

Capítulo 24

Capitulo 23: Gracias

Melia

Las nubes grises en el cielo oscuro se despejaron de a poco.

Di un paso hacia adelante, el ruido pisando los escombros del jardín reverberó hacia todos lados, el olor a carne quemada permanecía y honestamente dudé que alguna vez se fuera.

Miré hacia mi lado.

A Gardenia.

Le sonreí enorme y me largué a reír. Una carcajada pura y aliviada, también creando un eco en el silencio.

Todos de a poco avanzamos unos pasos y miramos a nuestro alrededor.

Salté sobre Gar, abrazándola. Ese choque de electricidad me golpeó de nuevo, y lo recibí con alegría. Su cuerpo de luz fantasma no era completamente corpóreo, no era carne lo que yo sostenía, sino algo más blando. Como una almohada.

Me aparté, riendo y llorando.

Miré a mi lado, a Serbal siendo abrazado, envuelto por ambos lados, por Lunaria e Hibiscus.

Cruz tenía a Rosa, su madre, envuelta en un abrazo de oso. Ícaro, su padre, los miraba con una sonrisa y los ojos húmedos. Prunus de brazos cruzados a su lado reía y se limpiaba sutilmente el costado del ojo.

Lira acariciaba la mejilla de un hombre alto y fornido mientras sostenía la mano de un muchacho con una contagiosa sonrisa.

Protea era regada con besos en el rostro por Yacoana y Aleix, cada uno en un lado de su cara, haciéndola reír mientras lloraba.

Loto tenía a Belladona entre sus brazos y se mecían suavemente.

Alelí estaba entre los brazos de Ébano.

Un Ébano hecho de luz.

Ella lloraba y lo sostenía entre sus manos por todos lados, como si eso le impidiera irse.

Ébano la soltó, tomó su rostro entre sus manos y le secó las mejillas con los pulgares. Giró la cabeza hacia donde estaban Serbal, Lunaria e Hibiscus y movió la boca, diciendo algo que llamó la atención de Hibiscus y Lunaria. Se movieron hacia un lado, con un brazo todavía sobre los hombros mi hermoso y amado Serbal que no podía dejar de sollozar y secarse las mejillas con las palmas abiertas. Alelí miró a Ébano con las pestañas mojadas, él la tomó de los hombros y la empujó un cachito hacia adelante. Alelí dio un paso, y luego otro. Lunaria la tomó de un brazo y la atrajo a su abrazo familiar.

Los cuatro permanecieron un largo rato así.

Ébano encontró mi mirada detrás de ellos. Incliné mi cabeza y me limpié una lágrima que se me escapó por el costado.

—Ay, Eb—le dije moviendo solo la boca. Una lágrima cayó de sus ojos azules y sonrió con los labios temblando. Ya no llevaba puesta la armadura, sino la simple ropa que un soldado lleva debajo. Su piel morena parecía rejuvenecida.

Una estrella fugaz pasó por nuestro lado y cayó sobre los Moreno.

Pinus se estrelló contra ellos, abrazandolos a todos con una enorme sonrisa de labios cerrados. Los cuatro se enderezaron y miraron a Pinus metiéndose en su abrazo. Todos rieron y lo incluyeron.

Reí y miré a Gardenia a mi lado que negaba con la cabeza con una pequeña sonrisa.

Gardenia dijo algo dirigiéndose hacia ellos, las luces fantasmas se enderezaron y la miraron. Lunaria e Hibiscus se miraron y se dijeron algo. Lunaria miró sobre su hombro y pareció que gritaba. Yacoana dejaba el rostro de Protea para prestarle atención, hizo un puchero triste, pero asintió y gritó algo para todos.

Cada luz fantasma se separó de su ser querido, estirando el abrazo y las miradas, y se reunieron delante de nosotros. Gardenia apretó mi mano, sus ojos verdes me miraron con atención. Y amor.

Nuevas lágrimas cayeron de mis ojos y le besé la mejilla.

—Gracias. Por todo—

Gar negó con la cabeza con su pequeña sonrisita. Me besó las manos y de a poco me fue soltando mientras daba unos pasos hacia atrás. Miró sobre su hombro, me miró y señaló hacia atrás. Fruncí el ceño y dirigí mi mirada. En el cráter negro donde estuvo Zelkova estaba Genoveva arrodillada, sostenía entre sus manos una luz fantasma…una luz fantasma negra. La miraba con tanta pena.

Zelkova.

—Vení—me dijo Lira apareciendo a mi lado y comenzó a caminar. La seguí hacia Genoveva. Cuando nos acercamos ella levantó la vista y nos tendió la pelota de luz corrompida. Lira tomó un bolsito que colgaba a su lado y de él sacó una botella verde media mugrienta. Le sacó el corcho y una ventisca casi la empuja hacia el suelo, la agarré de la cintura, ayudándola a mantener el equilibrio. La vi sostener la botella con fuerza y dirigirla hacia la luz fantasma corrompida y la ventisca la absorbió. Lira inmediatamente la tapó.

La solté exhalando, aflojando los hombros.

Ahora sí, todo había terminado.

Me enderecé a tiempo para ver a Genoveva unirse a las demás luces fantasmas, agrupándose, yendo hacia al bosque, algunas como una pelota de luz rodeada de pequeñas lucecitas, otras todavía lucían como personas.

El cielo se estaba aclarando por el horizonte, dando lugar a un nuevo día.

A lo lejos noté a Ébano rodeado por Yacoana de un lado con su brazo sobre sus hombros y Lunaria del otro tomando su mano. Yacoana dijo algo que los hizo reír a los tres y siguieron caminando hacia la oscuridad del bosque. Su luz desapareciendo entre los árboles.

Capítulo 25

Capítulo 24: No los puedo abandonar

Cruz

Moví el cuello hacia un costado, comenzando a sentir la molestia que la falta de magia provocaba a mi cuerpo.

Todos estaban en el angosto living de la casa de Ébano y Alelí en el otro mundo.

Margarita y Dalia tenían a Protea en el medio de ellas sentadas en un sillón largo, una o la otra siempre la estaba acariciando, como asegurándose de que realmente ella estaba ahí.

Enfrente de ellas en el otro sillón en una esquina estaban Sirio y Tilia, ella sentaba sobre su regazo y la cabeza en el hombro de Sir, él cada tanto le besaba la frente. A su lado, en la otra esquina del sillón, estaban Serbal y Melia uno al lado del otro, él recostado ocupando casi todo el sillón con la cabeza en el hombro de ella y con las manos tomadas sobre sus piernas. Loto estaba sentado sobre un brazo de un sillón. Lira trajo una silla de la cocina y se ubicó a un costado, con los brazos cruzados y una pequeña tranquila sonrisa. Todos miraban hacia su derecha donde enfrente del televisor a Alnus y Quercus, extasiados, contaban sobre cómo llegaron las mujeres aves y su batalla contra ellas.

La puerta del jardín se abre, apareciendo Serafín en el marco.

— ¿Acaso pensás entrar o tenés un nuevo gusto espeluznante con espiar a las personas?— dijo caminando hacia mí y cerrando la puerta detrás de él.

—Se dice “contemplación de un grupo de gente”—le respondí sonriendo de lado. Sera exhaló una sonrisa y no la escondió. Se puso al lado mío y miró conmigo a través de la ventana.

— ¿Qué pasa?—dijo después de un rato. Lo miré, subí y bajé los hombros.

— ¿Qué pasa con qué?—le respondí.

—Estás haciendo ese suspiro con puchero, eso quiere decir que querés decir algo pero no te animás—

Suspiré de nuevo sacando mi labio inferior. Le fruncí el ceño. Suspiré de nuevo cruzando los brazos.

—Vi a Rosa—le dije.

Lentamente, Serafín movió su cara hacia mí, completamente inexpresivo. Desvié la vista hacia el suelo. Después de que todo terminó nos quedamos un par de días en Aeternum para ayudar a…limpiar un poco y revisar todo en la ciudad, que también había sido atacada por los monstruos de piedra. Todo el mundo contó como bombas de humo explotaron por todos lados provocando que la gente se convirtiera en esas bestias.

Todavía quedaba revisar el resto del país.

Habíamos vuelto esa misma mañana para dar la noticia de la victoria. Ninguno de nosotros todavía contó cómo fue esa batalla final, simplemente que la guerra había terminado.

Pisé el pasto con el talón de mi pie descalzo.

—No pude escucharla, pero la entendí—le dije luego, hinché el pecho con aire—Dijo que te dijera que te amaba—elevé los ojos y me congelé.

Todo el borde de los ojos verdes de Serafín estaba inundado con lágrimas.

Sentí mis propio labios temblar, mordí el inferior y me obligué a continuar.

—Y algo…—me detuve cuando la voz me tembló, carraspeé—Y algo sobre un barco, creo que dijo que no lo dejaras—

Serafín amortiguó su sollozo tapando su boca con una mano. Miró hacia cualquier otro lado.

—Y papá también estaba, a él no le entendí, pero sonreía mucho—

Y Prunus. Prunus sonriendo. Feliz y a salvo. Pero no dije eso, porque todavía lo estaba procesando.

Mi hermano entonces me miró con el ceño fruncido. Tragó, pero no quitó la mano de su boca.

— ¿Cómo…? ¿Por qué?—murmuró con la voz amortiguada por su palma. Cerré los ojos. Ni siquiera yo, que estuve ahí, podía entender cómo o por

qué.

— ¿Tiene sentido lo del barco?—le dije en cambio de una respuesta. Serafín se cruzó de brazos y miró el pasto.

—Sí, hace…un tiempo planee ir a las islas Nessa—respondió sin mirarme. Subí las cejas—A pesar de que había un inmenso porcentaje de que sus habitantes fuesen caníbales, yo quería ir—subió la vista y exhaló otra sonrisa, casi rio, cuando miró mi cara—Sí, no soy ninguna clase de aventurero fuera de los libros, y por una cosa y otra lo fui postergando. A pesar de renunciar al ducado de nuestro padre, Imelda nunca cortó lo que me correspondía en su herencia, todavía lo tengo ahí, medio pudriéndose ya, pero podría restaurarlo…supongo—

Asentí con la cabeza antes de darme cuenta.

—Sí, deberías…podríamos ir todos. Los nesses nos conocen, no creo que te coman si te ven con nosotros—

Sera sonrió de medio lado y me miró con diversión.

—Ya me contó que no son caníbales—

—Ah, se me adelantó— fingí que me quejaba.

Mi hermano sonrió por un segundo antes de ponerse serio.

— ¿De verdad…de verdad la viste bien?—murmuró, como si no estuviera seguro de querer preguntar.

Asentí y le sonreí un poco.

—Sí, estaba bien. Hermosa. No está enojada…ni te culpa, Sera—

Los ojos de Serafín volvieron a humedecerse, inhaló por la nariz y se pasó el dorso de los dedos por la nariz.

—Bueno—exhalando despacio, con el labio temblándole. Se enderezó con los brazos cruzados y miró hacia la ventana.

Apreté los labios ocultando mi sonrisa, sobre todo porque esa última trompada de Mirach me lo rompió y todavía tenía los puntos puestos. Ese pedazo de mierda no se fue sin dejarme un recuerdito. Miré hacia la ventana.

— ¿Cómo está…?—dijo después de un rato tranquilo.

Suspiré y miré hacia el pequeño balcón del cuarto de nosotros.

—Sigue ensimismada. Tengo suerte si dice una oración completa al día—

Sera asintió, comprendiendo.

La muerte de Ébano nos rompió a todos, pero a ella la destrozó por completo. Desde que huimos de Refuge hasta ese momento de nuestras vidas tuvimos que pasar por una barbaridad de cosas que nos cambiaron en alguna medida, pero la ausencia de Ébano oscureció para siempre algo muy importante en ella.

Cuando volvimos a Refuge y nos enteramos que…Calathea había muerto, lo primero que hizo mi esposa fue correr hacia los gemelos y desde ese entonces ella nunca se separó de ellos. Silene y Cyperius todavía estaban desaparecidos, junto con Mari, la tan rara oráculo. En algún momento entre la muerte de la superiora Zafiro, y que todas las mujeres aves como consecuencia volvieran a Ponto ya que al fallecer su líder sus órdenes quedaban nulas, y ordenar todo el desastre ocurrido, ellos simplemente se fueron.

Volví a suspirar, todavía tan cansado.

—Ya vengo—le dije. Y entré a la casa. Al pasar por el living asentí hacia todos y subí las escaleras.

A la derecha, la que fue la habitación de Ébano, no había puerta. Miré el suelo donde quedaba desvanecido manchas de sangre. Tragué saliva y amortigüé por un momento la pena. Al acercarme más la escuché a ella murmurándoles algo a los bebés.

Reprimí mis ridículos celos de que al menos a ellos sí les hablaba.

Me asomé por el marco y la vi sentada de piernas cruzadas a los pies de la cama matrimonial. Aurora y Ocaso estaban frente a ella, en el medio de la cama, sus piernitas pateaban al aire cada tanto y miraban todo con los ojos abiertos.

La escuché sorber por la nariz y la miré mientras me inclinaba y me apoyaba en el marco de la puerta. Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos grises estaban…tan, tan tristes. Temí que nunca pudiera curarle la tristeza.

—No los puedo abandonar—me murmuró con la voz rota.

Tragué el nudo en mi garganta y caminé hacia ella. Me detuve a su lado y miré a los bebés manotear el aire con sus bracitos. Puse mi mano sobre uno de los hombros de mi esposa y acaricié con el pulgar, sintiendo bajo

la tela las puntas de sus cicatrices. Bajé la cabeza y apoyé mis labios sobre su frente por un largo rato hasta que la sentí llorar despacito y relajar el cuerpo al mismo tiempo.

Con la otra mano tomé su mejilla y la insté a que me mirara.

Sus ojos grises lloraban. Una fuente interminable de lagrimas caían hacia los costados, su nariz y sus labios estaban rosados. Su piel, ya de por sí blanca, estaba pálida. Bajo sus ojos tenía ojeras y creo que hasta estaba baja de peso.

Era tan hermosa.

La mujer más hermosa que había visto en mi vida.

Pero quería con todas, todas, mis fuerzas volver a verla sonreír.

—Sirio y Serbal ya pusieron un par de cunas en nuestra habitación—le revelé. Mientras Protea se había llevado a las muchachas para control de daños inmediatos en la ciudad de Cardis, le dije que nosotros íbamos más tarde. Y entre los tres buscamos un par de cunas que nadie usaba. Encontramos un par en un cuarto viejo. Las limpiamos y desinfectamos y las pusimos en el cuarto de ella y mío.

El rostro de mi esposa se arrugó por un momento, aguantando el llanto.

— ¿En el castillo?—quiso confirmar.

—En el castillo—

Se largó a llorar tomando mi remera del pecho. Me senté a su lado y la abracé fuerte.

Capítulo 26

Capítulo 25: Los seres queridos nunca te abandonan

El excapitán giró el rostro y miró el salón casi lleno. Caritas de todas las edades lo miraban con los ojos abiertos y lágrimas.

Suspiró profundamente al mismo tiempo que apretaba su agarre en su bastón.

—No sé qué quiso decirles ella con todo esto. Cada día me decía "acordate que hoy toca decir esto, no te olvides de nombrar lo otro, fijate si podés describir bien eso, para que lo vean…" Pero nunca me dijo para qué. Pudo haber sido algo sobre ser valientes, sobre la inutilidad de la guerra, animarse a amar…cualquier cosa. Sin embargo, si hay algo muy importante que yo sí quiero decirles, y si fueron atentos lo habrán notado, y es que los seres queridos nunca te abandonan. Miren todo lo que hicimos, lo que tuvimos que pasar antes, durante y después de la guerra Eterna, y nunca tuvimos que hacer nada solos. Incluso cuando sí debíamos hacerlo solos, siempre hubo alguien esperando por nosotros. Hasta en ese momento culmine cuando creíamos que no viviríamos para contarla, llegaron…quienes nos aman. Porque ese amor que te regalan se queda…aunque ellos se vayan. Y es nuestro deber proteger, honrar, ese amor al no olvidarlo. Y si hay algo de lo que tienen que estar seguros en este mundo, es que su abuela los amaba con todo su corazón y por más que ella no esté, siempre va a estar con ustedes—

Cruz se acaricia la cicatriz que Mirach le dejó a un costado del labio inferior y mira hacia ambos lados.

Sus amigos que decidieron acompañarlo a contar el final están a su lado, como siempre. Sirio, Tilia, Melia y Serbal están sentados en los sillones a su derecha; Serafín, Lira, Protea y Loto están a su izquierda.

Su pecho se infla y desinfla. Su rostro no muestra emoción alguna. Con escondido miedo mira hacia donde se ubicaron los adultos, todos sus sobrinos y sus hijos.

Sus siete hijos están sentados junto a sus parejas en los sillones que pusieron pegados a las paredes. Lo miran con los ojos abiertos y llenos de lágrimas. Como si fuesen niños otra vez. Cruz supone que eso es lo que

hacen las historias.

Aurora, Ocaso, Cedro, Sauce, Lavanda, Cerezo y Jazmín.

El sol entra por la ventana a la izquierda, iluminando la calma colectiva.

Una manito se levanta, resaltando entre el mar de niños y adolescentes.

— ¿Sí?—dijo el señor Ávila con tranquilidad.

— ¿Y qué pasó con los guardianes?—preguntó.

— ¿Y con la oráculo?—se animó a decir otra vocecita escondida.

— ¿Las piedras de los hefestos siguen ahí?—

— ¿Todavía guardan la botella con el alma corrompida de Zelkova?—

— ¿Y cómo fue cuando la sacerdotisa se ungió? ¿Ella quería ser la primera de Maman?—

— ¿Existe el escuadrón de las Pléyades?—

Saltaron todas las preguntar una detrás de la otra.

Y antes de que Alelí muriera, Cruz hubiese hecho algún comentario sobre si realmente esos niños eran aeternianos con todas sus preguntas. Pero ella no estaba, y no sentía ganas de hacer ningún chiste.

La mente de Cruz últimamente habitaba en el pasado, que es donde está ella ahora.

Uno pensaría que después de la guerra solo habría paz y amor, pero no, la post guerra fue casi tan brutal como la guerra en sí.

Mientras sus amigos respondían las preguntas, él recordó.

Los guardianes volvieron el mismo día que ellos al castillo. Silene estuvo veinticuatro horas enteras con sus bebés antes de despedirse e instalarse para cumplir sus nuevas responsabilidades como guardiana de los recuerdos junto a su tío. La oráculo volvió con ellos y dio el lamentable discurso que había planeado. Junto con algunas advertencias medio enigmáticas que ellos pudieron descifrar después.

Algunas piedras, las más grandes, las dejaron ahí luego de la tercera restauración que la misma Alelí comandó después de una vez que se ungió de sacerdotisa. Como homenaje a todas esas pobres almas que no

pudieron…que no pudieron sanarse.

La botella con el alma de Zelkova está guardada en el despacho de Pinus, que luego de la guerra se reconvirtió en el cuarto prohibido, junto a los demás objetos mágicos.

El que Alelí se ungiera como sacerdotisa y el escuadrón de las Pléyades son historias muy entrecruzadas. Alelí supo que quería ser sacerdotisa un ciclo después de la guerra Eterna. Tuvo muchas dudas sobre iniciar sus estudios porque tendría que irse a vivir al Monte de los Locos, si bien el ciclo lectivo estaba activo solo en primavera e invierno, es decir ella tendría que irse solo en esas estaciones y en las otras dos podía quedarse en Aeternum y sus estudios durarían al menos entre veinticinco y treinta ciclos. Al mismo tiempo en la post guerra los aliados de Aeternum querían que se le pagara su deuda por todos los recursos que cedieron. Aeternum estaba en la pobreza total. Y Protea en medio de una masiva crisis de alimentos y salud se le ocurrió una idea.

Una arriesgada idea.

Tomó a su familia y amigos y les propuso crear un escuadrón para misiones especiales. Le ofrecerían estos servicios a los reyes y su nobleza a cambio de perdonar un porcentaje de la deuda.

Nadie se lo tomó a ligera, pasaron varios días antes de que todos aceptaran. Así, el general Cruz Ávila, la teniente Melia Lucero, el conde Serbal Moreno, los comandantes Tilia Cáceres y Sirio Martínez y la soldado Alelí Moreno junto a los reyes Protea Toledo y Loto Ibáñez presentaron la propuesta a la realeza y la nobleza de los reinos de Cascada Dorada, Anië, Entre Mar y los Akapacha, si bien estos últimos no habían exigido nada a todos les pareció lo correcto incluirlos aunque ellos no asistieron a la reunión oficial sino que todos los visitaron a las montañas, gracias a la nueva superiora de las reinas aves mucho más benevolente que su antecesora con los inmigrantes.

Muy pocos, en todo el continente Nitógemasá, sabe a ciencia cierta que el escuadrón realmente existió. Y existe con nuevos integrantes. Eso no impidió que la información se filtrara por sirvientes de varios castillos y algunas fuerzas militares de menor rango.

Los demás reinos no tardaron muchos ciclos en enterarse del acuerdo, pero no se les permitió ingresar, si querían los servicios del bautizado escuadrón “Las Pléyades” tendrían que pagarle a la corona aeterniana lo solicitado.

Y así poco a poco, ciclo tras ciclo, Aeternum recobró gloria y fama.

Por eso después de setenta y cinco ciclos, cuando Aurora y Ocaso se convirtieron legalmente en adultos, fue cuando Alelí y Cruz se sentaron a discutir sobre sus estudios. Sobre todo porque Alelí sabía que Cruz quería ser padre de nuevo. Al final él la convenció de que fuera a estudiar, todavía había tiempo para pensar en futuros bebés.

Y no, ella no tenía planeado ser la primera de Maman.

El ritual de unción es uno privado, se realiza en una sala especial en el Monte de Locos donde solo se puede ingresar el día de la unción y solo puede ingresar el aprendiz ya listo. Alelí ingresó dos veces, creyendo que estaba lista, en ambas salió con las manos vacías sin el aval de ningún dios. Pero la tercera vez, cuando en realidad no tenía muchas esperanzas, salió de la sala privada hacia la común, donde la esperaban todos sus seres queridos, con un girasol entre las manos y los ojos bien abiertos anunciando que era la sacerdotisa de Maman.

La primera.

Todos los demás monjes y sacerdotisa con un dios supremo al cual le rendían culto iban por el número entre noventa mil y cien mil a los largo de los ciclos desde su primero. Todos los dioses supremos tenían templos, estatuas, historia.

Cronos, Zuza, Ra y Pacha…pero no Maman.

Nunca Maman.

Hasta que Alelí salió con ese girasol en las manos.

Proclamándose como la primera.

La primera sacerdotisa de algún dios supremo después de siete mil ciclos.

Y era de la diosa de la muerte.

Provocando el estallido social masivo en Aeternum y casi en el continente, tomándolo como un mal presagio y adivinando muerte para todos.

Porque no era solo de que la línea de Maman Pandora se abriera en el clérigo, sino que la primera había sido soldado, descendiente de militares, casada con un general y con amigos en la milicia.

Desde que salió a la luz que Lunaria se había infiltrado en el ejército y que quería ser soldado que la realeza fue tan acosada.

El reinado de Protea se tambaleó fuerte.

Pero una vez más, poco a poco, cuando ni temblores, huracanes, tsunamis u alguna otra catástrofe cayó sobre nadie la gente pudo calmarse y realmente escuchar, apenas, el mensaje que Alelí quería darles. Sobre las Luces Fantasmas, y la esperanza, y el amor.

Entonces varios ciclos después se anunciaron la segunda, y el tercero, y la cuarta de Maman.

Alelí había dejado de ser la única, y había comenzado a ser maestra. Luego vino la guerra civil y tomó la demente decisión de volver a tomar la espada y el escudo.

Sobre su traje de sacerdotisa.

Creando otro revuelo, aunque no tan salvaje como el anterior.

Alelí se dio cuenta que podía ser varias cosas en su vida, así que desde ese entonces en sus misiones con las Pléyades ella fue como la sacerdotisa soldado.

En el medio de todo eso, nacieron sus hijos y sobrinos, hubo crisis matrimoniales y situaciones de vida o muerte. Serbal tuvo que aprender a ser conde. Algún tiempo después, Lira renunció a su puesto de capitana. Melia y Sirio fueron ascendidos para acompañar a Cruz como consejeros en la Corte de los Sabios como capitán, generala y teniente. Convirtiéndose en los nuevos “los tres” con sus comentarios ocurrentes. Quercus y Alnus los acompañaron a todos como curiosas figuras paternas y volviendose en alegres niñeras. Perla fue ascendida como consejera de la corona también. Serafín y los demás visitaron las Islas Nessa, cuando volvió quiso ser profesor. Entre él y Serbal inauguraron los colegios públicos, gratuitos y laicos. Tanto Tilia, Serbal, Cruz y Alelí no se curaron de la maldición de Ojos rojos de Zelkova, tuvieron que llevarla dentro toda su vida, pero con ayuda aprendieron a sobrellevar los peores momentos. Aunque hubieron veces que casi se creyó que se habían perdido. Sus armas, esas especiales que se crearon en esa batalla, nunca se desvanecieron y en ese momento se encontraban guardadas cada una en un lugar diferente del mundo.

La vida continuó. Las aventuras continuaron.

En uno de los salones de la mansión de campo Storni, donde un abuelo cumple su promesa a su difunta esposa de contar una historia de la guerra los niños siguen preguntando. Algunas pueden ser respondidas, otras no.

Supuso que realmente sí habían aguantado todas sus dudas hasta el final.

¿Pero ese era realmente el final?

Si no se sintiera casi completamente roto sonreiría un poco, porque no, ese no era el final.

Como ustedes ahora saben, las historias no terminan, solo se dejan de contar.

El viejo excapitán Ávila mueve sus tristes ojos verdes hacia la silla mecedora vacía a un lado de la ventana. Los rayos del sol se mueven sobre ella, pareciendo una caricia.

Capítulo 27

Epílogo

Loretta llega dando saltitos hacia el jardín de la mansión de campo de su familia. Mira el cielo naranja, lila y rosado.

A ella le gusta mucho el atardecer, porque el cielo parece vivo.

Baja la mirada hacia la figura encorvada sentada en la silla de comedor en medio del jardín.

Se acerca despacito por un costado, sus ojos grises lo miran atentamente. Su pelo blanco atado en dos colitas se inclinan.

El bisabuelo Cruz está de nuevo mirando a la nada. Lore hace un puchero mientras piensa que algo debe estar pensando él. Porque ya de por sí, le parece muy aburrido estar tan quieto mirando siempre un punto fijo.

Loretta mira la mano izquierda de su bisabuelo. La que tiene siempre cerrada en un puño. Uno de sus primos una vez comentó que quizá era porque una vez que su mente comenzó a perderse lo único que recuerda es sostener la espada. Su mano nunca volvió a recordar lo que era estar libre de la guerra.

Su papá, Orión, en cambio le dijo que era porque el bisabuelo ya estaba muy viejo y sus músculos y huesos ya estaban atrofiados por la edad. Lore se acuerda porque le resultó curiosa la palabra atrofiado.

Ella cree que tal vez ambos estaban hablando de lo mismo.

Lore sabe que después de que murió su bisabuela, hacía muuuuuucho tiempo, su bisabuelo fue perdiendo la voz hasta que ya no habla.

Sin embargo, Loretta lo escucha. Él sí habla, solo que no todo el tiempo ni sobre cualquier cosa.

Después de que su bisabuela Alelí falleció, su bisabuelo Cruz tomó la decisión de irse a vivir a una cabaña dentro de la propiedad de la mansión Storni, no muy lejos, es una caminata tranquila de quince minutos. Al principio nadie estuvo de acuerdo, pero él todavía estaba bastante bien en

ese entonces, así que lo hizo.

Pero después murió la tía Melia, el tío Serafín, la tía Lira, el tío Serbal, la tía Tilia y el final, el tío Sirio. Entonces llegó el momento en que los adultos decidieron llevarlo a un asilo de ancianos.

La mitad de las cosas que sabe Loretta, y que no la saben casi ninguno de sus otros primos, son porque se la cuentan, la otra por hacerse la dormida, porque en los cumpleciclos cuando los adultos se reúnen comienzan hablar de muchas cosas del pasado, y ella a veces se hace la dormida para que su papá la acune mientras está en esas conversaciones, de otro modo nunca la dejarían escuchar "cosas de adultos".

Por eso Lore sabe que después de que el tío Sirio murió fue cuando oficialmente el bisabuelo Cruz dejó de hablar.

O al menos, los adultos creen que dejó de hablar.

— ¿Sabés qué es lo segundo mejor que hay después de vivir con tu abuela?—murmuró su temblorosa voz, sacándola de su ensimismamiento.

Lore rebotó un poco, con ambos pies, entusiasmada. Las historias del bisabuelo Cruz eran las mejores. Pero ésta vez se entusiasmó porque él nunca antes habló de ella, siempre sobre alguna guerra, la muerte, los amigos que perdió o las batallas que ganó.

Ella notó que su bisabuelo movió el pulgar de su mano izquierda, la que siempre tenía cerrada. Entonces volvió a mirar su cara. El bisabuelo estaba casi ciego, sus ojos alguna vez tan verdes como los de su papá estaban cubiertos por cataratas.

Quizá por eso Loretta no entendía por qué desde que todos fueron a la mansión de campo a pasar unas vacaciones con toda, y cuando su familia dice toda, es toda la familia, siempre después de cenar la invitaba al jardín. Su bisabuelo a pesar de todos sus achaques todavía caminaba un poco, arrastrando los pies y la silla junto con él. La primera noche que notaron lo que hacía intentaron persuadirlo o al menos que lo dejaran ayudarlo a llevar la silla, pero el siempre manoteó y frunció el ceño cuando pasaba eso.

Ahora después de varios días se hizo costumbre.

Y siempre desde entonces él estaba sentado en el mismo lugar en el inmenso jardín de la mansión de campo Storni con la vista ciega puesta en la arboleda enfrente.

—Recordarla—murmura el bisabuelo—Me pone feliz saber que ocurrió, que viví con ella muchas aventuras; algunos tristes, otros alegres. Feliz de que

pude sostener su mano —dijo levantando un poco la mano izquierda, la que siempre estaba hecha un puño. Lore miró su mano y luego a él, que seguía con la vista fija en los árboles y sintió que le ardían los ojos. El bisabuelo elevó un poco la cabeza y movió los ojos casi ciegos. —Estoy muy cansado esta noche, Loretita, me voy a dormir, te debo el cuento—

Loretta asintió y con su fuerza de niña intentó ayudarlo a levantarse de la silla.

A mitad de camino se detiene y mira hacia atrás.

—Parece que viene a visitarnos una luz fantasma—dijo.

Lore lo imita y mira detrás de ellos.

Su familia era muy creyente de la diosa de Maman y la protegían con sus rezos, a pesar de que cuando la bisabuela Alelí murió varios de sus abuelos se enojaron mucho con ella y también algunos de sus tíos, incluyendo a su papá.

Lore notó entonces el punto de luz y sonrió un poco. Miró a su bisabuelo y puso su manito sobre el puño izquierdo de él.

—Es una luciérnaga, abuelito—le dijo con ternura.

El bisabuelo Cruz asintió y soltó un “mmmhhm”. Continuó caminando.

—Sí, supongo que estoy viejo para diferenciarlas…pero me pregunto…por qué no parpadea—

Loretta se detiene. Y lo mira fijamente. Cree notar una pequeña sonrisa en su boca arrugada. Con su mano libre le palmea con suavidad su manito e ingresa a la mansión.

Esa mañana siguiente Cruz abre los ojos con el primer rayo de sol.

Y siente extraña la cama.

Al final tuvo que acostumbrarse a dormir solo y esa vez no sentía la cama como siempre.

Mueve la cabeza hacia un costado…

…y como cada vez que ella viene a visitarlo desde su primer cicloversario de fallecida una lágrima le nace en la esquina del ojo, descendiendo despacio por toda su mejilla.

Alelí está a su lado, arrodillada en la cama. Lo mira con su enorme y hermosísima sonrisa. Los ojos grises, húmedos, también le sonríen y Cruz siente en la garganta todo lo que la ha extrañado.

Entonces nota otros puntos de luces dentro del cuarto. Eso es nuevo.

De mala gana sacó sus ojos de su Alelí y trata enderezarse en la cama. Mira hacia su alrededor.

Sus ojos verdes se inundan de nuevo cuando nota en la silla al lado de la mesita a Serbal con Melia sobre su regazo, ambos lo miran sonriendo. Melia dice algo que él no escucha.

—Tu vieja por si acaso—le respondió Cruz con la voz rota y una sonrisa.

Melia y Serbal ríen.

Cruz mueve la cabeza y solloza cuando nota a Sirio sentado en el sillón individual a un lado de la chimenea con Tilia sentada en el brazo del sillón.

Sirio le asiente con la cabeza, también con alguna lagrimita en las mejillas. Tilia se seca una mejilla y le sonríe.

A su lado, ambos sentados en el sillón largo, están Serafín y Lira tomados de las manos. Detrás está Protea con el brazo de Loto en los hombros.

Cruz cierra los ojos, sintiendo al fin el peso en el pecho levantarse. Hacerse humo.

Cuando los vuelve a abrir está de pie frente a la ventana, con el amanecer a su lado.

Extiende sus inmensas alas negras y sacude sus plumas de los hombros, brazos y piernas. Lleva puesto un pantalón de vestir negro y una camisa blanca, rotas donde están sus plumas. Gira la cabeza y mira primero a quienes estaban sentados en la silla al lado de la mesita.

Su segunda ninfa al mando, la diosa Nona, está con sus alas replegadas sentada sobre el regazo del alma del cual se había enamorado hacia tanto tiempo atrás, cuyo último nombre fue Serbal, usando el mismo cuerpo de la última vez.

Las luces fantasmas podían ser tan nostálgicas.

Siguió de largo con la mirada hacia el sillón individual donde la segunda sombra de su amada estaba sentada, el dios Thanatos. Sus orejas blancas de lobo se mueven un poco cuando los pájaros cantan. Su mirada dorada, varios tonos más oscura que la de su amada, siempre seria lo está viendo con obvio alivio y cariño. Su larga cola blanca se tambalea un poco hacia los lados sobre el brazo del sillón libre. El otro brazo del mueble lo ocupa la luz fantasma de la cual se enamoró hacia un par de reencarnaciones atrás. Eran la pareja más nueva.

A su lado en el sillón largo están sentadas y de pie detrás un par de parejas, almas enamoradas, con quienes tiene el curioso hábito de volver a encontrarlos también.

Buenas luces fantasmas.

Y ahí, arrodillada en la cama, con la alegría explotándole por los ojos y los poros, está su amor.

La diosa Maman Pandora lo mira todavía con los ojos dorados húmedos y sonrisa alegre. Su larga y esponjosa cola está a su lado meneándose contenta. Sus blancas orejas están atentas a él. Su largo pelo blanco está atado como cuando lo llevaba en su última vida, en una larga trenza. Usa un vestido azul como la noche, ligero y suelto.

—Bienvenido, Prometeo—le dijo con su dulce y amada voz.

Él sonrió enorme, y se le llenan los ojos de lágrimas, y la mira entera llenándose el trozo de corazón.

Tenían mucho de qué hablar, sobre por qué en esa última reencarnación pudieron ser padres biológicos. Algo que nunca antes pudo ser. O las almas corrompidas que todavía vagaban por la tierra. Y de las nuevas almas que de la nada estaban surgiendo.

Pero después, cuando estuvieran en casa, rodeados de sus girasoles.

Ahora solo estaba feliz.

Feliz de volver con su familia.

En el linde de la arboleda que rodea la mansión, para todo aquel que estuvo despierto, pudo haber sido testigo de cómo Maman Pandora rebota, gira y ríe dejando un camino de naturaleza muerta, detrás ella con la mirada turquesa brillante la mira atentamente Cronos Prometeo reviviendo con sus pasos el sendero muerto que deja ella. Detrás de ellos están la diosa Nona tirando del brazo de la luz fantasma de la cual lleva

enamorada hace miles de ciclos, él, quien fue Serbal, intenta seguirla, riendo. El dios Thanatos lleva a su amor, quien fue Tilia, en la espalda, ella señala hacia adelante como si fuese su caballo. Todos ríen cuando Prometeo comenta algo sobre el hombro, sin dejar de mirar a Pandora. Las otras luces fantasmas quedan rezagadas mirando con una sonrisa a los dioses que una vez más se reúnen.

El cuerpo de Cruz permanece acostado en la cama.

Como durmiendo.

Su mano izquierda está abierta, muestra en su palma una pequeña flor de tela.

FIN

Capítulo 28

Extra

Día 19 de Primavera. Ciclo 5697 desde la Guerra de las Divisiones

Las Luces Fantasmas son sagradas.

Conocí a la primera sacerdotisa de Maman cuando yo todavía no tenía mis colores. Ella llevaba apenas un par de ciclos como sacerdotisa ungida y la horrenda o maravillosa, según con quién hables, noticia ya la conocían todos. La hija menor del fallecido capitán Hibiscus y la primera soldado mujer, la condesa Lunaria Boiso, era la primera sacerdotisa en proteger a nada más y nada menos que a la diosa de la muerte.

Mis propios padres fueron del grupo de la horrenda noticia. Por lo tanto para mí también lo fue. Esa muchacha, que antes era soldado y que estaba casada con el entonces general Ávila, hay que recalcarlo, comenzó un proceso de cambio religioso y cultural.

Habían transcurrido ya una buena cantidad de ciclos desde la Guerra Eterna y Aeternum todavía intentaba estabilizarse económica, política y socialmente; y entonces, paf, la primera de Maman.

Que fue soldado. Que era una muchacha joven. Que descendía y tenía amigos en la milicia. Que estaba en la línea real hacia la corona.

Para los jóvenes que no saben lo que fue, se lo puedo resumir en una oración. No, mejor, en una palabra: Caos.

De pronto una ola tras otra de miedo puro convertido en odio comenzó a atacar no solo a la sacerdotisa, y su familia, sino a cuestionar la monarquía de la reina Protea. Todos alegando presagios de muerte, destrucción y ataques esporádicos de muertos vivientes. Muchos ciclos después la misma sacerdotisa me revelaría que en ese principio más de

uno le pediría por favor, que no resucite a su muerto. Y otros, por supuesto que hay otros, le pedían por favor si podía traer a su muerto devuelta.

Puedo sentir en mi nostálgica sonrisa su carcajada después de que me lo contó.

Cuando la conocí por primera vez la encontré mirando por la ventana en el castillo. Mi padre era zapatero y se había hecho un renombre tan así que lo habían pedido para la nobleza, como mi madre también trabajada tiraron una moneda y me fui con él.

El hermoso día soleado con nubes la amaba, porque parecía que la misma luz la acariciaba, ansioso de que ella le prestara atención. Lo primero que noté fue su mirada gris, cálida. No sé cómo ni por qué me acerqué. Me di cuenta cuando ella me miró con una sonrisa contendida, preguntándome en silencio qué quería.

Su pelo lila, un violeta muy clarito, y la franja verde oscuro lo tenía de largo hasta los hombros y suelto. Parecía de seda. Su piel era blanca y sus ojos grises no perdían cierto cariño. Me miraba como si me conociera. Y ya me quisiera.

— ¿Usted es la sacerdotisa de la muerte?—le pregunté casi con miedo.

Me sentí tan mal cuando vi cómo perdía su sonrisa.

—Me llamo Alelí—respondió. Inclinó la cabeza— ¿Y el tuyo?—

Se lo dije.

—Es hermoso—respondió retomando su sonrisa.

—Supongo—dije subiendo y bajando los hombros—Es bastante común—

Asintió seriamente.

—Yo también me sentí bastante común. Ahora parece que soy demasiado especial—

Sonreí con ironía.

—Sí, también me parece—

Me sonrió.

— ¿Te gustaría conocer el jardín antes de que cambie? Van a comenzar

las obras para reconstruirlo—

Asentí y la seguí hacia el jardín principal del castillo. Su pantalón rojo, el hakama, se arrastraba sobre el pulido suelo.

Y ahí descubrí que la sacerdotisa de la muerte le gustaba contar historias. Fantásticas historias.

Entonces, cada vez que mi padre debía ir al castillo para un encargo la buscaba para pasear por el jardín y que me contara historias.

Y cada vez que volvía a mi casa recordaba que se suponía que debía odiarla. Que debía tenerle miedo. Los padres de mis amigas, los amigos de mis padres, los dueños de locales, todos hablaban de la pronta catástrofe que se venía porque la primera de Maman era aeterniana, y de familia milica. Que nos preparáramos porque seguro que la reina nos llamaría para otra guerra. Que otra vez a pasar hambre. Que otra vez la mugre. Que otra vez la muerte.

Que otra vez la ausencia.

Yo no decía nada, porque contrariar a los adultos sobre lo que les resulta obvio causa dolor de cabeza y falta de apetito.

Y luego con el pasar de los ciclos algo de lo más extraño, de lo más raro, ocurrió.

Cuando Alelí me decía: Maman tiene miedo. Yo escuchaba en las calles: Maman es cruel. Cuando Alelí me decía que las Luces Fantasmas son una parte. En las calles se decía que Luces lo eran todo. Cuando Alelí decía amor. Yo escuchaba en las calles odio.

No pasó mucho tiempo para que entendiera que había una parte de la comunicación media rota.

En su momento Alelí me dijo que era una pena. Utilizar así el miedo de las personas para el beneficio propio.

Alelí nunca fue a ninguna de esas nuevas misas en los templos en nombre de Maman. Ella decía que ahí no estaba la diosa. Que ella estaba afuera, en las plantas, los animales, los seres queridos. No me avergüenza decir que me asusté un poco mucho cuando me dijo eso. Ella se rio, por supuesto.

La primera vez que la vi sin su traje de sacerdotisa y noté sus cicatrices en la espalda me pregunté de dónde sacaba su risa. Y por qué tenía tanta.

Sí, me avergüenza revelar que a pesar de entablar una relación con ella, intenté odiarla.

Y me avergüenza aun más decir que hubo momentos en los que me salió.

Cuando fui mayor la odié. La odié con todo mi corazón.

Por su mirada cálida. Por su risa eterna. Por su mirada de asombro hacia su alrededor. Por su amabilidad. Y cuando después de mucho tiempo no verla le dije que la odiaba, ella solo me miró y me dijo que lo entendía.

Que lo entendía. Mujer loca.

Ya de más grande se me murió una amiga muy, muy querida mía. Yo ya era periodista bastante reconocida y cada tanto paseaba por los círculos altos donde la sacerdotisa vivía. Poco después del fallecimiento de mi amiga me la encontré en un baile. Asumo que estaba medio borracha para revelarle sobre esa amiga y lo amargada que yo estaba.

Y ella en su infinita bondad: —Si fue tan querida entonces se merece que la extrañes. Que la extrañes mucho. Pero no te confundas, ahora es una Luz Fantasma, ella volverá cuando anochezca—

Al día siguiente en mi resaca recordé lo que me dijo y la mandé un poco a la mierda.

Pero al otro día lo intenté. Bueno, en realidad, por dieciséis días, específicamente.

Todas las noches me quedaba hasta tarde a esperarla. Mis horarios se movieron tanto que mi jefe me consideró para trabajar en policiales.

Hasta que dejé de esperarla. Y la mandé a la mierda a ella, a la sacerdotisa y a las Luces Fantasmas, si es que existían.

Me volví un ser amargo. Cínico. Triste. Duro.

En mi mente, me volví fuerte.

Pero un día me desperté muy, muy cansada y fui al hospital. Donde obviamente trabajaba ella y donde obviamente me la encontré. Había vuelto después de su descanso por maternidad, había dado a luz por tercera vez. Estaba alegre, amable y suave, como siempre.

Creo que por primera vez no me obligué odiarla. Realmente lo hice.

Se ofreció a tratarme y como aquella vez cuando la encontré de casualidad en el castillo no sé por qué no le dije que no.

— ¿La esperé sabés?—le dije con rencor.

Me miró confundida.

— ¿A quién?—

—La amiga que te conté—

Enderezó la cabeza y me miró comprendiendo. Observó cada detalle de mi rostro.

—No, no lo hiciste. No la esperaste ni un poquito—

Le grité, ella quedó callada, y me fui furiosa.

¿Cómo se atrevía a decirme que no la había esperado? Con lo mucho que la extrañaba, la necesitaba, la amaba.

Pasados unos días estaba agotada. No tenía ganas de comer, mi comida favorita me sabía insípida, no quería leer, nada era interesante. No quería ir a ningún lado.

Quería estar quieta.

Y me la volví a encontrar en otra visita al hospital.

Mientras me tomaba la presión le dije.

— ¿Cómo hago? ¿Cómo hago para volver a verla?—

Ella suspiró.

—Abrí los ojos. Ella está en todos lados. Estás dejando que el dolor te ciegue, estás permitiendo que ese dolor tape la felicidad —

— ¿Cómo uno puede sentir dolor y ser feliz al mismo tiempo?—

Subió y bajó los hombros, como con inocencia.

—No sé, así de raras son las Luces Fantasmas—

Me fui otra vez, confundida.

¿Qué le costaba decirme que dos más dos es cuatro?

Y cuando salí del hospital me detuve en medio de la vereda y elevé la mirada. Como hacia Alelí.

Noté que el cielo era celeste, un impresionante celeste, y las nubes parecían suave algodón.

Y me largué a llorar en medio de la gente. Porque me di cuenta que hacía mucho que no veía el cielo.

Con el paso del tiempo me animé a mirar otras cosas. A desafiar lo obvio. Y aprendí a apreciar y a entender muchas cosas.

No les voy a decir si me visitó o no la Luz Fantasma de mi amiga. Eso queda para mí.

En el después de mi vida, y en el de ella, intenté seguirla de cerca. De algún modo logró volverse aun más especial. Y si bien ya no lo odiaba, sentía que faltaba algo. Entenderla otro poco más. Así que intenté encontrarla. Y a veces lo lograba.

Tampoco voy a decirles que descubrí el misterio de la primera de Maman. Si es cierto sobre el supuesto escuadrón real llamada "Las Pléyades", compuesto por su esposo, el ahora excapitán, la exgenerala Lucero, el exteniente Martínez, el conde Serbal Moreno y la excomandante Caseros y que al menos la mitad, sino todos, tenían puesta una doble maldición. O que con un solo movimiento de su mano podía romper los huesos de su adversario. O que solo con su magia destruyó un pueblo entero. O si nos salvó a todos de esa catástrofe del Rubí Apagado o si pudo controlar el mar solo con los ojos. Quizás, sí hablaba con los dioses, quizá fue la única sacerdotisa que pudo escuchar a los espíritus. Tal vez fue siempre valiente y amable. Tal vez jamás sintió el peso de la duda.

No vine a hablarles de leyendas y mitos. Hoy no hay cuentos.

Tampoco voy a revelar lo que sí sé. Sus manías y mañas, los malos humores, cuando no tenía paciencia, porque les juro que muchas veces no la tenía, cuando también odiaba, o se frustraba o no quería saber nada del mundo. Esos son secretos que me regaló en nuestra amistad y lo pienso guardar en mi corazón para cuando anochezca.

Quería recordarte, lector, en este artículo muy subjetivo de este diario, que cuando el hospital explotó en la guerra civil, del cual ella fue uno de los sobrevivientes, a los cinco días la tenías ahí. Ayudando. Cuando ocurrió la sequía en el pueblo Las Pilares, ella fue a los pocos días junto a

carretas que parecían elefantes llenas de verduras, la mayoría ricas en agua. O cuando ese ataque terrorista destruyó casi por completo aquel colegio, ella también estuvo ahí, asistiendo. Estando.

Cada vez que se necesitó a alguien, ella estuvo. Con nosotros. Del lado de la vida.

Pude haber escrito esto hace tanto tiempo. No sé por qué no lo hice antes. Y es que tengo acá en la garganta una pelota de lana enorme y necesito gritar las hilachas.

Hoy en el día después del funeral y sepelio de la primera sacerdotisa de Maman quiero al fin decir que vos, sí, vos. Estuviste equivocado.

Ni Alelí ni los siguientes segundos, terceros, cuartas y quintas sacerdotisas y monjes de Maman son los protectores de la muerte.

Porque Maman no es la diosa de la muerte.

Y ella no era la sacerdotisa de la muerte.

Ella era la sacerdotisa de las Luces Fantasmas.

F.O.